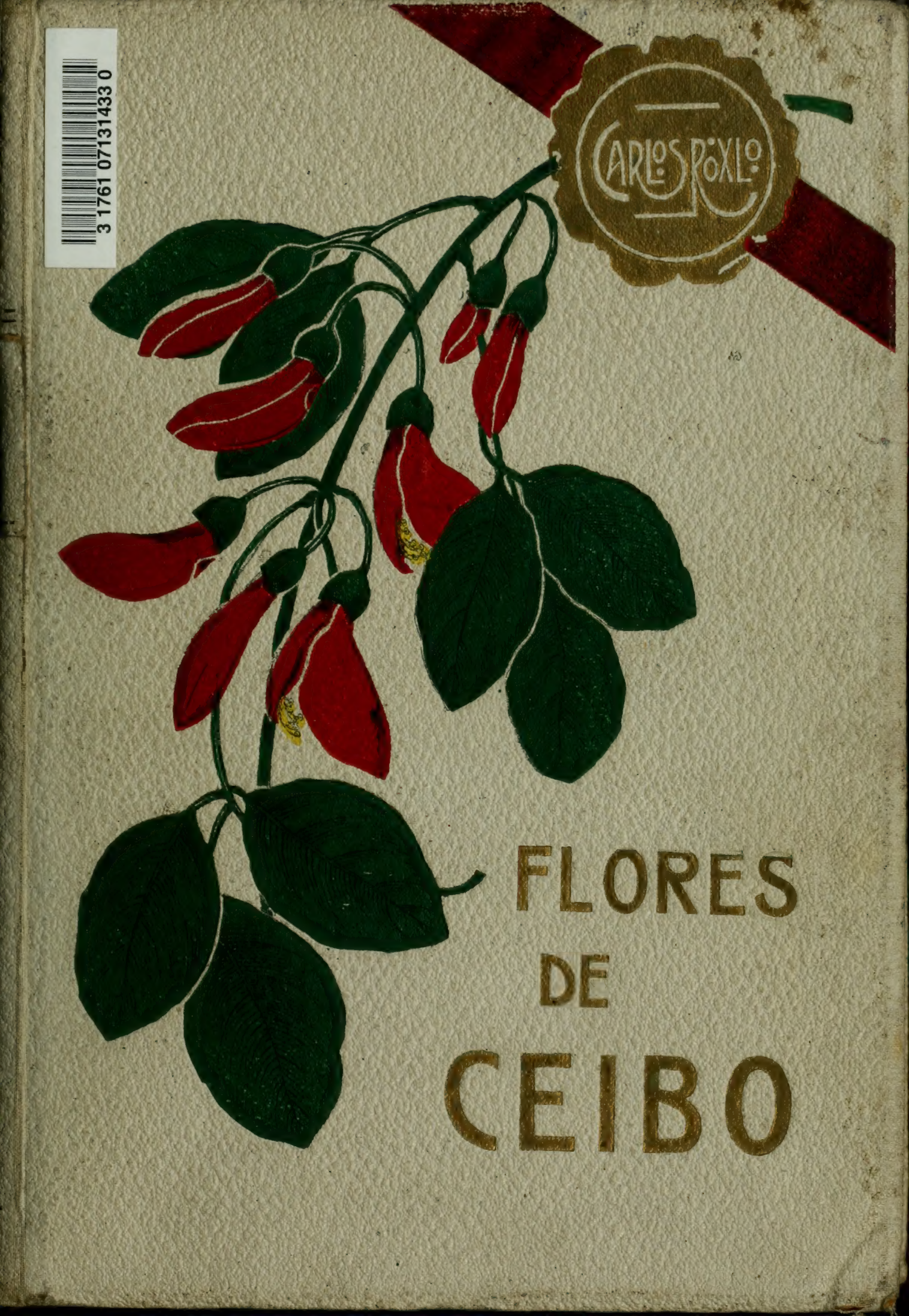


3 1761 07131433 0

LIBRERIA NACIONAL
J. MONTE & CIA
BUENOS AIRES

FLORES DE CEIBO

BIBLIOTECA NACIONAL MITRE BUE AIRES

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/floresdeceibopoe00roxl

Carlos Roxlo

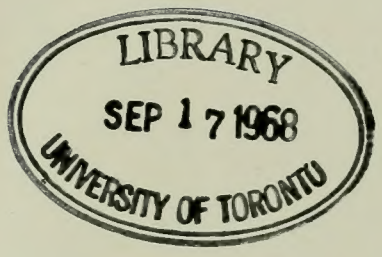
CARLOS ROXLO

FLORES DE CEIBO

(POEMAS)

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR
LIBRERÍA NACIONAL
1910

PQ
8519
R7F6



DEDICATORIA Y PREFACIO

Á María Elena Crosa de Roxlo

(Pongo á los pies de aquella, que ha sido la musa inspiradora de las rimas que contiene este libro, sus páginas humildes,—como el ramo de flores que los devotos dejan á los pies del altar.)

A MI ESPOSA

I

Te quiero como quiere el tordo de los montes
Al sol que magnifica los patrios horizontes.
Te quiero como quiere la espuma de los ríos
A la apacible umbría de los boscajes míos.
Te quiero como quiere la cimitarra mora
Al joyel de granates que su puño decora.
¡Te quiero como quiere la turba paisanera
Al potro de mi escudo y al sol de mi bandera!

Te quiero como quiere la rosa alejandrina
Al verdor que rodea su púrpura divina,
Y te quiero lo mismo que el arroyo serrano
A la cumbre que baja dulcemente hasta el llano,
¡Como si para amarte, pasión de mis pasiones,
Tuviera, en vez de uno, dos grandes corazones!

¡Oh trébol de mi llano y verde de mi umbría,
Oh lámpara en las noches de la existencia mía,
Oh vagoroso efluvio de naranjal florido,
Oh colibrí que tienes mi corazón por nido,

Ven á verter encima del monte y de la playa
La luz con que me ciegan tus ojos de uruguaya,
Tus ojos siempre dulces, tus ojos siempre suaves,
Tus ojos siempre puros, tus ojos siempre graves,
Y con tus pies de musa, gentiles y pequeños,
Condúceme á la torre ebúrnea de los Sueños!

De mis quereres hondos alcázar y resumen,
Abre las áureas puertas de la torre á mi numen.
Mi numen no es latino, ni celta, ni germano.
Mi numen es el numen del indio americano,
El que pintó de rojo las flores del ceíbo
Y bronceó las cañas del pajonal nativo. —
Mi numen es el numen amante de la tierra
Donde los ríos cantan las trovas de la yerra.
¡Mi numen es el numen, coplista y guitarrero,
Del pago del churrinche y el pago del hornero!

Mis cuentos son los cuentos agrestes que el gusano
De policromas listas dice al clavel serrano;
Los cuentos que los óleos de nuestro camalote
Les narran á los verdes sauzales del islote;
Los cuentos que se cuentan, sobre el tapiz del yuyo,
La margarita roja y el brillador cocuyo;
Los cuentos en que el tordo, cuando la tarde acaba,
Encomia las virtudes de la pareira brava;
Los cuentos que refieren el zarzo á la crucera
Y el lechuzón al viejo ombú de la tapera;
¡Los cuentos que se dicen, para olvidar fatigas,
Latorre y Andresito junto al fogón de Artigas!

Las rimas que ofrendarte mi fantasía quiere,
Son ecos de esta tierra, donde el valor no muere;
Son ecos de esta tierra, cuya preclara historia
Es un cegante rayo de inmarcesible gloria. —
Son voces recogidas, por los ensueños míos,
Bajo los verdes sauces de sus azules ríos;
Son voces escuchadas, por mi amoroso ensueño,
De las cuchillas nuestras sobre el crestón zahereño.
Los cuentos de mi numen, mis cuentos preferidos,
Son cosas que me narran, hablando sin sonidos,
El musgo de la roca, la flor del chirimoyo,
Los círculos que traza la lluvia en el arroyo,
El dardo de la zarza, el chorro de la fuente,
El último vislumbre del sol en occidente,
El trébol de tres hojas, la golondrina alera,
El humo en el espacio y el pliegue en la bandera.

¿Comprendes, mi tesoro, lo que decirte quiero?
Mis trovas son las trovas del numen paisanero.
La musa de mis ritmos tiene tus ojos pardos,
Y cuando con sus ayes mi corazón desgarra,
¡Su lira sexticorde, la de perfume á nardos,
Es la guitarra nuestra, la nacional guitarra!

II

Nuestra patria es mi musa, nuestra patria bendita
Como un monjil rosario de plata y malaquita.
Me nombran sus arroyos, me cantan sus zorzales
Y me orea el penacho de sus palmas triunfales.
Si del bosque de ceibas recorro los senderos,
Con un grito amistoso me saludan los teros.
Me conoce por suyo esta tierra que es mía;
Cuando en ella me entierren, llorará de alegría;
¡Cuando en ella me entierren, pagará mis amores
Mis despojos cubriendo con un manto de flores!

¡Oh mitad de mi vida, mi paloma azulada,
Te idolatro lo mismo que á mi tierra encantada!
Cuando en brazos del sueño el trigal cabecea
Y la luz de la luna nuestros sauces platea;
Cuando el grito valiente del chajá vigilante
Las quietudes perturba del espino punzante;
Cuando oculto en las ramas del ombú solitario,
El chingolo desglosa su musical rosario;
Cuando siento la gracia de tu busto moreno
Apoyada en la amante vibración de mi seno;
Cuando á solas me miro con tu dulce hermosura,
¡Mis ojos se humedecen con llanto de ternura!

Hace ya muchos lustros que un indio americano
Vivía prisionero en un fortín hispano.

Aquel rudo cacique, aquel rey de caudillos,
Llevaba como un cetro la carga de sus grillos.
Para vencer lo indómito de su bravura huraña,
Resolvieron mandarle con sus iras á España.
Al recibir la nueva de su fatal destierro,
Sintió el indio romperse su corazón de hierro,
Y juró, por el astro de nuestros membrillares,
Morir en nuestras lomas, morir en sus palmares.

Una noche de otoño, cuando todos dormían,
Con sus dientes agudos, que de rabia crujían,
En busca de las venas de su atlético puño
Se desgarra las carnes el señor del terruño.
Por las rotas arterias cae la sangre invencida
Del pago del churrinche en la tierra querida:
¡Por las rotas arterias cae el zumo sagrado
En la cuna del tordo y el flamenco rosado!

Cuando el sol se levanta y el fortín se despierta,
Cuando el chajá interrumpe su monótono alerta,
Cuando se azula el manto de nuestros horizontes,
Sus guardianes descubren al señor de los montes
Dormido para siempre sobre el suelo del pago,
Como un cisne dormido sobre el agua del lago,
Besando con su boca, que lo eterno amordaza,
La diadema de plumas de ñandú de su raza!

Como el cacique indómito á la tierra nativa,
Así mi afán te adora, botón de sensitiva;
Así mi afán te adora, capullo de azucena;
¡Así mi afán te adora, oh lieder de sirena!

Oh verde y perfumada cortina de mi muro,
Oh estrella que relumbras en mi poniente obscuro,
Oh musical calandria que pueblas con tus rezos
La soledad tranquila del monte de cerezos,
¡Por ti comprendo todos los goces del martirio!
¡Eres, como las vírgenes, la encarnación del lirio!
¡Mi brújula es la tenue morbidez de tu mano,
Hay en los ojos tuyos resplandores de joya,
Tienes el colorido del pincel del Ticiano
Y tienes el donaire de las majas de Goya!

III

Oh vida de mi vida y aliento de mi aliento,
Eres como la fuente donde el pastor sediento
Admiró los encantos y adoró la hermosura
De la virgen morena de que habla la Escritura. —
Cuando estás á mi lado, venturoso me digo:
— Siento rumor de rémiges; hay un ángel conmigo. —
¡Enfloras mi sendero, azulando mis días,
Como azulaba el ángel la noche de Tobías!

Oh pebetero de oro, cuyo oriental perfume
Perennemente inciensa y nunca se consume,
Por donde pasas plega sus cendales la bruma,
El cielo se colora y el aire se perfuma.
Como hay en el espíritu, que palpita en tu seno,
Lo que Platón llamaba la esencia de lo bueno

Y como arde en tus ojos, diez veces por minuto,
Lo que Schelling llamaba la luz de lo absoluto,
Las calandrias te dicen, si recorres la umbría,
Con sus rítmicos trenos: —¡Dios te salve, María!—

¡Suspiro de la aurora y aliento del ocaso,
Hagamos con lo unísono de tu paso y mi paso
Un armonioso vuelo, un dístico canoro,
Un triunfador pareado de vibraciones de oro! —
¡Oh zumo de las vides de mi huerta sellada,
Que tu mirada sea imán de mi mirada,
Y que grabe un — espérame — tu mano enternecida
Al fin de la hoja última del libro de mi vida!

¡Oh ven, amada mía, y tu brazo coloca,
Como un collar de azahares, en torno de mi cuello,
En tanto que la tierna caricia de mi boca
Se perfuma en los rizos de tu obscuro cabello!

IV

Te adoro con delirio, con pasión insensata,
Mi vihuela nativa, mi salterio de plata;
Sólo ante tí se dobla mi indómito albedrío,
Como se dobla el sauce sobre el cristal del río.
No he tolerado nunca ni yugo ni cadena,
Nunca logró imponerme la voluntad ajena,
Y hoy gozo bajo el dulce imperio de tu mano,
¡Mi siempre adoradísimo y hechizador tirano!

Alondra de tus ojos, mis himnos de ternura
Son un ferviente credo al sol de tu hermosura.
Cuando relumbra el tuco sobre las patrias flores,
Hace nido en tus sueños el dios de los amores
Para contar á tu alma, que es alma de mi vida,
La historia de la bella en el bosque dormida.
Aunque mi tosco numen es de origen plebeyo,
Conozco bien la fábula que nos contó Apuleyo.
¿Qué numen no ha subido las cuestas de aquel monte
Donde las ninfas cantan los versos de Anacreonte?
¿Qué musa no ha soñado, sobre la costa egea,
Que hablaba con la musa del que hizo la Odisea?

Érase que se era, nos dice el numen griego,
Una virgen muy virgen con los ojos de fuego,
Con la boca de grana de las ninfas trigueñas,
Con el talle de junco y las manos pequeñas. —
Al hechizante nombre de Psiquis respondía;
En todo hay una Psiquis, alma del alma mía:
Todo tiene un espíritu, una esencia, un secreto;
El astro, la montaña, el cóndor y el vermeto.
Era adorada Psiquis por muchos amadores:
Hay siempre mariposas en torno de las flores;
La abeja ronda siempre zumbando los juncales;
Siempre hay himnos de polen en las palmas triunfales.
¡El amor, el tirano luminoso y fecundo,
Es el genio que escribe la epopeya del mundo!

Apuleyo, el cuentista que nos legó un tesoro
De lujuria y de gracia con su alegre "Asno de oro",

Es latino, ateniense, español y africano
Como fruto y resumen de la edad de Trajano.
Apuleyo, un platónico soñador y elocuente,
Recorre las ciudades de Grecia y del Oriente,
Y esculpe, como un bronce, cuando vuelve á su nido,
La fábula hechicera de Psiquis y Cupido.

Era dulce y vicioso aquel amable anciano
Ateniense y latino, español y africano,
Siendo Psiquis, la musa de sus sueños de artista,
Una estatua de carne con ojos de amatista.
La hermosura de Psiquis, su hermosura lozana,
Y su risa, bostezo de una rosa de grana,
Y su voz, que es el himno de una náyade egea,
Confunden el orgullo de Venus Citerea.
Contemplando á la joven, fascinadora y pura,
—¡Esa mujer, se dice, me vence en hermosura!—
Y pálida de envidia, con un sordo gemido,
Venus cae sollozando á los pies de Cupido.

El dios de los connubios, el dios de los amores,
El que enciende los astros y fecunda las flores,
El que rie en tu boca y en tus ojos palpita,
Se conmueve escuchando las quejas de Afrodita.
Besándola en la frente, le dice con terneza:
—¡No turbará tus gozos de Psiquis la belleza!
¡Ya nunca más la incauta rival de tus hechizos
Llevará corazones pendientes de sus rizos!
¡En perpetuo destierro y en perpetua clausura
Florecerán los nardos de su dulce hermosura!

¡Vuelva en tus grandes ojos á brillar la esperanza
Y deja á cargo mío tu olímpica venganza! —
Dice el dios de las bodas, y remontando el vuelo,
Se pierde en las azules soledades del cielo.

Una tarde en que Psiquis, sobre un peñón marino,
Admiraba las luces del záfir vespertino,
Siente un viento muy suave, una brisa apacible
Que la eleva y la arrastra con dulzura indecible.
Por aquel tenue soplo trasportada y mecida
Muy lejos de las costas donde nació á la vida,
Llega Psiquis á un bosque, á una red de palmares,
En que brilla la nieve de los rayos lunares. —
En el centro del bosque un arroyo murmura:
Unos pájaros trinan en la verde espesura,
Una corza en las aguas de la fuente se abreva
Y en el fondo del bosque un palacio se eleva,
Un palacio que tiene de rubí los plafones,
El suelo de berilos y de oro los balcones.

Ve Psiquis con asombro la elegancia divina
Del palacio opulento, que la luna ilumina
Reflejando sus hebras, blancas y vagarosas,
En el seno encendido de las piedras preciosas.
Y oye Psiquis de pronto una voz acordada
Como el himno del céfiro en la verde enramada,
Una voz que le dice: — Cielo del alma mía,
Son tuyos el palacio, el arroyo y la umbría.
Este albergue tranquilo y esta enorme riqueza
Mi amor quiere que sirvan de marco á tu belleza.

¡Sólo para ti bordan mi fuente sus rumores,
Mis pájaros sus rimas y su incienso mis flores!
¡Forjan para ti sólo sus reflejos cegantes
Mis purpúreos rubíes y mis blancos diamantes! —

La virgen mira en torno. Está sola. Es terrible
El miedo que le causa la voz de lo invisible.
Y la voz continúa con la armonía queda
Del arrullo del céfiro cruzando la arboleda:
— Citeres, ofendida por tu gran hermosura,
Te condenó, mi Psiquis, á perpetua clausura.
Mi palacio es tu cárcel; de mi bosque profundo
Los senderos floridos son tu patria y tu mundo.
Después Venus, saciando su furor rencoroso,
Me hizo jurar, bien mío, que sería tu esposo.
Lo juré por salvarte; peligraba tu vida;
¡Tiene instintos de hiena una diosa ofendida! —

Calla Psiquis. La luna, que ilumina el palacio
Chispea en las paredes de berilo y topacio.
Y el dulce acento agrega: — En mi triste semblante
No quiero que tus ojos se fijen ni un instante.
Soy un dragón flamígero; pero arden en mi seno
La luz de los amores y el ansia de ser bueno.
Confía en mí, que juro hacerte venturosa
Burlando de Anfitrite la venganza celosa.
Confía en mí. Te adoro. Tu belleza redime.
¡Has puesto en mis entrañas la sed de lo sublime! —

Vencida por lo tierno de la voz plañidera,
– ¿Quién eres? — le pregunta la virgen prisionera.
Y la voz le responde: — Un alma que te adora;
Tu esclavo, si tú quieres trocarte en mi señora.
Mi fealdad espanta. Por eso, dueño hermoso,
Cuando la noche impere te buscará tu esposo.
La noche es mi aliado; sólo entre obscuridades
Puedo beber el vino de las intimidades.
La noche me protege; bajo su tul espeso
Pondré sobre tus labios la ofrenda de mi beso.
Me odiaras si me vieras; me escuda lo incoloro.
¡Sólo en la sombra puedo decirte que te adoro!
¡Sólo cuando la noche desate su cabello,
Podré hacer que tus brazos tiemblen sobre mi cuello! —

La voz, que tiernamente junto á Psiquis suspira,
Suena como las notas de un sáfica lira,
Y la voz continúa, vibrando en los plafones
Donde lucen los ópalos como constelaciones:
— Júrame que, piadosa, no tratarás de verme;
Respeta mi secreto y lucha por quererme.
Condenados, bien mío, á una larga clausura,
Confúndanse en la noche mi pena y tu hermosura.
Vivamos para amarnos, gloria del alma mía,
Desde que el sol se apague hasta que apunte el día.
¡Mi Psiquis, mi destino, mi porvenir, mi cielo,
Que las sombras espesen lo opaco de su velo,
Para que nunca puedas contemplar el semblante
De tu rey y tu esclavo, de tu esposo y tu amante! —

Desde entonces la bella señora del palacio
Aguarda á que se amustien los fuegos del espacio,
Porque, cuando los nidos se entregan al reposo,
Dichosa besa Psiquis á su invisible esposo.
¿Cómo nació, en lo obscuro, su ardiente idolatría?
Yo sólo sé que Psiquis odia la luz del día,
Y sólo sé que Psiquis de júbilo se llena
Cuando inclina su cáliz de plata la azucena.

Quiso, por fin, la joven conocer á su amado.
El deseo es la brújula y el norte es lo vedado.
Somos como los niños, como los niños tercos,
Que gozan cuando raptan el fruto de los cercos.
Una noche serena, una noche callada,
Cuando el esposo duerme, la esposa emocionada
Enciende con sigilo su lámpara de aceite
Y contempla á su amante con sorpresa y deleite.
Es joven, es gracioso, como el que más gallardo;
Su cabello es obscuro; tiene el color del nardo.
Se parece á una estatua que vió una vez tan solo:
Aquella estatua era la del divino Apolo.
Una gota de aceite rueda sobre el dormido.
La esposa no se engaña: ¡el esposo es Cupido!
El amado despierta y dice dulcemente
A la azorada Psiquis, besándola en la frente:
—Juré que vengaría de Venus los rencores,
No he podido mirarte sin morirme de amores;
Y quise que me amara tu cándida ternura
Por mi inmortal esencia y no por mi hermosura!—

Cuando relumbra el tuco sobre los pajonales,
Eso es lo que te cuenta el dios de los nidales.
El pobre dios ignora, burlado por tu sueño,
Que mi bella dormida ya conoce á su dueño.
El pobre dios no sabe, oh mi dormida bella,
Que mi alma es tan hermosa como una doble estrella,
Porque en mi sér irradian, con celeste hermosura,
El sol de tus virtudes y el sol de mi ternura.
He bebido en la copa de tus intimidades
El vino generoso de todas las piedades:
Creo que el mundo es bueno y creo que el mañana
Será el Tabor augusto de la conciencia humana,
Será la apoteosis de todos los vencidos,
El triunfo de las cunas y el triunfo de los nidos,
El sábado de gloria de todas las pobrezas
Y el toque de aleluya de todas las tristezas.

¡Arriba, corazones! ¡El porvenir avanza
Como un gigante incendio que todo lo depura!
¡Abramos nuestro espíritu al sol de la esperanza!
¡Sé buena y sé dichosa, humanidad futura!

V

Armónica calandria que pueblas con tus rezos
Los pálidos crepúsculos del monte de cerezos;
Cortina titilante de policromas flores
Que das al viejo muro perfumes y verdores;

Arroyo que dejaste la cumbre atrebolada
Para apagar las sedes de una huerta extenuada;
Rayo de sol que alegras, con tu dorado brillo,
Los tedios invernales de un añoso espinillo,
¡Cuando la muerte me abra los mundos de lo arcano.
Quiero sentir tu boca apoyada en mi mano!

¡Urna en cuyo celeste contenido me abrevo,
Religión que me infundes un espíritu nuevo,
Nombre que con tu gracia mis preces santificas,
Dulzura que enamoras y amor que dulcificas,
Clavel que con tus flores empurpuras mi reja,
Boca en que la doctrina tiene zumbos de abeja,
Lucero que reluces sobre un mar agitado,
Hostia con que comulga todo lo que he soñado,
Mi dicha, mi esperanza, mi gloria y mi tesoro,
Te quiero con ternura y con pasión te adoro!

Un libro es como un alma, un libro es una vida.
Este libro es tu esencia por mi amor recogida.
Como este libro es tuyo, sus rimas te consagro,
Mi Venus Citerea, mi Virgen del Milagro.
¡Sean ante tus ojos, amor de mis amores,
Como el ramo votivo, como el ramo de flores
Bañadas por las perlas del despertar del cielo,
Con que ungen y perfuman del mundo los dolores
Los pies de la clemente Señora del Carmelo!

RUMORES CAMPEROS

RUMORES CAMPEROS

(POEMA SINFÓNICO)

(El escenario representa un bosque y una llanura. — En el fondo, el mar. Á uno de los lados, un grupo de rocas, desde las cuales las aguas de un río se juntan á las olas del Océano. — Es una noche suavemente alumbrada por las estrellas. — Sábado. — Estío. — Edad contemporánea.)

ESCENA PRIMERA

EL RIO

Yá se ocultó la luz. — De las montañas
Salí al nacer el resplandor solar.
He corrido entre juncos y espadañas;
He cruzado una viña y un palmar.

Yá se ocultó la luz. — Cantan un dúo,
En el fondo del bosque temblador,
La queja melancólica del buho
Y los perfumes del guayabo en flor.

Yá se ocultó la luz. — Desde la sierra
He venido con rápido correr:
Sentí, al pasar, las trovas de la yerra;
Lejos estoy de donde estaba ayer.

Yá se ocultó la luz. — Las claridades
Del nuevo sol me escucharán cantar
El himno de las roncas tempestades
En las salobres arpas de la mar.

Yá se ocultó la luz. — Sobre mi espejo
He visto columpiarse y relucir
A las coronas del ceibal bermejo
Y á los guindos con frutos de zafir.

Yá se ocultó la luz. — Aunque quisiera
No podría mi curso deshacer:
Lo que he visto en mi rápida carrera
No puedo nunca más volverlo á ver.

Yá se ocultó la luz. — Creo que el viento
Me ha empujado del bosque hasta el confín.
¿Qué es mi vida? — Materia en movimiento,
Lo mismo que la vida del jazmín.

Yá se ocultó la luz. — Como mi vida,
Como la vida de la blanca flor,
Todos corremos, como cierva herida,
A hundirnos en un mar devorador.

Yá se ocultó la luz. — Todo, en la nada.
Corre á esconder su inútil vanidad.
¿Qué hay sobre tí, materia organizada? —
El Bosque respondió: — ¡La Eternidad! —

EL RÍO

¡La Eternidad! ¡Vocablo sin sentido!
¡Una esperanza sin razón de ser! —
Ya escucho cerca el formidable ruido
Del hondo mar, que anhelo conocer. —

¡Agitarse es vivir! — ¡Es un delirio
Embriagador el gozo de rodar!
¡No hay nada más horrible que el martirio
De no poder cambiarse de lugar!

¡Adiós, adiós, montaña rocallosa
Donde nace la fuente de mi amor! —
¡Adiós, adiós, planicie fraganciosa
Que en mis aguas abrevas tu verdor!

¡Por siempre adiós, maizales percibidos
En una curva de mi curso audaz!
¡Por siempre adiós, arrullos de los nidos
Que esconde en los rastrojos la torcaz!

¡Adiós, adiós, mansísima arboleda
Donde las albas de oro y de rubí
Construyen, de las nubes con la seda,
El plumaje del verde colibrí!

¡Por siempre adiós, trayecto recorrido
En la embriaguez de mi febril rodar!
¡Ya escucho cerca el épico sonido
De las ciclópeas cítaras del mar!

¡Yá siento que se funde mi frescura
En las voraces fraguas de su hervor,
Y cómo sus corrientes de amargura
Acibarán mi insípido dulzor!

¡Pronto, tal vez, conoceré el secreto
Amortajado en la región austral,
Y cómo la paciencia del vermeto
Labra los arrecifes de coral!

Mientras la bruma de mi sierra ensaya
Su quitasol de quebradizo tul,
¡Yo miraré sobre distinta playa
Cernerse un cielo de matiz azul!

Oh verdes tumbos que rimáis á solas
Los himnos de la ardiente tempestad,
¿Qué puede haber más grande que las olas? —
El viento respondió: — ¡La Eternidad! —

ESCENA II

Las rocas.—El río

LAS ROCAS

Dejadle, porque está loco:
Ya veréis, dentro de poco,
En lo que vienen á dar
La petulancia y el brío
De ese quijotesco río
Enamorado del mar.

Compadeced la locura
De esa corriente tan pura,
De ese cristal saltador;
Delirante de grandeza,
Ignora que la belleza
Inmóvil es la mejor.

¿Qué viven las mariposas?
Lo que vive de las rosas
El imperio carmesí;
Lo inmóvil y lo constante
Deslumbra como el diamante
Y ciega como el rubí.

El movimiento fatiga:
La quietud es una amiga
Llena de dulce piedad.
Si nuestra extraña hermosura
Siempre asombra y siempre dura
Es por su inmovilidad.

No pongáis vuestros amores
En las aves y en las flores,
De efímera duración:
¡Grecia, que tenía rosas,
De mármol hizo sus diosas,
Con mármol su Parthenón!

EL RÍO

El cincel praxitélico ponía
Sus ansias en el bloque virginal,
Y la escultura helénica nacía
Caminando con rumbo á lo inmortal.

¡Agitarse es vivir! Como la nube,
Como el zumbo del patrio colibrí,
Y como el óleo que á los cielos sube,
También se mueve el brillo del rubí.

La vida es la materia en movimiento:
Todo en el mundo es ritmo y vibración:
¡Hermanos de las ondas y del viento,
La estatua antigua y el diamante son!

LAS ROCAS

—¡En lo inmóvil reside la hermosura!

EL RÍO

—¡Lo bello es la perpetua actividad!

UN ASTRO

—¡Vanidades que riñen en la hondura!

EL MAR

—¿Qué hay más grande que yo?

LA NOCHE

—¡La Eternidad!

ESCENA III

El río.—Los cocuyos

LOS COCUYOS

Madre naturaleza,
  Reposa en calma;
Nosotros de las flores
  Somos el alma.
  Sueña y reposa,
Madre siempre fecunda,
  Siempre amorosa.

Duerme. — Desde los ramos
Que urde el zarcero,
Nosotros vigilamos
El bosque entero.
Duerme tranquila;
Nuestra luz es lo mismo
Que una pupila.

Reposa de tus ansias,
Naturaleza,
Madre y laboratorio
De la belleza,
Dejando al río
Hundirse en los espejos
Del mar bravío.

Duerme. — Serpenteando
Por los raigones,
La sombra va trazando
Negras visiones.
Doliente y solo
Su salve á las estrellas
Canta el chingolo.

La culebra, en los tallos,
Silva y se enrosca;
Su vòlido zumbante
Paró la mosca.
Yá sólo brilla
Del rondín de los tucos
La lamparilla.

Las aves y las flores,
  La hoja y el nido,
Sueñan con los fulgores
  Del sol querido.
  ¡Reina adorada,
Duerme por nuestras luces
  Tranquilizada!

Lo mismo que el saúco
  De los barrancos,
Sueñan que son alondras
  Los lirios blancos.
  La lechiguana
Sueña con los dormidos
  Broches de grana.

En que vá hacia los mares
  Sueña el estero,
Y en místicos altares
  Sueña el romero.
  Nuestros fulgores
Sueñan con los perfumes
  Que dan tus flores.

Por cada flor que nace
  Nace un cocuyo,
Y cada flor conoce
  La luz del suyo:
  Su grata esencia
Es brillo y es perfume
  Nuestra fulgencia.

Nosotros conocemos
La flor que amamos,
Y la luz que vertemos
La consagramos.
¡Nadie presume
Que la luz, al besarla,
Se hace perfume!

La luz, que es nuestra esencia
Más acendrada,
Pronto vuelve á nosotros
Transfigurada:
¡Vuelve hecho olores
Lo que era un hacecito
De resplandores!

A un cocuyo del pago
Robó un cocuyo
Nacido en otras selvas,
Lo que era suyo.
¡Su cuerpo frío
Se mece en las azules
Aguas del río!

A la luz del naciente
Sol de escarlata,
Se entregó á la corriente
De hilos de plata:
¡Corre serena,
Onda que has perfumado
Su amante pena!

Arrulla su cadáver
Con tus rumores,
Y cércale de espumas
Multicolores,
¡Agua del río,
Que sueñas con lo amargo
Del mar bravío!

EL RIO

¡Siempre lo mismo! — ¡Siempre en nuestras almas
Ese angustiante y turbador afán! —
¡Las palmas asesinan á las palmas
Y el arrayán traiciona al arrayán!

¡Siempre lo mismo! ¡Siempre la maldita
Historia del olvido y la traición!
¡Si la engañáis, se llama Margarita!
¡Si ella os engaña, la llamáis Manón!

¡Siempre lo mismo! ¡Siempre la secreta
Llaga que adiviné por donde fuí!
¡La lujuriosa risa de Museta
Ó el fúnebre manguito de Mimí!

¡Por donde quiera se arrastró mi anhelo,
Siempre lanceado un corazón hallé
Por los salvajes ímpetus de Otelo
Ó por las sordas ansias de René!

¿No sabéis descubrir otra quimera?
¡Algo más grande que el amor buscad!

LOS COCUYOS

¿Qué puede haber en la celeste esfera
Más grande que el amor?

UN ASTRO

—¡La Eternidad!—

ESCENA IV

Los mismos.—El Chingolo

EL CHINGOLO

¡Duerme, mi amor!—Es el río.—
No hagas caso.—Su locura
No conoce la finura
De tu plumaje, bien mío.
Ese "salta en el vacío"
Helaría, sin temblar,
La lumbre canicular
Que puso, en tus negros ojos,
El sol cuyos haces rojos
Fecundan el membrillar.

Ni lo que dijo entendí
Ni me afano en comprender
Cosas que no me han de hacer
Diverso de lo que fuí;
Cuando estoy cerca de ti
Del mundo entero me olvido,
Porque en ti, dueño querido,
Reconcentra mi pasión
La gloria de la canción
Y la alegría del nido.

Duerme, mi bien. — Con los sones
Amantes de tu chingolo,
Verás en un ritmo solo
Latir nuestros corazones.
¡Uníos, dulces visiones
De la fronda y del maizal,
A la canción estival
Con que, en la noche callada,
Arrullo á la reina alada
De mi tálamo nupcial!

EL TORDO

Bien cantado.

LAS ROCAS

Desvaría
Cuanto quieras, trovador.

LOS COCUYOS

Pone en sus versos de amor
Más alma que maestría.

EL CHINGOLO

Yo rimo la sinfonía
De los tonos de la aurora,
La que del molle colora
La verdura resistente
Y la que azula la fuente
Que bajo los sauces llora.

Yo rimo, cuando serena
La luz desciende á los prados,
Los perfumes delicados
De la agreste yerba buena.
Yo de la parva morena
Soy el músico oficial,
Mi flor es la del ceibal
Y se alaban mis cantares
En las fiestas populares
De la viña y del trigal.

UNA ROCA

Vanidad de lo pequeño.

OTRA ROCA

Siempre hablando de la vid.

EL TORDO

Calláos, rocas, y oid.

EL CHINGOLO

Ser inmortal fué mi empeño;
Pero renuncio á este sueño,
Notando que mi canción
Lo que siente con pasión
Lo trasmite con flaqueza,
Porque nunca mi cabeza
Responde á mi corazón.

EL TORDO

En esto somos iguales:
Silbo, pero silbo mal.

EL CHINGOLO

¡Oh noche, noche estival
Llena de besos nupciales!
¡Oh noche, en que los cardales
Sienten hervir á la flor,
Y noche que un ruiseñor
Europeo adoraría,
Aumentando tu poesía
Con su rondalla mejor!

¡Noche inmortal, que resbalas
Con suavísima dulzura
Sobre la quieta verdura
De los molles y los talas!
¡Noche, bajo cuyas alas
Todo es sáfico cantar,
Desde el ombú secular
Que se yergue en la cuchilla
Hasta el cocuyo que brilla
En las flores del azahar!

¡Oh noche, en que el arrayán,
Parece un turbión de aromas,
Y en que las blancas palomas
Se olvidan del gavilán;
Oh noche de intenso afán
Y sensualismo pagano,
Puebla el ambiente boscano
De visiones vagarosas
Y pon en todas las cosas
Un sueño shakesperiano!

UNA ROCA

¡Está loco!

OTRA ROCA

¡Está loco!

OTRA ROCA

¡Está tan loco
Que risa y pena lo que dice dá!

UN ASTRO

¡Oh belleza sin fin, tú eres el foco
A donde el vuelo de los soles vá!

LOS COCUYOS

¡Poetizar es amar! — Todo en el mundo
Es obra del ensueño ó la pasión:
El río corre al piélago profundo
Llevado por la ley de la atracción.

EL RIO

Extraña ley, por todos proclamada
Y que algunos quisieran suprimir.
¡Extraña ley, que lleva hacia la nada
Lo que siente deseos de vivir!
La inspiración amante del chingolo
Es un producto químico especial:
¡Son formas de la química el vitriolo
Y el coraje del águila caudal!

UNA ROCA

El bohemio es un gran materialista.

OTRA ROCA

Me gusta más el bardo de la vid.

LOS COCUYOS

Son más nobles los sueños del artista
Que la ciencia sin fé.

EL TORDO

Callad y oid.

EL CHINGOLO

Duerme, mi bien. El cocuyo
En los ramos del junquillo,
Brilla con el mismo brillo
Del amante mirar tuyo:
Los sones con que construyo
Los cantares, que acaudalas,
Son las rítmicas escalas
Que en lo azul del patrio cielo
Tejes con el terciopelo
De tus armoniosas alas.

¡Duerme, mi bien! — ¡Lo que dura
Inmortal es la belleza! —
¡Todo, en la naturaleza,
Canta un himno á tu hermosura!
¡Todo de amor te satura,

Todo rendido te nombra,
Sueña en tus ojos la sombra,
Tu peso es suave á la rama
Y se estremece la grama
Cuando te sirve de alfombra!

¡Duerme, mi musa mejor,
En el nido del sauzal,
Envidia del cardenal
Que te miró con amor;
De tu ternura el calor
Es más dulce para mí
Que la miel del alhelí
Silvestre para la abeja
Que sobre la zarza vieja
Colocó su camoatí!

Desde la primera cita
En los juncos de la fuente,
Te amo con un culto ardiente
Y con un ansia infinita:
¡Bendita sea, bendita
Aquella tarde de amor,
En que, tierno y vencedor,
Abrí á tus alas mi nido
Abrigado y escondido
De un sauce por el verdor!

Moría el sol. — Sus fulgores,
En el cielo del juncal,

Eran una saturnal
De chispas y de colores:
El alma de nuestras flores,
En perfumes convertida,
Unió tu vida á mi vida,
Cuando el astro agonizante
Se agotaba en un gigante
Saludo de despedida.

¡Duerme, musa inspiradora
Del himno que me seduce,
Hasta que los mares cruce
El resplandor de la aurora!
¡Duerme sin miedo, señora
Del monte y de la cañada,
Hasta que la sonrosada
Vaguedad del primer brillo
Fulgure del espinillo
En la túnica dorada!

¡Duerme bajo el patrio cielo,
Donde naciste y nací,
Mi zumbo de mainumbí
Y mi acorde de arroyuelo!
¡Duerme, mientras yo te velo,
Al compás del canto mío,
En esta noche de estío,
Toda tibiezas y amor,
En que hasta el trébol de olor
Siente afanes de rocío!

UNA ROCA

Arroba su ardiente fé.

EL TORDO

Es la rondalla nativa.

LOS COCUYOS

Parece una sensitiva,
Un ramo de caicobé.

EL CHINGOLO

¡Desde mi nido se vé,
Dulce patria, tu hermosura,
Los valles en que madura
La miés, que el pampero arquea,
Y el matorral, que vocea:
— Defendedla con bravura! —

¡Venid, harpados rumores
Que vagáis por nuestras lomas,
Y venid, dulces aromas,
De las uruguayas flores:
Venid, céfiros que amores
Le dijisteis al palmar,
Ayudándome á arrullar,
Cada vez que el día muera,

Los sueños de la hechicera
Soberana de mi hogar!

Hubo un rey que no sabía
Lo que era un mirlo cantor
Y aquel rey, mi dulce amor,
De tedio languidecía;
Sus familiares, un día,
Cazar un mirlo lograron,
Con mudo asombro escucharon,
Su trinadora sonata,
Y en una jaula de plata
Al rey se lo presentaron.

El pájaro prisionero,
Con trovas de buena ley,
Consiguió hacerse del rey
El íntimo consejero;
Como era noble y sincero
Mucho al príncipe quería,
Y cuando el pueblo acudía
A escuchar lo que silbaba,
Lo que el pueblo murmuraba
El mirlo al rey le decía.

El príncipe, que era bueno
Y amigo de los villanos,
Pronto de sus cortesanos
Puso á los desmanes freno;
Pero un día, en el ameno

Jardín del rey y señor,
Un ministro oyó al cantor
Que al príncipe delataba
Como sus fallos dictaba
Un juez prevaricador.

El ministro, al descubrir
La osadía del coplero,
Ordenó á su relojero
Que le hiciera construir
Un juguete de zafir,
De turquesas y coral,
Con un mecanismo tal
Que aquel juguete camina,
Cierra los ojos y trina
Como un arpa de cristal.

Al rey el juguete dieron,
Su pedrería admiraron,
A la turba convocaron
Y un concurso dispusieron;
Coplas al mirlo pidieron
Y el mirlo á silbar rompió,
Pero el juguete empezó
También su canto armonioso,
Y era el canto tan hermoso
Que el pobre mirlo lloró.

El rostro del rey retrata
La angustia que al mirlo aqueja.

Y acercándose á una reja
Abre la jaula de plata;
Luego, mirando á la ingrata
Muchedumbre que aplaudía
Al mirlo de orfebrería,
Da un beso al mirlo salvaje
Y le señala el paisaje
En donde relumbra el día.

El mirlo tiende su vuelo,
Y entre ráfagas de oro,
Sube, silbando canoro,
Con rumbo á lo azul del cielo;
Le ve el rey con desconsuelo
Esconderse en el espacio,
Mientras atruena el palacio
La muchedumbre encantada
Por la música hechizada
Del juguete de topacio.

Tiene sólo una canción
El mirlo de orfebrería,
Mientras el mirlo escondía
Muchas en su corazón;
La plebeya admiración
Concluye por confesar
Que fué injusto declarar
Que el dije de oro y marfil
Canta mejor que el gentil
Romancero del palmar.

Pasó el tiempo, se borró
Del concurso la memoria,
Y el juguete de mi historia
Sus piedras falsas perdió;
El resorte se gastó,
El arpegio enronquecido
Fué tortura del sentido,
Y el juguete celebrado
Vióse, al fin, amortajado
Por el polvo del olvido.

Poco después la cabeza
Blanca, muy blanca del rey
Rindió tributo á la ley
De la gran naturaleza;
Se dobló con la tristeza
De las cosas que se van,
Sintiendo el lúgubre afán
Que sienten, cuando al estío
Reemplaza el otoño frío,
Las flores del guayacán.

La noche de la agonía
Del doliente soberano,
El único cortesano
Que le velaba, dormía;
El pobre rey se decía
Que humo nuestras glorias son,
Cuando una dulce canción,
Un apiadado silbar,

Hizo al príncipe llorar
Con todo su corazón.

Era el gentil cancionero
Que mueve las negras alas
Entre el verdor de los talas
Y sobre el verde romero;
Era el dúlcido gaitero
De los añosos palmares,
De los molles seculares
Y del yaribá sombrío,
El que se mira en el río
Que va á perderse en los mares.

— Quiero decirte, señor,
Cantaba el mirlo doliente,
Que no olvidé la indulgente
Preferencia de tu amor;
En el bosque cimbrador
Tu grave mal he sabido,
Y abandonando mi nido,
Mis trigales y mis flores,
Vine á calmar tus dolores
Con mi rezo enternecido.

Más augusto que el palacio
Donde la lisonja impera,
Es, señor, el que te espera
Tras de lo azul del espacio.
Vas hacia el sol de topacio

Que no tiene anochecer,
Y á fundirte con el sér
Que es la esencia de los seres:
¡El dolor porque te mueres
Es el dolor de nacer!—

Cuando la aurora pintó
Las sierras de tintes rojos,
El rey los cansados ojos
Por última vez cerró;
Sólo el mirlo le lloró
Con indecible ternura,
Y sobre su sepultura,
Siempre que el sol se ponía,
Se escuchaba la armonía
Del bardo de la espesura.

¡Duerme, soplo del estío,
Del sauzal en los verdores,
Como reposan las flores
Esmaltadas de rocío;
Al compás del canto mío,
Duerme y sueña, dulce amor,
En el árbol temblador,
Hasta que la luz divina
Trace sobre la colina
Las aspas de su fulgor!

EL CEIBO

Ya le columpie el soplo fragante del estío,
Ya le sacuda el ábrego ceñudo del invierno,
Ya la canosa escarcha sus ramazones hiele,
Ya brillen de verdura sus últimos renuevos,
¡El árbol se levanta, triunfante en la planicie,
Igual que una bandera mecida por el viento!

Su robustez tranquila, su majestad augusta,
Preside los fecundos trabajos del rodeo,
Y aplaude cuando pasan los bueyes aradores
Doblando bajo el yugo su musculoso cuello,
Mientras que de su copa de cuatrocientos años
Zumban en los cantantes y cimbradores flecos,
Los torpes abejorros de funeraria túnica,
Los tábanos vestidos con tules de oro espléndido,
Y las mariposillas en cuyas dobles alas
El sol ha espolvoreado su traje arlequinesco.

Él, con sus ojos verdes, mira los mismos campos
Que siempre vió y recuerda los últimos proverbios
De los que están dormidos bajo el dosel de ramas
Con que abrigó gozoso sus infantiles juegos.
Él, malla á malla, teje sus aros de corteza
Y con su pie velludo prepara un muelle lecho
Para que en él reposen, al sol del mediodía,
La oveja fatigada y el labrador decrépito.

Él de las nubes pardas y de las nubes rojas
Conoce los designios y anuncia los misterios,
¡Heroico combatiente que no se rinde nunca!
¡Soldado que batalla con un vigor atlético
Contra la duna errante y el lodazal viscoso,
El rayo serpentino y el huracán siniestro,
Para, después de cada batalla apocalíptica,
Cimbrar su airón de nidos más cerca de los cielos!

¡Él es el noble símbolo de nuestras rebeldías,
La imagen de las ansias de nuestro pensamiento!
¡Son sus hercúleos ramos, de contráctiles nudos,
Brazos tendidos hacia las cumbres de lo eterno!
— ¡Arriba, siempre arriba! — el árbol dice al hombre,
Y en desigual batalla con el dolor y el tiempo,
Enamorado siempre de la verdad excelsa,
Siempre con infinitos afanes de progreso,
¡En las corrientes de ópalo de las mañanas rubias,
Los nidos de su copa cimbrea el Universo! —

EL RIO

¡Es la eterna ambición! — En cada nido
La sentiréis cernerse y rebullir. —
Dejadla que se pierda en el olvido. —
No hay gloria que resista al porvenir.

¿Qué es nuestra vida? — Un sueño sin mañana,
La sombra del albatros en el mar,
La oración de la tarde en la campana
Y el humo del incienso en el altar.

¡La vida es el dolor! — ¡Sus vanidades
Son tallos que no pueden florecer,
Y así será por todas las edades,
Y así será mientras exista el sér!

UNA ROCA

Me hace reir su lúgubre ironía.

UN COCUYO

Me dá miedo su estéril negación.

EL RIO

Los mismos rayos de la luz del día
Ni siempre han sido ni por siempre son.

¿Á dónde vá la inútil caravana?
¡El osario sin fin es la verdad!
Cuando vuestro cerebro se desgrana,
¿Qué resta á lo que fué?

UN ASTRO

—¡La Eternidad!

ESCENA V

El río. — La avispa. — Las cañas. — El sauce

LA AVISPA

Sabed que esta tarde,
Zumbando en redor
Del romero en brasas,
Del romero en flor,
Les dije á sus ramos:
—¡Yo soy el amor!—

Al sentir mi zumbo, dulce y cancionero,
Se dobló la planta, comenzó á temblar,
Y la luz serena del primer lucero
Se deshizo en rayos sobre el membrillar.

Sabed que ayer tarde,
Zumbando en redor
Del zarzal en llamas,
Del zarzal en flor,
Les dije á los zarzos:
—¡Yo soy el amor!—

El zarzal, vencido por mi cantureo,
Perfumó en su esencia mis alas de tul,

Y apagó sus ansias mi voraz deseo
En aquellos vasos de color azul.

Sabed que esta tarde,
Zumbando en redor
Del ceibal en ascuas,
Del ceibal en flor,
Al ceibal le dije:
—¡Yo soy el amor!—

El ceibal sumiso me rindió sus flores
Y en las rojas sedas mi pasión sacié,
Hasta que la tarde con sus resplandores,
Buscando otros mundos que dorar, se fué.

A las margaritas,
Con mi cantureo,
Les dije esta tarde:
—¡Yo soy el deseo!—
Y dije, zumbando
Del lirio en redor,
Al lirio silvestre:
—¡Yo soy el amor!

LAS CAÑAS

A un cisne, que pasó por el camino
Del horizonte azul y en el bañado
Detuvo su plumaje nacarado,
Debemos este cuento peregrino.

Era un rey con orejas de pollino,
Por la pasión del oro torturado,
Y que fué cruelmente castigado
Por la cólera augusta del destino.
Cuanto aquel rey sin corazón tocaba
En oro deslumbrante convertía,
Eran de oro los trajes que llevaba,
Era de oro el palacio en que vivía,
Y si con él alguno tropezaba,
En escultura de oro se fundía.

El príncipe de orejas de jumento,
Enemigo del tordo y de la rosa,
Maldecía á la luz, porque es hermosa,
Y odiaba, porque es libre, al pensamiento.
Aquel rey sin clemencias y avariento,
De ojos hundidos y de faz terrosa,
Siempre ejerció su facultad monstruosa
De convertir en oro hasta el aliento.
Tenía el rey un hijo idolatrado;
El rey, un día, columpió su cuna
Y el niño quedó en oro transformado.
Desde entonces, con rabias de asesino
Y maldiciendo al dios de la fortuna,
¡Solloza el rey de orejas de pollino!

EL SAUCE

¡Callad, callad, rumores
De la región nativa,

Dejando á nuestras flores
Dormir bajo la estiva
Grandeza nocturnal!
¡Enmudeced, sonidos,
Y reposad en calma,
Dejando que en los nidos
Y encima de la palma
Se cierna lo espectral!

El que hizo las australes
Comarcas de la altura,
Y pone en los cardales
Al tuco que fulgura
Como una excelsitud,
¡La noche solitaria
Formó para el reposo,
El sueño y la plegaria,
Pensando en lo afanoso
De olvido y de quietud!

El bosque está cansado,
La savia se entumece,
Y en el botón cerrado
La esencia languidece
Con languidez de amor;
¡Decid vuestros nocturnos
A vuestras almas sólo,
Oh bloques taciturnos,
Romántico chingolo
Y río saltador!

El bosque está rendido
De fabricar verdores,
La araña se ha dormido
Sobre los cimbradores
Columpios de su red:
¡Hasta que el brillo suave
De la mañana vuelva
A interrumpir el grave
Reposo de la selva,
Soñad y enmudeced!

La noche es una maga
Que la amapola agreste,
Cuyo perfume embriaga
Como un licor celeste,
Siembra por donde vá;
¡Oh zumo fabricado
Por dos silfos pequeños
En el jardín sagrado
Que habitan los ensueños,
Pronto amanecerá!

EL RIO

¡Tarda en venir, oh sol! — Turba y fatiga
El monótono beso de tu luz:
¡Me place más que el bronce de la espiga
Lo incoloro del dardo de la cruz!

El lampo y la verdad marchan unidos;
Sólo al abrirse el nocturnal crespón,
El sueño les concede á los vencidos
La dicha de unas horas de ilusión.

El sueño es el oásis: no hay dolores
Que no endulce su tierna beatitud;
Transforma en vuelo el óleo de las flores,
Y dá á lo vil blancuras de virtud.

El sueño es el oasis y el entreacto
En las tragedias lúgubres del sér,
Suprimiendo lo rudo del contacto
De las penas del hoy con las de ayer.

¡Lentas venid, oh nubes que del día
Anunciáis la rosada claridad!
¿Quién puede devolvernos la alegría
De la muerta ilusión?

EL SAUCE

—¡La Eternidad!

ESCENA VI

El río. — La cigarra. — El buho. — La violeta

LA CIGARRA

Silencio. Soy la cigarra,
Soy la lira, la guitarra
Del estío.
Se alegra la parva de oro
Siempre que escucha el sonoro
Canto mío.

¡Oh natura, te prefiero
Cuando la luna de enero
Te abrillanta,
Y el espino de mis lomas
Parece nube de aromas,
Madre santa!

¡Viva el calor! Las estrellas
Son más grandes y más bellas
En verano;
Tienen sus dulces fulgores
La blancura de las flores
Del manzano.

El río es loco y es loca
La impavidez de la roca,
Siempre fría:
Cantar es la misión buena,
Cantar de gozo ó de pena
Todo el día.

Mis monótonas canciones
Son rasgueos de bordones
De guitarras;
¡Como geórgica orquesta,
En estío están de fiesta
Las cigarras!

EL BUHO

¿Cantar? Estoy conforme: pero cantar al día,
A la piedad sin límites, á la eterna armonía.
Cantemos, sí, cantemos, cigarra saltadora,
Al trigo, porque es útil; porque es suave, á la aurora
Cantemos á lo hermoso, cantemos á lo puro.
¡Que nuestro canto sea una salve al futuro!

LA CIGARRA

—Lo esencial es la música.

EL BUHO

—El tema es lo primero.
El arte tiene un rumbo y un fin: lo venidero.

LA CIGARRA

— La música preside.

EL BUHO

—Prefiramos el tema:
Forjemos con los sones del himno una diadema
Para adornar la frente, sagrada y dolorida.
De todos los jadeantes obreros de la vida,
De todos los que luchan por la victoria humana,
De todos los que mueren preparando el mañana.
Cuando la luz comience, cuando la luz concluya,
¡Que nuestro canto sea un toque de aleluya!

LA CIGARRA

— El son es lo primero.

EL BUHO

— Lo esencial es el tema:
La hermosura es la sombra de la verdad suprema.

LA CIGARRA

— Los ritmos son pinceles.

EL BUHO

— El pensamiento es cumbre:
¡Haced que á la montaña suba la muchedumbre!
Cigarras de los montes, el canto que perdura
Es el canto en que ofrecen el bien y la hermosura
Una patria al esclavo, una tea á lo obscuro,
Un ala á lo rampante, un asilo á lo impuro,
Un bálsamo al que sufre, un apoyo al que rueda,
Un consejo al que duda y un telar á la seda
Con que teje el progreso, cigarras saltadoras,
De los siglos futuros las radiantes auroras!

LA VIOLETA

Un ñandubay, que reinaba
En la nativa floresta,
Siempre que le perfumaba,
Su estatura comparaba
Con mi pequeñez modesta.

—¡Soy muy fuerte, me decía,
Soy más fuerte que el ombú.
Y te juro que tendría
Pocas horas de alegría
Siendo enano como tú!—

Una tarde el leñador,
Que vive junto al palmar,
Del árbol insultador

Hizo astillas el verdor,
Empezándole á quemar.

El fuerte tronco gritaba,
Mientras se carbonizaba:
—¡Agonizo y me consumo!—
Pero el fuego continuaba
Trocando lo verde en humo.

Desde entonces, cada vez
Que de un árbol la imprudencia
Me habla de su gigantez,
¡Bendigo al que, con la esencia,
Me ha dado la pequeñez!

EL BUHO

No despreciéis.—Existe un alma en cada cosa,
Un alma en cada lampo y en cada tuberosa,
Un alma en cada risco y un alma en cada nube,
Por las que el alma inmensa del mar al cielo sube.
Un alma es la que ríe y un alma es la que sueña
En los racimos óptimos de nuestra vid salteña;
Un alma se columpia, como un acorde grato,
En las espigas de oro del trigo maragato;
Y cimbranse, siguiendo la rima de sus almas,
Los índicos plumones de las rochenses palmas.
En sus morados frutos la zarza sanducera
Tiene á una pobre almita reclusa y prisionera.

Un alma es la que endulza del camoatí las mieles,
Un alma la que tiñe de rojo á los claveles,
Y copian lo nevado del alma del armiño
La túnica del ángel y el corazón del niño.

El alma es lo absoluto, lo ignoto, lo inconcreto;
Es la esencia en los seres, la forma en el objeto.
Como con muchos átomos se funde un monolito,
Sumando las esencias se sube á lo infinito.
La esencia es el reflejo de la luz ignorada.
Si faltase el espíritu, reinaría la nada.
El alma es lo que piensa y el alma lo que siente
Nostalgias de lo excelso y afanes de lo ausente.
El alma es una esencia; pero una esencia viva,
A la que impulsa y mueve la voluntad activa,
La que hace que el pedrusco aspire á ser montaña.
La que hace que á ser roble aspire la espadaña,
La que puso en las islas de los mares del cielo
La ambición generosa de ser luz y ser vuelo.
¡El alma es aquel soplo que á la belleza enflora
Cuando Murillo pinta y cuando Schubert llora!

¿Me comprendéis, soberbias? — La margarita blanca,
El trébol perfumado que cubre la barranca,
El molle de la fronda y el sauce de la orilla,
El tordo renegrido y el colibrí que brilla,
El áspid que rastrea y el águila que asciende,
El iris que su curva sobre las nubes tiende,
La noche con sus sombras y el sol con su fulgencia
Son rayos esparcidos de la divina esencia.

Soñar con ser mejores es la ambición más sana.
La aurora de hoy aspira á ser cénit mañana.
Yo que viví cien años, diez décadas gloriosas.
Sé que somos efluvios del alma de las cosas.
Son partes necesarias para la acción del todo
La gallardía en Febo, lo horrible en Cuasimodo.
Sed siempre compasivos, humildes y preclaros;
Luceros y tinieblas, nacistéis para amaros.
Uníos fuertemente, lo enorme y lo pigmeo:
¡Hércules está loco cuando estrangula á Anteo!

¡Bendigamos, dolores, á la vida inviolable,
A la vida fecunda, á la vida insaciable
De bondad y belleza! ¡Amemos á la vida
Que es razón y fenómeno; que es el alma escondida
En el mundo invisible y en el mundo concreto,
En el sér de la idea y en el sér del objeto!
¡Queramos á la vida por la luz que la dora,
Por el óleo errabundo que perfuma las flores,
Por los ritmos que teje la calandria cantora
Y porque ella bendice nuestros grandes amores!

EL RÍO

Las tinieblas se van. — Otra mañana
Azula de los montes el confín. —
Se hiergue el cáliz de la flor serrana. —
Se escucha de los gallos el clarín. —

Al despuntar la aurora, la cuchilla
Me vió de sus alturas descender. —
La nueva luz, que sonrosada brilla,
Verá mis olas hacia el mar correr. —

Soy la inquietud, el ansia de lo nuevo.
Y como nunca satisfecho estoy,
Con el hastío, que en mis olas llevo,
Lloro la enorme vaciedad del hoy. —

¡Quemante afán, tortura indescriptible
Es el deseo que palpita en mí!
¡Correr tras la visión de lo imposible!
¡Siempre allá, más allá, lejos de aquí!

Me vé la noche y me contempla el día
Raudo pasar de mi quimera en pos:
¡Adiós, cantares que pobláis la umbría!
¡Flores boscanas, para siempre adiós!

EL BUHO

Río, la ley en cuyas mallas preso
Murmuras en las vueltas del ceibal,
Es la ley de las leyes, el progreso,
Lo que hace hervir tu brillador cristal.

Por esa ley, se cubren de gramilla
Los viejos campos que cruzaste ayer;
Ella arroja en los surcos la semilla
Y ella hace á los granados florecer.

Por esa ley, amante y soberana,
Reverdece la espina de la cruz;
Por esa ley, los cielos del mañana
Con nuevos mundos tejerán su luz. —

Tu esperanza insaciable, tu impaciente
Deseo irresistible de correr,
Es la atracción de la verdad naciente,
De la que otra verdad ha de nacer.

EL RÍO

Si la verdad ha de morir conmigo,
¿De qué sirven mis sedes de verdad? —

EL BUHO

—¡Forjas el porvenir; siembras el trigo!
¡Haces la eternidad! —

ESCENA VII

El hornero. — El río. — El eco

EL HORNERO

Empieza á amanecer. — En lontananza
La curva del espacio se colora,
Y las luces del coche de la aurora
Esparcen sobre el mundo su fulgor;

Se desbandan las fúnebres visiones,
Se enderezan los sauces macilentos,
Y columpia á los juncos somnolientos
De la brisa el suspiro encantador.

Señor, que diste á los inmensos mares
Algo de tu grandeza soberana,
Y que sus flores de color de grana
Diste á los verdes ramos del ceibal;
Señor, á quien saludan reverentes
La sonrosada luz del nuevo día,
De las aves del bosque la armonía
Y los claros murmullos del raudal;

Señor, que eres verdad, que eres sapiencia,
Que eres misericordia y poderío,
Que siembras de luceros el vacío
Y emplumas á la prole del ñandú,
¡Deja que besen mis amantes ojos
Los encendidos bordes de tu manto,
Y bendice la choza que levanto
Sobre la horquilla del rugoso ombú!

Señor, que encuentre mi vivienda humilde
Gracia ante ti, que mundos elaboras,
Que el espinillo de la cumbre enfloras,
Que del trébol perfumas el verdor;
Y hasta que del ocaso, en la arboleda,
Torne á lucir la lumbre desflecada,
¡Cuida el nido en que duerme mi adorada
Los dulces sueños del primer amor!

¡Blancor de la viudita, caperuza
Del federal, diadema policroma
De los siete colores, en la loma
De vuestros tintes el joyel lucid!
¡Ya el gallo tañe el himno de la lumbre,
Y el himno de la lumbre la cigarra
Preludia, en el bordón de su guitarra,
Bajo las crespas hojas de la vid!

EL RÍO

¡Ya resucita el sol! — Cuando el ocaso
Agite su estandarte de vapores,
¿Dónde estarán los ruidos cantadores
Con que pueblo, al correr, la soledad?
¡Mis olas, por los vientos impelidas,
Se mecerán sobre distantes playas!

EL ECO

¡Vayas á donde vayas,
Vas á la eternidad!

ESCENA VIII

La campiña. — Las espigas. — Los vendimiadores

LA CAMPIÑA

Agita sus doseles el rubio estío,
El dios de las corolas apurpuradas,
Sobre los desmayados sauces del río
Y el tapiz de cicuta de las cañadas.

Bajo el arrullo ardiente de los zorzales,
Mezclan sus rojos tintes las amapolas
A los tonos de bronce de los trigales;
¡Las semillas que empleo son españolas!

Amapolas y espigas, en los sembrados,
Saludan á la lumbre resplandeciente
Con la voz de sus cimbros acompasados
Y con las reverencias de su aurea frente.

Extendiéndose á gozo por la llanura,
Donde del sol del indio la antorcha brilla,
Conquistadoras cubren con su verdura
Los fáciles declives de la cuchilla.

Esas ondas, que irradian luces de oro
Bajo la lumbre de oro del sol que empieza,
¡Del hogar de mis padres son el tesoro!
¡Del hogar de mis hijos son la riqueza!

Cuando cantan los vientos de nuestros llanos
Las estrofas del himno de la metralla,
Y cuando los hermanos con los hermanos
Luchan en las tragedias de la batalla;

Cuando, sobre las ruinas del caserío,
El mastín espirante custodia al dueño,
Que en la alfombra de flores de nuestro estío
Duerme, junto á una lanza, su último sueño,

Se amustian las espigas azafranadas,
Las amapolas cierran su rojo broche,
Y el sol de nuestras cumbres esmeraldadas
—¡Apresura tu vuelo!—dice á la noche.

Sobre aquellos que duermen sin sepultura
De nuestros sembradíos en los rastrojos,
Lloran los manantiales de la espesura
Y rezan las torcazas de negros ojos.

Oh ciudad ambiciosa, cuyos afanes
Olvidan que te nutres con mis sudores,
Mientras hablan de ascensos tus capitanes
Y me abruman con leyes tus dictadores,

¡Yo, paciente y resuelta, trabajo sola
Bajo los refucilos del sol de grana,
Y enlazando la espiga con la amapola
El dosel de sus triunfos tejo al mañana!

LAS ESPIGAS

Luz del naciente,
Luz que destellas
Con las blancuras
De la hostia excelsa;
Luz que sonríes
En la bermeja
Flor de los ramos
De nuestras ceibas;
¡Luz del naciente,
Bendita seas!

Luz que el lucero
Tímido besa,
Cuando su broche
Pálido cierra;
Luz á quien cantan,
En la arboleda,
Todos sus himnos
Las aves nuestras;
¡Luz del naciente,
Bendita seas!

Ya cortadora y lisa
La segur llega
Descabezando trigos
Con impaciencia,
Como si las espigas
Sultanas fueran
Que el alfanje de un nubio
Sayón degüella
En virtud del capricho
De una orden regia.
¡Segur que nos abates,
Bendita seas!

La amapola purpúrea
Gime de pena
Al sentir que las hoces
La descabezan,
Y la espiga dorada,
La espiga esbelta,
Bajo el roce del filo
Gozosa tiembla.
¡Segur que nos abates,
Bendita seas!

Pronto, muy pronto
Todas las ruedas
De aquel molino
Cuyas acequias
Pidiendo granos
Sus arpas templan,

Darán con júbilo
Vueltas y vueltas.
¡Hoz que nos cortas
Bendita seas!

Brillante y lisa
La segur llega
Y entre los oros,
Que el aire inciensan,
Canta una alegre
Canción de fiesta
Viendo á la espiga
Madura y llena.
¡Hoz que nos cortas,
Bendita seas!

¡Tenemos hambre
De vida nueva!
¡Que el horno brille
Y en pan nos vean
Transfiguradas,
Tras larga brega,
Pobres y ricos
Sobre su mesa!
¡Hoz que nos cortas,
Bendita seas!

LOS VENDIMIADORES

Nos llaman los morenos racimos de la cuesta:
El sol está muy alto; su llamarada tuesta;
Llegó el feliz instante de la recolección.
Cuando la luz decline, debajo de las parras,
Se escuchará esta tarde la voz de las guitarras
Y tejerá sus rondas el patrio pericón.

Apóyate en mi brazo, que es agria la cuchilla;
La luz abre con fuerza su clámide amarilla;
Está inmóvil el fleco más fino del palmar.
Soñando con los zumos melosos de las uvas,
Duermen las cavidades de las redondas cubas
Y vuelan las avispas en torno del lagar.

Esconden los agrestes sarmientos retorcidos
Una legión de arrullos y una legión de nidos;
Sestea entre los pámpanos el tordo silbador.
Debajo de los pámpanos, las uvas escondidas,
Morenas y fragantes, jugosas y encendidas,
Viven elaborando su saturnal licor.

El astro de las doce dispara sus ballestas
Y en los racimos ópimos, que lloran en las cestas
Sus lágrimas de púrpura, su sangre de rubí,
Brillan los saetazos del arquero amarillo,
Igual que en los cristales de un gótico castillo
O en la coraza espléndida de un verde colibrí.

Moliendo con sus ruedas los ásperos guijarros,
Bajan por la pendiente los rechinosos carros
En donde se amontonan los frutos del viñal,
Y cantan las cigarras de la vendimia el coro
En tanto que el arquero de los venablos de oro
El filo de sus flechas ensaya en el ceibal.

La granja jubilosa mira á los pisadores
Pisar á los racimos, entre élitros cantores,
Luciendo de sus piernas la roja desnudez;
¡Los élitros zumbando sobre la ardiente uvada
Parecen un confuso tañido de alborada,
El prólogo de un poema de holgura y robustez!

Con los purpúreos tintes de los mostos hirvientes
Manchan los pisadores sus músculos valientes
Y manchan las avispas su clámide de tul;
¡La vida es un viñedo de gozos y dolores!
¡Victorias y derrumbes, haced con los hervores
De vuestra uvada interna, los vinos de lo azul!

¡El himno del trabajo resuene en las cuchillas!
¡Junto al altar del alba caigamos de rodillas!
¡Alcemos los lagares del bien y la verdad!
¡Vendimiadora, vamos al templo del futuro
Y ojalá que en sus cálices los vinos de lo puro
Hiervan, como un incendio, sobre la Eternidad!

ESCENA ÚLTIMA

El zarzal. — El águila. — La hormiga. — El poeta

EL ZARZAL

Ya siento que me abrasan los rayos del estío;
Las noches son más puras y es más azul el río;
Hierven mis acres zumos y sueñan mis espinas
Con los bermejos tintes de las rosas divinas.
Al morir de las tardes, la calandria canora,
En los molles vecinos, al lucero enamora,
Y las hebras de plata de la luz del lucero
La abrigan de sus tules con el cendal ligero.
Ya vuelven del exilio las garzas con diadema,
El trebolar alegre sus cinamomos quema,
En los barrancos ríe la roja margarita
Y en los cercos de alambre la lechuza dormita.
El son de los arroyos es un canto de amores.
¿Por qué será, Dios mío, que tengo sed de flores?
Las flores son el sueño de la naturaleza,
El sueño de un artista ganoso de belleza.
¡La madre augusta teje de un árbol la guirnalda
Lo mismo que un joyero cincela una esmeralda!

Yo sé que encierra un himno todo lo que murmura;
En todas las fealdades se esconde una hermosura.

El himno dice: — ¡Amaos! — lo feo: — ¡Comprendedme!
Y todo lo que rueda nos grita: — ¡Sostenedme!
Lo feo es ignorancia. — Nace la fiera hirsuta
En el cerebro lóbrego lo mismo que en la gruta
Donde jamás penetra la luz de la mañana.
¡Azulemos las simas de la conciencia humana!
¡Hagamos una antorcha con el abecedario!
¡Sostenga, en vez de un leño, un sol cada Calvario!
La maldad, muchas veces, más que maldad es pena.
¡Jesús hace que brille la aurora en Magdalena!
¡Sembremos compasivos con nardos de ternura
De todo lo que sufre la Calle de Amargura!
¡El que murió inocente sobre la cruz romana,
Bebió en el rojo cántaro de la Samaritana!
¡Bebamos en la copa de todos los dolores!
¡No hay tumba que no tenga necesidad de flores!
Lo vil tiene los ojos cerrados á lo bueno.
— ¡Mirad! — á las cegueras les dijo el Nazareno,
¡Y todas las cegueras lloraron de alegría
Viendo que era celeste la techumbre del día!

No escuchéis lo que afirma la aruera envenenada.
Un mainumbú me dijo: — ¡La pobre está embrujada!
¡Después que hubo saciado su furia traicionera,
Caín enterró su clava debajo de una aruera!
¡Envenenar sirviéndose del perfume divino
Es ser dos veces malo, dos veces asesino!
¡El vuelo del perfume, como todos los vuelos,
Tiene un rumbo, la aurora, y un camino, los cielos!

¡El pastor que predica la ley de las maldades,
El dogma de los odios y las desigualdades;
El pastor que se sirve del arma de la idea
Para aguzar los dientes de lo que culebrea:
El pastor que no enciende la luz de la esperanza
En torno de las úlceras sedientas de venganza,
Es un pastor que empuja al rebaño inconsciente
Hacia los precipicios donde se hunde el torrente!

¿Sabéis lo que nos dice la lumbre pasajera
Del astro del crepúsculo? — Nos dice: — ¡Juncalera,
Zarzal, ombú, calandria de armónicos cantares
Y ríos que saltando os perdéis en los mares,
Donde exista una sombra, elaborad un brillo,
Y donde haya un grillete, esgrimid un martillo,
Porque en verdad os digo que la oración que sube
Es la oración que implora pidiendo por la nube,
El hombre, el bruto, el ave, el árbol y la planta,
Por todo lo que gime y todo lo que canta!
¡Como el sol que empurpura el espacio y el lodo,
Levantad vuestra salve por todos y por todo! —

Escuchad. — Tienen ansia todas las liviandades
De que el lirio les preste sus níveas castidades.
Cuando juzguéis hacedlo sin dolo y sin malicia.
La cólera es un agrio deseo de justicia.
A veces lo iracundo, sobre la barricada,
Flamea un luminoso fragmento de alborada.
A veces el harapo, que ruje en los motines,
Tañe el himno que entonan del alba los clarines.

Entre el poder que oprime y el derecho ultrajado
Estad con el derecho. — ¡El derecho es sagrado!
Suprimid el cadalso y engrandeced la escuela.
Azulad las visiones de las madres en vela.
El puñal se empurpura de rubor en la herida.
La sal de los amores es la sal de la vida.
Pitágoras ha dicho: — Las virtudes del alma
Son la luz en la estrella y el dátil en la palma. —
Afirmad, como Plinio, que la guerra es un crimen.
Dad, como San Vicente, el mundo á los que gimen
Faltos de pan y lumbre. — ¡La fe de Marco Aurelio,
El amor á los otros sea vuestro Evangelio!

UN ÁGUILA

¡Estoy herida! — Las balas
De un cazador, en mis alas
Y en mi pecho se enterraron.
Pude, á fuerza de coraje,
Internarme en el zarzaje
Cuyas púas me ocultaron.

Se acibara mi agonía
Al pensar en la alegría
Con que, ardiente y soñadora,
Hoy mismo, cruzando el monte,
Ví incendiarse el horizonte
Con las luces de la aurora.

Al pensar que sobre el cielo
Pronto extenderá su velo,
Para mí, la noche eterna:
Y que la sed que me abrasa
Siente, en la brisa que pasa,
El rumor de la cisterna.

Al pensar que los ceibales
Lucen su flor de corales,
Sus rojas flores de enero,
Y que hay flores en las breñas
Escarpadas y zahereñas
De mi nidal carnicero.

Al pensar que en las glicinas
De aquel rancho, en cuyas ruinas
Me detuve ayer, triunfantes
Sin mí, las constelaciones
Dibujarán sus visiones
Erráticas y danzantes.

¡Al pensar que será eterno
El sol de otoño, el de invierno,
El sol de estío, el fecundo
Sol cuya llama encendida,
Sin mí, esparcirá la vida
Por las arterias del mundo!

¡Morir cuando todo es vuelo
En la tierra y en el cielo!

¡Morir lejos de los talas
Cuyo ramaje sombrío
Ya no tiembla bajo el frío
Pamperazo de mis alas!

¡Aire! ¡Luz! ¡Mi sangre aleve
Se va convirtiendo en nieve!...
¡Qué obscuro se pone el día!...
¿También el sol va á morirse?...
¡Siento mis alas abrirse!...
¡Volar, qué inmensa alegría!...

LA HORMIGA

¡La muerte, madre de todo,
Convertirá en flor el lodo
De tu carne agusanada,
Cuando, del monte en las vueltas,
Entregue al viento las sueltas
Semillas de la alborada!

¡Serás, como siempre has sido,
Breña ó flor, relumbre ó nido!
¡La muerte, la aborrecida,
La implacable, la traidora,
Es la bruja que elabora
El élixir de la vida!

¡Los veranos, los inviernos
Son como surcos eternos

En donde arroja la muerte
La esencia, sacra y divina,
De todo lo que germina
Triunfador, próspero y fuerte!

¡Con el átomo que flota,
Con plumas del ala rota,
Con el tronco mustio y seco,
La muerte, la muerte santa,
Hace la lira que canta
Y hace de la estrella el fleco!

¡Oh magna máter, materia
Que eres lo azul de la arteria
Y lo róqueo del granito,
Tú fundes en tus crisoles
Las hormigas y los soles,
Lo pequeño y lo infinito!

EL POETA

Un poco aragonesa y un poco catalana,
La sangre, cuyos zumos nutren mi corazón,
Es, como Cataluña, trabajadora y sana
Con las sinceridades valientes de Aragón.

Al recordar su estirpe, mi pecho se alboroza;
El hoy es casi siempre producto del ayer;
La madre de mi padre era de Zaragoza;
Mi madre es de la patria de Frederich Soler.

Idólatra de aquello que plugo á mis mayores,
Nutrido con las probas rudezas de otra edad,
Amo, como Pitarra, los himnos sembradores,
Y tengo, con Lanuza, fiebres de libertad.

Mi padre era la síntesis del almogávar fiero,
Mi madre es una santa con lirios en la sién,
Y yo soy el connubio de un ruiseñor ibero
Con una gargantilla de mi charrúa Edén.

Amo el valor leonino con que domó á la tierra
El pueblo que se cubre de gloria en San Quintín,
Y adoro la arrogancia del palafrén de guerra
Vencido en las salvajes Puntas de Valentín.

Abeja enamorada del astro del ensueño,
Para cruzar las sirtes del mundo inmaterial
Me prestan don Quijote su dúctil Cravileño
Y Figueroa el ritmo de su canción marcial.

Admiro tiernamente la lengua castellana,
Siempre de su hermosura me encontraréis en pos,
Porque con sus vocablos, de timbres de campana
Y resplandores de ópalo, mi madre habla con Dios.

Pero también empleo gozoso los modismos
Que se usan en los pagos agrestes del zorzal,
Porque ellos simbolizan los grandes estoicismos
De la Meseta heroica y el épico Arenal.

Nací cuando el estío sobre la juncalera
Extiende de sus nubes el cegador tisú,
El lustro en que crujía de angustia mi bandera
Y el corazón de Gómez se helaba en Paysandú.

Como el ombú me hiergo sobre el terrón bendito;
Fuera de nuestros marcos no reconozco ley;
¡Mi numen, de alegría, llora sobre el Cerrito!
¡La voz de mi guitarra ruje en el Arapey!

Unido al patrio suelo como el cipó se anuda
Al tronco de las ceibas de traje carmesí,
¡Palpita en mis canciones la clarinada aguda
Que oyeron los jinetes del pago en Sarandí!

Si pasa el estandarte, nido de bizarría,
En donde centellea la diagonal punzó,
¡Lloró como el blandengue llora en Santa María
Al presentir que llega la luz de Ituzaingó!

¡Qué eternizarse miren, cuna del espinillo,
Bajo tus horizontes de flotador zafir,
Sus épicas hazañas Latorre y Andresillo,
Barreiro y Monterroso su fe en el porvenir!

¡Que la virtud te guíe con rumbo á lo mañana,
Que el numen del trabajo componga tu canción,
Que seas el castillo de la conciencia humana,
Y que mi nombre, — oh madre, — viva en tu corazón!

Ese soy yo, señora. Me hicieron de tal suerte
Que es híbrido y sublime lo que palpita en mí;
Soy español hablándote y soy, para quererte,
Charrúa como el pago glorioso en que nací.

Mis ritmos son el fruto de la junción extraña
De las encinas godas y el índico urunday;
¡Mi pluma es una flecha del rojo sol de España
Y mi papel un fleco del sol del Uruguay!

¡Ecos de mis cuchillas, rumores de mis llanos,
Murmullos de mis ríos, piadosos acudid
Y en la guitarra rústica, que tiembla entre mis manos,
De vuestras grandes voces la vibración fundid!

¡Nacido en esta tierra, donde la luz es gloria
Y donde el aire es vida, suelo llorar de amor
Hablando de las lides de su gallarda historia
Y oyendo las canciones del tordo silbador!

Me asombran los que dicen que el patriotismo es necia
Costumbre de otros tiempos, indigna de esta edad;
¡Pronto hará veinte siglos que así hablaban en Grecia
Y aún el sol de las patrias brilla en la Eternidad!

EL AGUILA

(POEMA PATRIÓTICO)

EL ÁGUILA

(POEMA PATRIÓTICO)

I

Escuchad! Escuchad! — ¡Soy el potente
Cántico que vocean
Las hervidoras aguas del torrente;
Soy el redoble fiero
Del yaribá, cuyo verdor cimbrean
Los bizarros empujes del pampero;
Soy el sordo rugido
Del soberbio jaguar, cuando desgarra
Las carnes del venado estremecido! —
Escuchad! Escuchad! — ¡Vibra en mis manos
La homérica guitarra
De los tiempos lejanos!
¡La vihuela de duro
Y agreste ñandubay, cuyos bordones
Arrullarán las horas del futuro
Con la voz de las patrias tradiciones!

II

¡Ni un rumor en las olas
Ni una luz en la altura!
¡El Grande está con el Destino á solas!
¡Clavado en la Meseta,
Busca en el fondo de la noche obscura
Lo que presiente su alma de profeta!

Todo duerme; en la orilla
De los añosos sauces la verdura,
El perfume en los campos de gramilla
Y los trinos de amor en la espesura.
Todo duerme en quietud; el patrio río
Con sigiloso movimiento corre
A los pies del fortín, agrio y bravío,
Que custodian las lanzas de Latorre!

Con los brazos en cruz sobre su duro
Pecho de gladiador, sueña el Caudillo
Con las triunfantes albas del futuro;
A golpes de cuchillo
Y á la cárdena luz del recortado,
En su indómita fe la montonera
Arropa al porvenir con el baleado
Y tricolor cendal de su bandera!

En los mustios juncales
Duerme el reptil; el tordo, bajo el ala
Oculta la cabeza, en los ceibales
Espera al sol para soltar su escala.

Todo es quietud y soledad; á veces,
Turbando los dominios del sosiego,
De la orilla en las foscas lobregueces
Silba el ñacurutú de ojos de fuego.

Con los brazos en cruz bajo el pampeano
Poncho de guerra, de color obscuro,
El Héroe de pupilas de milano
Interroga á los genios del futuro.
¡Su hora vendrá! ¡la hora
De la reparación! ¡la hora esperada
Por los que están forjando de la aurora
El disco con las chispas de su espada!

¡Su hora vendrá! ¡Lo sabe
El camalote que hacia el mar navega
Y lo anuncian los cánticos del ave!
¡Lo dicen, sí, lo dicen la bendita
Plegaria del clarín en la refriega,
El oro de la roja margarita,
El polen que en los árboles palpita,
La luz que muere y el fulgor que llega!

III

El Inflexible siente,
Al reabrir la epopeya de su historia,
Sobre los hondos surcos de su frente,
El viento de las alas de la gloria.

No es ya el adolescente,
No es ya el gentil acopiador de cueros
Que cruzaba los campos virginales
Al tímido brillar de los luceros
Y en pos de las carretas ascentrales.
Aquel tiempo pasó; pasó el hechizo
De aquella edad de férreas aventuras,
En que al malevo, al yaro, al fronterizo
Les impuso la ley de sus bravuras.
En que le daban su quietud el monte,
El cardenal su armónica cadencia,
Sus brochazos de sol el horizonte
Y el pampero su sed de independencia.
En que todo lo nuestro le servía
Para lucir su ardiente bizarría:
¡El ñandubay que en humo transformaba,
El concolor que su cuchillo hería,
Y el potro que su espuela ensangrentaba!

No conoce al mancebo
Que luchó con el indio y el malevo.
Aquella vida nómade y campera
Ningún lugar ocupa en su memoria:
¡Su pasado se funde en su bandera,
Que es un ala del ángel de la gloria!

No es ya tampoco el varonil soldado,
No es ya el blandengue de uniforme godo,
Que turbaba los sueños del malvado
Y que la ley sobreponía á todo.

Aquel tiempo pasó: pasó el imperio
De la edad colonial: el sol que brilla
En la techumbre azul de este hemisferio,
No es ya el sol de las tardes de Castilla.
El joven sol, que lleno de arrogancia
Nos envuelve en los oros de su manto,
No es ya el sol de las horas de Numancia
Ni es ya el sol de los días de Lepanto.
El joven sol, que en su purpúrea aureola
De nuestros ceibos los capullos trenza,
No es ya el triunfante sol de Cerinola,
El sol que amaba Berenguer de Estenza.
El joven sol, que con su luz esmalta
De nuestras cumbres el verdor bendito,
¡Es el sol de los cánticos de Salta
Y es el sol de las preces del Cerrito!
El sol que nace, cuando esconde el tuco
Su chinesco fanal en nuestras hiedras,
¡Es el ardiente sol de Chacabuco,
El rojo sol de San José y las Piedras!
El joven sol que con su disco lleno
Dora de nuestros campos las espigas,
¡Es el sol de Ricaurte y de Moreno!
¡Es el sol de Junín! — ¡El sol de Artigas!

IV

El Precursor, el épico soldado
Que tuvo vislumbranzas de profeta,
Vuelve á vivir las horas del pasado
En la augusta quietud de la Meseta.

Mil ochocientos diez. — Mayo. — Se sabe
Por un navío, que de anclar acaba,
Algo imprevisto, asombrador, muy grave.
Montevideo, entonces,
Sobre su estuario azul se levantaba
Cubierta de fortines y de bronces.
Era Montevideo
Un cuartel que los ojos deslumbraba
Con el fulgor de su marcial arreo.
Donde hoy lucen sus huertas de rosales
De carmíneo matiz, sólo crecían,
Con lujurioso afán, los matorrales.
En las noches eternas
De su bélico insomnio, la mecían
Con sus voces de guardia las casernas.
Bien metida en su duro
Coselete de fierro,
Era un campeón de los del rey Arturo.
¡Mastín de la ciudad, velaba el Cerro!

Casi desde el albor del coloniado,
Nuestras costas, cuchillas y praderas
Fueron como el palenque ensangrentado
Por el sórdido afán de dos banderas.
En cumbres, en oteros y en cañizos,
Con vascuense tesón y fosca saña,
El porqué de sus pleitos fronterizos
Aquí ventilan Portugal y España.
Del pórtugo las tercas invasiones,
Del español el belicoso arreo

Y el continuo rodar de los cañones
En el fértil terruño cananeo,
Convierten á los hijos de la tierra
De las tribus errantes,
En estrofas de un cántico de guerra
Y en un viril trofeo
De cortadoras picas centelleantes!

El malón del charrúa y las bravatas
Del portugués audaz, — en la cuchilla
Y en la selva de rojos escarlatas, —
Azoran á los leones de Castilla.
E igualmente perturban, — en la loma,
La ribera y los valles, — al colono,
Unido al español por el idioma,
Por las costumbres y el respeto al trono.
Aquella vida tormentosa y dura,
Lo áspero de los usos coloniales,
Dieron á nuestra raza la bravura
Que tantas veces derrochó á raudales.
Así la vieja edad, batalladora
Por razón de conquista y poderío,
En sus llameantes hornos elabora
El sacro zumo del mesenio brío
De nuestra raza ardiente y soñadora!

Velando la campiña abandonada
Al sueño pastoril, surge zahereña
La ciudad en sus muros encerrada
Como un cañón hundido en su cureña.

Sus bastiones ciclópeos, que altaneros
Avanzan sobre el mar, brillan con brillo
De fusiles y obuses y morteros,
Como ochavas y cubos de un castillo.
Huele á pólvora y vive en sus bastiones
Ahogando de sus tedios el sollozo,
Y oyendo como crujen los portones
Que truecan su recinto en calabozo.

Con sus calles fangosas
Y su inconcluso templo franciscano,
No era la ciudad de hoy, la de las rosas,
La dulce desposada del verano,
La abierta á los errantes
Oleos de las agrestes margaritas:
Era un montón de hierros fulgurantes,
Era un haz de reductos y garitas.
Hundida en sus graníticas murallas,
Era asilo, sagrario y fortaleza,
Almacén de pertrechos y vituallas
De la española y colonial grandeza.

A sus pies se extendía
El campo en abandono,
Y como nada al trono le debía,
En la llanura autónoma y bravía
Se fué entibiando la pasión del trono.
La hispana monarquía,
La que juntó en su sangre los rubíes
Que enrojecen la tez del asturiano

Y en sus venas llevaban los zegríes,
Dejó que la aridez y la incultura,
El cuatrerismo y el malón indiano
Se adueñasen del monte y la llanura.

Toril sin puertas de la res salvaje,
Sin conocer la luz del alfabeto
E idólatras ardientes del coraje
Que impone á puñaladas el respeto,
Vegetaban monteses las campiñas
En un marasmo triste é inseguro,
Sin el verdor cimbrante de las viñas
Y sin lo bronceo del trigal maduro.

El imperio humillante,
La vanidad impenitente y loca
Con que trata al colono la arrogante
Intrepidez del león, que en su mañana
Se irguió en los brazos de la cruz romana
Con el himno del eúskaro en la boca,
Unido á la costumbre
De bregar por lo propio en los malones
De la costa, del llano y de la cumbre,
Aflojaron los híspidos cordones
Del dogal de la ibera servidumbre.
Dentro de la ciudad amurallada
Vivió el culto del rey, bajo el severo
Amparo del clarín y de la espada,
El obús y el mortero;
Pero en las soledades sin rondines,

Sin círculos de roncas baterías,
¡Hasta el bagual, de abrojos en las crines,
Llama al sol de las grandes rebeldías!
¡Un sol sigue á otro sol, y al levantarse
De nuestro sol la claridad homérica,
Como un sol fatigado de agrandarse,
El sol de España se ocultó en América!

V

Mil ochocientos diez. — Mayo. — Sombría
Se despierta la lumbre de la aurora. —
Un bergantín, anclado en la bahía,
Cuenta un cuento que asusta y que enamora. —
El que turba el sosiego
Del mundo con la voz de sus cañones;
El corso, que reparte las naciones
Como un niño las guindas de su juego;
El que desgarra las funéreas clámides
De los reyes de Egipto, y sus despojos
Pone á tostar al sol de las Pirámides;
El Carlomagno, el César, cuyos ojos
Tienen á la victoria hipnotizada;
El águila caudal que desgarrada
Enseña al mundo, en su sangriento pico,
En su pico insaciable y traicionero,
La púrpura de Atila y de Alarico;
El coloso de acero
Que, como alud rasante, se desploma
Sobre Jena y Berlín, Marengo y Roma;

Aquel á quien aclaman y obedecen
La ciudad y la villa
Que entre naranjos ó deshielos crecen,
Nápoles y Moscou, Viena y Sevilla;
Aquel á quien parecen
Pequeño el mundo, que á sus pies se humilla,
Y pequeña la historia
Para encerrar al astro de su gloria;
El primero en el haz de los primeros,
El cóndor que en el sol las plumas baña,
Les dijo á sus heroicos granaderos:
—¡Id y traedme el corazón de España!—

Con Murat y con Duhesme las legiones
Entran en Cataluña y en Castilla
Agitando á los vientos sus pendones;
Pero no un corazón, cien corazones
Laten en el terruño sacudido
Por el vuelo del águila francesa,
Y descienden con ira de su nido,
Para quitarle al águila su presa
Y detener su vuelo soberano,
La ruda terquedad aragonesa
Y el laconio tesón del asturiano.
¡Con indomable saña
El coraje español defiende á España!
¡Mientras el regio miedo
La patria de Ataúlfo y Recaredo
Entrega á los franceses en Bayona,
Dan lustre y brillo al español denuedo
Bailén, el Bruch y la inmortal Gerona!

¡Mientras la monarquía,
Con la virtud, la majestad perdía,
El pueblo de los campos y las calles,
El héroe de las horas de Pavía,
El glorioso clarín de Roncesvalles,
Con su atlético brazo, en sangre tinto,
Defiende el esplendor de la corona
De Felipe Segundo y Carlos Quinto!
¡Mientras impone leyes
Al coro amedrentado de los reyes
El halcón de Austerlitz, Wagram y Jena, —
Como el cadáver de Héctor por la arena
Arrastraba la cólera de Aquiles,
Arrastra de sus reyes la cadena
La indomeñable intrepidez de España
Por los sangrientos campos de Arapiles,
Tolosa, Zújar, San Marcial y Ocaña!

VI

Cautivo el rey, la España en cautiverio
Y la Junta de Cádiz combatida,
Pronto siente latir nuestro hemisferio
A su gran corazón con otra vida.
Cuando de medio mundo en las campanas
El somatén libertador resuena,
Surgen, como visiones esquilianas,
Hidalgo en las campiñas mejicanas,
Rojas y Ovalle en la región chilena.

Ya Buenos Aires, esgrimiendo el rayo
Fundido en las hornallas de su Mayo,
De López rima el cántico sonoro,
Que como nube de zorzales de oro
Hacia el palmar de lo futuro vuela,
Y asalta los castillos del derecho
Mostrando, como un sol, sobre su pecho
De Berutti y de French la escarapela.

La bicolor bandera de Belgrano,
Celeste y de eucarística blancura,
Recorrerá con Brown el mar lejano,
Subirá con Las Heras á la altura
De los Andes de Chile, y la española
Bandera de los leones sin mancilla
Tendrá celos del sol de la que brilla
Apoyada en el muslo de Zapiola!

Pero, — mirad, — otra bandera avanza
Luchando con la roja y amarilla.
¡Es Bolívar! — ¿La véis? — ¡Cruje en su lanza!

¡San Martín y Bolívar! — El primero,
El táctico sagaz, el héroe duro,
El sableador magnífico y austero
Que sablea pensando en lo futuro,
El que cruza las cúspides andinas
Bajo los lamparazos de Febrero,
Con dos batallas solas
Abate á las legiones españolas
En Chile y las Provincias Argentinas!

Bolívar que es el genio, lo nervioso,
Sube la cordillera ecuatoriana,
Llenando con un himno esplendoroso
La mitad de la tierra americana.
¡Sembrador incansable de naciones,
Amontona laureles y banderas
Esgrimiendo su lanza en los Horcones,
Araure, Carabobo y Las Trincheras!

Si San Martín se atreve
De las cumbres gigantes y azuladas
A desafiar la cegadora nieve
En busca de las épicas llanadas
De Maipú y Chacabuco, — las cascadas
Ecuatoriales, al dejar la cima,
¡Copian con su fragor las clarinadas
De Maturín, La Puerta y Vigirima!

Aquel que sobre el mapa americano
Dá dos citas de amor á la victoria,
Corre á morir, más grande que su gloria,
Tras los salobres tumbos del Océano;
Y aquel que olvida su inmortal ensueño
Mirándose en los ojos encendidos
De las limeñas de color trigueño
Y medioevales mantos renegridos,
Morirá solitario y errabundo
De su patria en los últimos confines,
¡Mientras llena los ámbitos de un mundo
El sol de San Mateo y Los Clarines!

¡América, de pie! — ¡Cuando los nombras
Con noble gratitud, trémulo escucho
La voz augusta de sus grandes sombras
Que hablan de San Lorenzo y Ayacucho!
¡Canten de pie tus pueblos la acordada
Canturia de sus himnos á los grandes
Que clavaron heroicos con su espada
Al sol del porvenir sobre los Andes!

VII

El Precursor, el épico soldado
Que tuvo vislumbranzas de profeta,
Vé desfilar las glorias del pasado
En la augusta quietud de la Meseta.
Mil ochocientos once. — De Febrero
La ardiente luz, la luz calcinadora,
La luz que hechiza al industrioso hornero,
Cumbres, declives y llanuras dora.
Se buscan las torcaces
En los rubios rastrojos montaraces,
Son los churrinches dardos de escarlata,
Y sus décimas pule el gargantillo
Del guayacán junto á la flor de plata
Y en la amarilla red del espinillo.

Bajo la luz ardiente
Del mes de la lujuria y la pereza,
El viejo tronco de los sauces siente
A la savia subir por su corteza.

Con ímpetus nupciales
Se enroscan y se estrujan las corales,
De veneno mortal y piel manchada,
En la quietud del monte sombreada
Por el airón de las palmeras reales.

Es espléndido el sol de los estíos
En la tierra oriental; con policromos
Fulgores ríe en los azules ríos
Y en el áureo verdor de los aromos.
Al lamparazo de su luz bendita
Se emborrachan de brillos y colores
El palmar, el flamenco, y la mulita,
Las nubes, los arroyos y las flores.

Montevideo la leal, la siempre fiera
Torre de la española dinastía,
Vé el símbolo de un monstruo en la bandera
De la desafección y la anarquía.
Monárquica y creyente, en sus bastiones,
En la angulosa red de sus murallas,
Limpia y ordena obuses y cañones
Rezando al Jehová de las batallas.
Juez y tutor, guardián y centinela
Del puerto y la campiña, está segura
Por el lado del mar, pero recela
Por el lado del monte y la llanura.
Tiene razón: el campo en abandono,
El cuartel del matrero y la alimaña,
Juzga que nada se le debe al trono
Y rompe el lazo que nos une á España!

La lumbre del estío,
La roja lumbre de Febrero brilla
En el monte y el río.
Se arrullan las palomas
En el añoso ombú de la cuchilla,
Donde el trébol esparce sus aromas
Y su verdor extiende la gramilla.
Es el mes de los locos esponsales,
La época de las nupcias abrasadas:
El mainumbí sestea en los ceibales,
Silban los amarillos cardenales
Y enflora la cicuta en las cañadas.
Las pupilas se llenan de visiones
Y el ambiente sofoca:
¡Es el mes de las dulces comuniones
Del ósculo y la boca!

¿Por qué retumba el llano?
¿Qué fronda de espinillos se desgaja?
¿Qué significa ese clamor lejano?
¿Qué enorme río de las sierras baja?
¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Unos clarines
Se perfuman con mirra de jazmines
En los agrestes huertos de Soriano!—
¡La patria empieza á ser! ¡Su primer grito
Resonará por siempre en lo infinito!
¡Siempre al abrirse el sol de sus mañanas
Creerá que escucha la canción guerrera,
El legendario acorde de las dianas
De Benavides y de Pedro Viera!

¡Recoged de rodillas y en silencio
El tañido viril! ¡Es la primera
Caricia de la gloria á la bandera
Del sol charrúa! ¡El cántico de Asencio! —

El enrejado de apretadas redes,
Que de Ramón Fernández la bravura
Principia en los jardines de Mercedes,
Pronto encierra la loma y la llanura.
Del arroyo de Asencio en las orillas
Abre el futuro sus condóreas alas;
El viento, que bajó de las cuchillas,
Se lo dijo á los verdes coronillas
Y se lo dijo á los añosos talas.
Aquel clamor, selvático y valiente
Como un rugido de jaguar, recorre
En las ondas fugaces del ambiente,
La patria de Andresito y de Latorre.
Por donde cruza el canto sonoroso
Ó se detiene el cántico bendito,
Palpita el corazón de Monterroso
Y resuenan las salves del Cerrito!

Por eso brillan con fulgor de acero
Las luces tropicales de Febrero.
El dosel agitando
De sus relumbres claras,
Ellas bendicen el coraje obscuro
Y la constancia anónima del bando
Que desbroza las sendas del futuro
Con el férreo rejón de sus tacuaras.

¿Quién mandará? ¿Qué voz, de los cruzados,
Retemplará el denuedo en las fatigas
Y la fé en los instantes desgraciados?
¡Aquel en cuyos ojos azulados
Relampaguea el porvenir! ¡Artigas!

Mirad! De nuestro río en la ribera
El escuadrón lacedemonio espera.
¡Va á comenzar el duelo de la suerte
Con el Amado, el Precursor, el Fuerte!
Bajo las colgaduras del sauzaje
De la orilla, resuenan las guitarras
Y dicen: — Cuando esponje su plumaje
El águila caudal, ¿quién de sus garras
Querrá sentir el estrujón salvaje? —
En el sauzal, la cítara plebeya,
El arpa errante de los montes míos,
Es Homero cantando su epopeya
En las costas de Chíos.
¡Llegó el Libertador! ¡Su lanza brilla
Clavada entre los sauces de la orilla!
¡Calera de las Huérfanas, tu nombre
Vibre en la soledad de los palmares,
Que al niño enseñe á venerarlo el hombre,
Que los vientos lo digan á los mares!
¡Que lo rece en sus silbos la cantora
Calandria del juncal, y que el espejo
Del arroyo lo copie cuando enflora
La enredadera agreste y cimbradora
Que cubre la pared del rancho viejo!

VIII

El ínclito soldado,
El triunfador del tiempo venidero,
Vuelve á vivir las horas del pasado
En la augusta quietud del Hervidero.
¡Sus ojos de profeta,
Sus pupilas de acero,
Dialogan con la noche en la Meseta!

Soñando con las lides
Que llevan á los huertos del mañana,
Las campiñas responden á la diana
Redentora de Viera y Benavides.
¡Con sed de libertad, limpias de miedo,
Paysandú y la Colonia se enardecen
A la voz de Martínez y de Haedo!
¡Al conjuro febril de Lavalleja,
En las cumbres de Minas aparecen
Macabras claridades de conseja,
Fogatas que como astros resplandecen!
¡Así la madre santa,
La gran madre por siempre bendecida,
En los clarines campesinos canta
El yambo que congrega á las legiones
De trabuco y de ojota en Canelones,
De poncho y de chambergo en la Florida!

¡Entonces, patria, el ángel de la gloria
Escribe, con la punta de tu acero,
Los pindáricos himnos de tu historia!
¡Entonces, patria, el grupo montonero
Es de Hércules la prole gigantea
Luchando, en los dominios del pampero,
Con el león de los bosques de Nemea!
¡Es la prole del héroe de Tesalia
Hiriendo, con su dardo fulgurante,
A las traidoras hidras de Estinfalia
Y al jabalí furioso de Erimante!
¡En el Paso del Rey tu lanza brilla,
Oh dulce dueña del juncal y el río,
Como el foco del sol en la amarilla
Plenitud de las horas del estío!
¡Tras un combate resistente y duro,
De San José crujiendo en las trincheras,
Parece un aletazo del futuro
El iris triunfador de tus banderas!
¡Funde, madre, tu cetro y tu corona
En el horno infernal de la metralla!
¡Empúrpura tu manto de amazona
Manchándolo de sangre en la batalla!
¡Las Piedras! ¡Escuchad! ¡Es el alegro
Del sol de lo futuro en los palmares,
Y el himno que el clarín de Valdenegro
Reza á los pies de nuestros dioses lares!
Es el cartel que dice al extranjero:
—¡De este campo de gloria en las quebradas,
Artigas vence y hace prisionero
Al valeroso capitán Posadas!—

Es el muro de bronce en que grabaron:
—¡En el declive gris de esta cuchilla,
Las hordas del Blandengue derrotaron
A los heroicos tercios de Castilla!—
¡Es el ósculo augusto de la gloria
Con los jinetes de pupila huraña,
Y el buril que cincela en nuestra historia
El epitafio del poder de España!

Padre! Libertador! ¡Cuando alborea
Sobre las cumbres el fanal del día,
El águila tu nombre victorea
En la sien de la agreste serranía!
Héroe! Libertador!—¡Tu nombre santo
Bendito flota en la feraz llanura,
Donde aun del parche el victorioso canto
El arpa de los céfiros murmura!
Padre! Libertador! ¡Cubra tu sombra,
Con sus alas de acero refulgente,
De los declives la mullida alfombra
Y los azules arcos del torrente!
¡Oh epopeya inmortal, que nos obligas
A vivir entre audaces clarinadas,
El himno que hoy salmodian las espigas
Es el que ayer cantaron las espadas!
¡El credo al sol del porvenir, el credo
Que calcinaba el corazón sin miedo
De los centauros del blandengue Artigas!

IX

Cercada la ciudad, fortín bravío
Donde aun reina el hispano poderío;
Cercada la ciudad, — que su armadura
De doble urdimbre y cegador reflejo
Mira en el Plata, que á sus pies murmura,
Como mira una joven su hermosura
En la tersa planicie de su espejo, —
Diríase que el drama
Toca á su fin y que doliente llora,
Con rugidos de león, el oriflama
De cuño godo y de progenie mora.

¡No pudo ser! ¡La cuesta
Es áspera y bravía!
Para llegar hasta la cumbre enhiesta
Nos faltan muchas noches todavía!
Buenos Aires, que apoyo nos prestaba,
Retrocedió como jaguar en fuga,
Sin ver que en el capullo palpitaba,
Ya mariposa, la impaciente oruga.
Abandonados á su propia suerte,
Sin recursos, sin armas, sin cañones,
En aquel desafío con la muerte
Que custodia fortines y portones,
¡Principia de los nuestros la odisea,
La emigración augusta y bendecida,
Para salvar el arca de la idea,

La antorcha sideral en que chispea
Algo que quiere convertirse en vida!
Para salvar lo vago, lo instintivo,
Lo que anuncia á las flores del ceibo
La fuente azul que de las cumbres baja!
¡La gran sombra, de rostro pensativo,
Que á nuestros muertos vela y amortaja!—

¡No os sonríais! Os juro que la vieron
Los que con el Blandengue batallaron,
Los que sus infortunios compartieron,
Los que en Las Piedras su pendón vivaron.
A veces, en la noche sosegada,
Salía de los patrios malezones
Besando con la boca y la mirada
La insignia del caudillo iluminada
Por la trémula luz de los fogones.
A veces la falange campesina
La divisó en mitad del entrevero,
Y á veces, á la lumbre vespertina,
La vieron esfumarse en el sendero
Que sube hasta la sien de la colina.

No dejó á la columna emigradora
En los meses del éxodo, en los meses
En que el clavel de la montaña enflora
Y en que principian á verdear las mieses.
Cada vez que en el fondo del camino
La nube de su traje se destaca,
Aquella noche el grupo campesino
Es Ulises soñando con Itaca.

¿Fué una dulce ilusión, un devaneo
De la falange homérica? — Lo ignoro:
¡La vió de los cruzados el deseo,
Como en mis horas de éxtasis la veo,
Blanca y azul y con un nimbo de oro!

Al empezar la emigración, verdeaban
Los llanos, las pendientes y las lomas;
Al empezar la emigración, rezaban
Las salves del arrullo las palomas;
Al empezar la emigración, de arrobos,
De repiques y silbos se llenaban
Los bosques de palmeras y algarrobos;
Al empezar la emigración, tejía
Sus tules de zafir la primavera,
Entre los pajonales escondía
El lecho de sus bodas la crucera,
Y en el declive gris de los barrancos
Con languidez el guayacán mecía
Sus colgaduras de capullos blancos.

Bajo el calor naciente,
Iba la emigradora caravana
Como un río que engruesa su corriente
Con un nuevo raudal cada mañana.
Niños, mujeres, jóvenes y ancianos,
En pos del Precursor, dejan los llanos,
Abandonan el monte y el estero,
Se unen á la columna y con sincera
Adoración, cuando la tarde acaba,

Se arrodillan en torno del que clava,
A un toque de clarín, nuestra bandera
En el suelo querido
En que nace la verde juncalera
Donde se cimbra del churrinche el nido!

¿Dónde van? ¡Como el galo indomeñable,
En busca de un rincón donde los dejen
Morir en libertad! Es muy hermosa
La patria del ayer, en donde tejen
El oro de su miel la lechiguana
Y el zorzal su canturia primorosa;
Pero lo es más la que les muestra el sable
Del Caudillo, ¡la patria del mañana!

Cruzando serranías y palmares,
En el convoy asocian sus dolores
Clérigos y seglares,
Soldados y señores.
Y resaltan, — mordidos por la lumbre
Con que el horno del astro veraniego
Envuelve á la confusa muchedumbre, —
Las vistosas golillas del labriego,
Los altos peinetones de la dama,
Y el refajillo de color de fuego
De la moza campera
Que perfuma con óleos de retama
El negror de su libre cabellera.

En la donosa desnudez cobriza
De los chicuelos, faltos de rubores,
Irradia nuestro sol, el que tapiza
Hasta las breñas de purpúreas flores;
Con sus agudos píos
Van los tordos llamando á los amores
Por solanas y umbríos,
Y aunque los males de la ausencia llora,
Siente el convoy el júbilo supremo
Que puso la virtud consoladora
En el alma viril de Aristodemo!

Desnudeces, refajos, peinetones,
Prosapias y humildades fraternizan
Al vaivén de los toscos carretones
Que por nuestros declives se deslizan.
Cantares y bordones
Se oyen, á veces, aliviando penas,
Y en torno del convoy, la cabalgata
Hace crujir sus grandes nazarenas
Y sus virolas de bruñida plata.
Los lanceros, al rayo del naciente,
Atraviesan la hondura y el collado
Sosteniendo la lanza refulgente
En el estribo con primor labrado,
El ala del chambergo levantada,
El poncho por el aire sacudido,
Luciendo el chiripá de orla bordada
Y el lazo en la trasera recogido.

¡Detrás queda el sosiego
Que dá la esclavitud! ¡quedan las ruinas
Del rancherío, en que consume el fuego
El hogar de las pardas golondrinas!
¡Queda la suerte injusta
¡Vivando al vencedor áspero y duro,
Mientras lleva, — por montes y colinas,
La caravana augusta
El arca de la Patria hacia el futuro!

¡Ya volverá para vencer! Los ranchos
Que el incendio consume, el vocerío
Con que al convoy escoltan los caranchos,
Las casullas florales del estío,
La guitarra que gime en los fogones
Y el viento que en los ponchos se cimbrea,
Parecen corazones
Que dicen al convoy: — ¡Salva tu idea! —
Y la idea autonómica y sagrada
Ya no se detendrá: ¡rebulle y muerde
En el cerebro de la turba armada,
Como los zumos en el tronco verde!
Óxido que carcome de lo añejo
La herrumbre pertinaz, ¡todo lo dora
Esa idea sutil con su reflejo
Indeciso de aurora!
¡Subirá, como el águila atrevida,
De su Tabor hasta la excelsa cumbre!
¡Será, por esa idea, redimida
Para siempre la santa Muchedumbre! —

¡Serán, merced al campesino arrojo,
Libres los ranchos, libres las ciudades! —
¡Donde hoy crecen la ruda y el abrojo
La espiga crecerá! — ¡La horda espartana,
La reina de las patrias soledades,
Ha de llegar al puerto del mañana,
Como Jesús, cruzando el Tiberiádes!

Vá en el convoy el alma de la tierra
Donde se escucha el himno del pampero,
Y donde, sobre el dorso de la sierra,
Brillan las cinco antorchas del Crucero.
Vá en la columna el alma dolorida
De la tierra natal, ¡el alma toda
De la planicie de verdor vestida
Y el monte envuelto en cánticos de boda!
¡Y fundido en Aquel, por cuya frente
Ya la amargura de la ausencia vaga,
Palpita el corazón, noble y valiente,
Del pago de Barreiro y Larrañaga!

Oh mi bandera de los tres colores,
Gracias á tu destierro y tus dolores,
¡La patria es el hogar donde crecimos,
Es el ombú de corpulentos ramos
Por cuyo tronco sin verdor subimos
Y cuya frente centenaria hollamos!
¡La patria es ese sol, pródigo en luces,
Que azula los serranos manantiales,
Y el pobre cementerio en cuyas cruces
Se paran á cantar los cardenales!

¡La patria es como un órgano grandioso
De tréboles, de pámpanos y espigas,
Donde el pampero entona el victorioso
Himno de guerra del clarín de Artigas!

X

Espiraba la dulce primavera
En el lecho de luz de los estíos,
Cuando llegó la estoica montonera
A los feraces campos de Entre - Ríos.
Todo el pueblo oriental la precedía,
Todo el pueblo oriental siguió al soldado
En cuyos graves ojos esplendía
La embrujada virtud de lo imantado.
Y de Entre - Ríos bajo el palio de oro,
El Héroe dijo conteniendo el lloro:
—¡Más que la servidumbre en tierra propia
Vale la libertad en tierra extraña!
¡El Uruguay se turba cuando copia
En sus espejos el pendón de España!
¡Oh, no hay dolor como el dolor profundo
De separarse del nativo suelo:
Sus marcos son los límites del mundo
Y son también el valladar del cielo!
¡Santa es la brisa que en sus ondas mece
El primer nombre que pronuncia el niño,
Y es santo el sol á cuya luz florece
El jazminero del primer cariño!

Oh patria, oh madre donde ayer luchamos
Con ardorosa fé, cuando pisemos
Nuevamente la tierra en que dejamos
El corazón, que amantes te ofrecemos,
¡Sigue siendo frescura en el boscaje,
Blanco vellón en la paciente oveja,
Himno de la guitarra en el cordaje,
Nube de aromas en la flor bermeja,
Y convierte, señora,
En carne la esperanza
De ceñir á tu frente encantadora
El pedazo de cielo que la aurora
Nos prometió enredar en nuestra lanza!—

¡El pago con sus glorias y sus penas,
Será siempre la madre idolatrada
Que nutrió con su jugo nuestras venas
Y encendió con su luz nuestra mirada!
¡La cuna del espíritu, el santuario
Donde alzó nuestra prez su primer vuelo,
Y la sombra del roble centenario
Sobre el hogar que edificó el abuelo!
¡El banco de la escuela en que aprendimos
A deletrear con cándido alborozo,
Y el cáliz juvenil en que bebimos
Las acres hieles del primer sollozo!
¡La patria, cuya historia es nuestra historia,
Que nuestra tumba cercará de flores,
Con cuya gloria hacemos nuestra gloria,

Cuyos dolores son nuestros dolores,
Siempre tendrá derecho á nuestra vida
Y será eternamente la escogida
Virgen de nuestros últimos amores!

XI

El águila caudal, el abnegado
Que tuvo vislumbranzas de profeta,
Remonta las corrientes del pasado
Sobre la augusta sién de la Meseta.
Todo yace en quietud; todo sombrío
Se arropa de la noche en la negrura:
El campamento, la barranca, el río
Y los astros sin luces de la altura.

Mil ochocientos doce. — Vibra el eco
Del clarín otra vez. — Otra vez vuelve
El cuchillo á astillar el tronco seco. —
La nube que pasaba se disuelve
En lluvia de valor. — La ciudad fiera
En cuya red de cubos se arrebola,
Cuando la luz despunta, la bandera
De la patria española,
Vé surgir otra vez á los paisanos
Sobre cuyos rejones de tijera
Brilla gozoso el sol de nuestros llanos.

—¡Ya están aquí!—murmura
El espinero en los añosos talas:
—¡Ya vuelven!—el churrinche en la espesura
Grita esponjando con placer las alas.
—¡Sabed que están aquí!—bajo los oros
Del cimbrante achiral dice el carpincho;
Y—¡ya vuelven!—suspiran los sonoros
Ecos de las cavernas de Marincho.
—¡Los he visto pasar!—con alegría
Y patriótica unción repite el tero,
Cuando la luz del renaciente día
Abrillanta la sién del Campanero.

Diciembre.—Treinta y uno.—La mañana
Ríe en el pabellón de oro y de grana.
Saliendo de los muros de granito,
El esforzado Vigodet se afana
Por doneñar la cumbre del Cerrito.
A la voz de Lacuesta,
De Gallano y de Loaces,
Suben los tercios á la cumbre enhiesta
Defendida por zarzas montaraces.
¡Más de tres horas la victoria duda,
De rojo tiñe la metralla el suelo,
Y la voz del clarín es más aguda
Al verse cerca de lo azul del cielo!
¡El ambiente es un víctor estruendoso;
El humo del fusil ciega y embriaga;
Rima el brazo, purpúreo y musculoso,
Los épicos romances de la daga!....

¡No cejéis! ¡Esperad! — ¡En este instante
La gloria habla con Dios, y en la cuchilla
Retrocede crujiendo el arrogante
Lábaro de los tercios de Castilla!
¡Orad y bendecid! — ¡La hora esperada
Suena en la torre, por el sol dorada,
Del campanario azul de lo infinito!
¡La sombra, que entrevió la montonera,
Agita su flotante y hechicera
Túnica bicolor sobre el Cerrito!

¡Banderas mutiladas
De otra edad por el bronce sonoroso,
Cuando cruzáis mis sueños, desplegadas
Y ondulando al compás del victorioso
Saludo del tambor y los clarines,
Creo ver un pedazo de horizonte
Galopar por la cumbre y por el monte,
La cuesta y el estero,
Como un tul que se anuda entre las crines
Del redomón del indio y del matrero!
¡Sed siempre pregoneras
De rubias alboradas,
Tricolores banderas
Por el plomo y el hierro mutiladas!

XII

El águila, ganosa
De volver á su nido,
Ya del Ayuí la tierra hospitalaria
Para siempre dejó. — Ya su graznido,
Su olímpica plegaria,
Se escucha en los ceibales
Cuya red fraganciosa
Empurpuran las luces estivales.
¡La tormenta, que ruge
En la voz del clarín y del mortero,
No amansará las iras de su empuje!
¡El futuro estrangula á lo pasado,
En la saña brutal del entrevero,
Sobre la piel de tigre del recado
En que viva y lancea el montonero!

El águila soñaba,
Desde su cumbre rocallosa y brava,
Con un anfictionado luminoso
De provincias gemelas en la noble
Aspiración del bien: ¡sueño glorioso
Que muchos lustros verdeó en el roble!
¡Libres los ríos, libre el pensamiento,
Libre el hogar, la ley igualitaria,
Maduros los trigales y en el viento
De la escuela flotando la plegaria!

¡Ante el derecho, el sable de rodillas,
Y las ideas, siempre generosas,
Hacinando los astros en gavillas
Para hacer las mañanas más hermosas!
¡Dulce y estéril ebriedad! ¡En vano
Vencimos al denuedo castellano
En San José, Las Piedras y el Cerrito!
¡En la tierra soñada y prometida
Lanzar no pudo el águila atrevida
Su grito vencedor, su último grito!

¡Como Franklin y Jefferson, ufana
El ave del terruño, con sus plumas
Vestidas con topacios del mañana,
Rasgar pretende del ayer las brumas!
¡La libertad civil, la religiosa,
La libertad del pensamiento escrito,
Predica justiciera y generosa
Con el zarpazo, el picotón y el grito!
¡Sobre su cumbre, que enfloró el verano,
Limpia de encomenderos y de reyes,
No habrá más rey que el pueblo soberano
Ni más altar que el de las patrias leyes!
¡Y en nuestros estoicismos escudada,
La heroica insignia de los dos listones
Por un listón de púrpura cruzada,
Se mecerá á la luz de la alborada
Sobre los siete pueblos de Misiones!

Pudo un instante el águila zahereña
Imaginar que su glorioso ensueño
Iba á romper en flor sobre la breña
Que aroma el óleo del jazmín isleño.
Sonaba todavía
La ardiente sinfonía
Del triunfo del Cerrito. — Los zorzales
Preludiaron, entonces, en la umbría
Un adiós á las cosas coloniales.
El pampero decía:
— Tus palomas monteses,
Patria de los ceibales,
Ya arrullan libres en tus libres mieses
Ya es libre el sol, de cegadoras luces,
Que azula los serranos manantiales,
Y el pobre cementerio en cuyas cruces
Se paran á cantar los cardenales.
Ya es libre la vistosa enredadera
De la ventana del nidal campero,
Donde dos voces, por la vez primera,
— ¡Quiéreme, dicen, como yo te quiero! —
¡Y es libre para siempre la laguna,
En cuyos sauces desmayados trina
El chingolo, ante el disco de la luna,
Las odas de Pierrot á Colombina! —

La visión con que el águila soñaba
No pudo ser. ¡El viento se engañaba! —
¿Qué importa? — ¡Nuestra estrella
Donde el águila vaya, irá con ella!

¡Con la ayuda de Dios, valientemente,
Sobre el futuro clavará su huella
El ideal que bulle en nuestra frente!
¡No es ya el águila en hierros
Que busca espacio donde abrir las alas!
¡El cerrojo rompió de sus encierros
Y luce al sol sus voladoras galas!
¡El grito de la olímpica es segura
Prenda de libertad y de cultura!
El pago será autónomo. — Sus reyes
Serán la gloria, la virtud, las leyes
Consagrando los triunfos del derecho.
Será, sí, de mis valles la verdura
El tálamo nupcial, el casto lecho
De nuestras ansias con la edad futura.
¡Será nuestro himno, el himno de la espiga!
¡El himno del taller y de la escuela!
¡El credo triunfador, la salve amiga
De todo lo que irradia y lo que vuela!

¡Madre, madre adorada
Por el trigo y la vid enguirnaldada,
De nuestro Precursor con las visiones
Hemos hecho los cíclicos bastiones
De tu poder augusto y soberano,
Que extiende sobre el río y sobre el llano
La fulgencia auroral, la inmaculada
Fulgencia de tu sol republicano!
¡En tus maizales de oro
Cantan las brisas un eterno coro

A las excelsas glorias del Caudillo
Que en tus escudos esculpió el tatuaje
Del caballo veloz, la res salvaje,
La balanza bruñida y el castillo
Donde vela el jaguar de tu coraje!

Hadas, que en nuestras selvas purpurinas
Danzáis bajo la lumbre de la luna,
Cuando entonan alegres las ondinas
Los himnos de la noche en la laguna,
¿Jamás, de la alborada entre los tules,
Os sorprendió el invicto montonero
De calvicie precoz y ojos azules,
De alta estatura y continente fiero?....
¿El que, con el empuje de su lanza,
Libres hizo los bosques en que juega
El eco volador de vuestra danza?....
¿El que hizo independientes los verdores
Del achiral, que á la quietud se entrega
Al son de vuestros cánticos de amores?....
¿Nunca le visteis recorrer la orilla
Del río como mar, aprisionado
El talle en la bordada casaquilla
Y el poncho por el viento levantado?....

¡Patria amante y gentil, que con su gloria
Te has hecho un arco de laurel florido,
Cántale con los bronces de tu historia!
¡Víctor al Precursor! ¡Prez al Vencido!
¡Oh dulce madre, madre idolatrada,

Los fastos del Blandengue perpetúa
Esculpiendo su nombre, con la espada
De refucilos de tu luz, en cada
Palmo de tierra del jardín charrúa!

XIII

¡El Vencido venció! — Ya de Castilla
Los bajeles intrépidos se alejan;
Ya no son los tiranos de la orilla
Donde su idioma y sus costumbres dejan.
¡Saludad con adioses clamorosos
Al estandarte, sin doblez ni miedo,
Que sirve de sudario á los gloriosos
Descendientes de Egica y de Wifredo!
¡Antes de que te pierdas en el brillo
Del sol indiano que los mares cruza,
Pabellón de Servet y de Murillo,
Insignia de Guzmán y de Lanuza;
Antes de hundirte en el fulgor del día
Como un rubí que se hunde entre diamantes,
Deja que te admiremos todavía,
Bandera á cuya sombra combatía
El loco eternizado por Cervantes!

¿Quién como tú? — ¡Tu ingenio soberano
Brilla en las cinceladas esculturas
De Berruguette y Cano;

La lumbre de tu sol, siempre hechicera,
Derrochan, en sus místicas pinturas,
Juan de los Joanes y José Ribera;
Sabiéndote más fuerte que el destino,
Con Lauria vas al suelo siciliano
El guante á recoger de Colatino;
En tu seno prolífico concibes
Para los triunfos de la ciencia á Vives,
Para los triunfos de la escena á Rojas,
Y entregándote al mar, que airado rueda,
Empenachas con índicas panojas
El capacete brillador de Ojeda!

España nunca supo
Colonizar; á su astro rutilante
Otra suerte le cupo;
Otro era el fin de su poder gigante.
¡Conquistadora y ruda,
Celta y latina, astur y castellana,
Sobre los precipicios de la duda
Abre los brazos de la cruz cristiana!
¡Por su rey, por su honor y sus amores,
Con la purpúrea tinta de sus venas,
Del jardín musulmán sobre las flores,
Del mundo colombiano en las arenas,
Sobre las olas de la mar hirviente
Y en los volcanes donde habita el trueno,
Escribe sus arrobos de creyente,
Su fe en la religión del Nazareno!

Monárquica, claustral, inquisidora,
Conquista los pinceles de la aurora
Con Velázquez, con Cano, con Ribera,
Y es ruiseñor que el rezo del ocaso
Preludia en el rabel de Garcilaso
Y en la lira pindárica de Herrera.
Subiendo muros y saltando abismos,
Confiada siempre en sus alientos grandes,
Predica sus feroces misticismos
Por Grecia y Tunez, por Italia y Flandes.
Con Nuñez de Gamboa
Y con Pinzón dibuja en los espacios
Que llenan Queutzaltcoalt y Guimaroa,
La triste cruz, la cruz carbonizada
Por los siniestros haces de topacios
Con que á Jesús insulta Torquemada.
¡Y con Hernán Cortés hiende las olas,
Donde aun la estela de Colón ondula,
Para rezar las salves españolas
Sobre los dos castillos de Cholula!

La batalla del león con los jaguares
Fué cruda y brava: ¡sacudió el ambiente,
El suelo firme y los salobres mares
De América la cólera impaciente!
¡El asombro que siente
La encina secular de la montaña
Cuando en su tronco culebrea el rayo,
Debió sentir el corazón de España
Al verse herido por el sol de Mayo!

España, cuyo férreo vasallaje,
Cuya tutela rigurosa y dura,
Nos dió, con su dulcísimo lenguaje,
Sus sueños de hidalguía y de bravura;
España, cuyo acero en sangre tinto
La virginal diadema de Anacaona
Incrustó, con su pomo, en la corona
De hierro de Ataúlfo y Chindasvinto;
España, cuya indómita bandera,
Cuyo pendón intrépido y bizarro,
Venció de Hixém á la morisca fiera,
Cimbró de Guatimoc junto á la hoguera
Y sollozó en la tumba de Pizarro,
¡El rugido potente
Del puma concolor del continente,
El rugido que reta á su oriflama,
No pudo ahogar con el robusto brazo
Que colocó una cruz donde derrama
Su caudal tempestuoso el Tequendama
Y se hiergue la sién del Chimborazo!

¡Nada pudo su intrépida energía!
¡De excelsitud y libertad sediento
El mundo de Colón se estremecía!
Donde columpia su penacho al viento
El cobrizo maizal; donde se cría,
Del lago azul envuelto en los cristales,
El prolífico arroz; donde cimbrean
Su guirnalda estival los cafetales
Y los zentzontles su canción gorjean,

9.

¡Privilegios, grilletes y coronas
Va á derretir en su gigante hornalla
El sol de Moctezuma, el sol que estalla
En iris sobre el cálido Amazonas!
¡En el mundo del tordo y del pampero,
Donde la flor del guayacán su almíbar
Ofrece al colibrí, suena el guerrero
Redoble de los parches de Bolívar!
¡Es inútil luchar! ¡Dios ha escuchado
Las preces del colono y la victoria
Con Sucre y San Martín se ha desposado!
¡Nace un mundo á la vida de la gloria,
Se unge un mundo en las fuentes de la gracia,
Y escribe en los escombros del pasado
Su dogma redentor la Democracia!
¡El porvenir se acerca! ¡Resplandece
Como un turbión de vides y de espigas!
¡Son nuestros sueños! ¡Los del año Trece!
¡Son las visiones con que hablaba Artigas!

XIV

En tres lustros la tierra americana
Independiente, audaz, republicana,
Se convirtió en guirnalda luminosa
De vírgenes y prósperas naciones,
Como una crepitante nebulosa
Que se fragmenta en ígneas convulsiones.

Fué América la imagen del torrente
Que baja de ciclópea cordillera
Poblando de rumores el ambiente,
Y al esparcirse luego en la pradera
Forma una red de sonorosos ríos
Que miran reflejarse en su corriente
Cerúleas nubes y ópimos plantíos.

Méjico, donde riza
Macuilxochítl, el numen de las flores,
Las plumas de los pájaros cantores
Cuyo nido el manglar aromatiza;
Méjico, cuyas plantas virginales
Cubren los tabacales
De ramilletes de color de grana
Y ramilletes de matices de oro,
Lucha bajo la lumbre meridiana
Del sol azteca de purpúreos velos
Y al porvenir invoca con el coro
De los parches de Hidalgo y de Morelos.

Méjico, en cuyas costas abrasadas
Ha escondido Opuchtíl, rey de los mares,
Su trono de coral y los collares
De sus perlas de luces irisadas;
Méjico, en que la abeja zumbadora
Se embriaga, del crepúsculo en los tules,
Con la miel de la piña, mientras llora
El soplo de la tarde en los azules
Salterios del Tampico y del Sonora;

Méjico, la vencida
En los famosos lances
De Calderón; la que asombró al hispano
De su indiada viril con los avances
En Cuautla y Huajuapán; la vencedora
En Tenancingo y Los Coyotes, ¡quiere
Mostrar á Europa como en nuestra América
Por la sagrada libertad se muere!

¡Indómita y colérica,
Junto á su golfo erguida,
De tortura en tortura,
De cruz en cruz, con sangre en el acero,
Va caminando hacia la edad futura,
Hasta que al fin las cúspides escala
Del tiempo venidero
Y el yugo colonial rompe en Iguala!

¡Venezuela, en que crece
Abundoso el añil, también padece
Hambres de libertad! ¡De Venezuela
Sobre los bosques y los ríos vuela
La sombra veneranda
De un vencido, de un mártir, de Miranda!
¡La sombra se acurruca,
Al mediar de la noche, en los sembrados
De lairén y de yuca,
Para hablar con los soles incendiados
De su sueño de luz! ¡La sombra sabe
Que pronto el halalí vindicativo

Sonará de Bolívar! ¡Pronto el ave
De las hazañas épicas su vuelo
Ha de abrir sobre el suelo
Donde el jaguar cautivo
Grabará con su garra las canciones
Triunfadoras de Araure y los Horcones!

¡Pronto la libertad, con los relumbres
De sus aspas luenguísimas de oro,
Azulará los valles y las cumbres
De Trujillo, de Mérida y de Coro!
¡La sombra, acurrucada
En los plantíos de sulú, recoge
Todos los ruidos del silencio! ¡Espera
Impaciente la ronca clarinada
De Boyacá y Junín! ¡Pronto en el troje
La miés relumbrará! ¡Muy pronto el brazo
De Bolívar hará con la bandera
De Miranda el dosel del Chimborazo!

Y la gloria de América fulgura,
Inmarcesible y pura,
Con Ricaurte en las llamas de la cumbre
De San Mateo! — ¡La lumbre
De la explosión augusta, con sus fieras
Y rojas sierpes deslumbrando al globo
En que habitan los hombres, más austeras
Y más airadas hace á las banderas
De Niquitao, La Puerta y Carabobo!

Del Avila en la falda
Con su azul, con su rojo y con su gualda,
Del airón de Bolívar, del bravío
Airón de Maturín el ardimiento
—¡Libertad, libertad!—le grita al río,
¡Libertad, libertad!—le dice al viento.
Y del corcel del héroe, que relincha
Agitando la crín, las herraduras,
Escriben—¡Libertad!—en las llanuras,
En las verdes llanuras de Pichincha.
¡La apoteosis empieza!
¡Cortad laureles y tejed coronas!
¡Salve al libertador, cuya grandeza
Canta el raudal del férvido Amazonas!...

Y también el Perú, también la tierra
De Mayta y Yupanquí, con vigoroso
Brazo enarbola su pendón de guerra!
Allí también de libertad ansioso,
Con fiebres de guerrero y de tribuno,
El incásico lucha y se emancipa
En las calles de Puno
Y en todas las regiones de Arequipa!
¡Confiado en su derecho
La fuerza de sus músculos ensaya,
Manchando con la sangre de su pecho
Los oros de su sol en Chacaltaya!
¡Vence, con Arenales,
En Nazca á Rojas y á O'Reillí doblega
En el Cerro de Pasco, sus triunfales

Himnos cantando en la frondosa vega
Y el monte secular! — ¡Los vainillales
Miran pasar al pabellón nativo
Que trasciende á salitre, y que saluda
Con sus verdes guirnaldas el olivo!
¡En la contienda ruda
España sucumbió! — ¡La vencedora
Cruz del padre Valverde fué vencida
Por la cruz de los rayos de la aurora,
Que son progreso, tolerancia, vida
De labor y deber! — ¡El sol que baña
De Tahuantinsuyú ríos y cielos,
El nuevo sol del llano y la montaña,
Esparce, al ascender, fiebres y anhelos
Que no son ya los de la heroica España!

¡Otros anhelos tiene la bendita
Zona donde fermenta lujurioso
El vino del maguey y donde habita
El ananá de fruto delicioso!
¡Otros anhelos tiene la hechicera
Zona donde el cacao y los nopales
Nos brindan, al nacer la primavera,
Su substancia y su añil! ¡Otros ideales
Ven flotar sobre el lago y la pradera
El indio y el llanero! — ¡Noble y fuerte
La República surje triunfadora
Donde hace poco el numen de la muerte
Rimó del sable la canción sonora!

¡Y el alma de Lautaro se estremece
Conmovida también! — ¡También padece
Hambres de libertad! — ¡También sincera
Invoca al porvenir con el arrullo
De las canciones de Bernardo Vera!
Con gozo, con orgullo,
Con loca adoración, — ¡tuya es mi vida! —
Le dice á la bandera
De O'Higgins y de Ovalle, cuando flota
Vencedora en el Roble y destrozada
Por el viento glacial de la derrota
Sobre Cancha Rayada.

Al mirarla pasar, mustia ó erguida,
El grito de los cóndores andinos
Es un grito de gloria; — se endurecen
Los ramos del lithí, que deseosos
De convertirse en picas se estremecen,
Como garras de tigres rencorosos,
Al viento de la noche, y brilla el tuco
Con unas claridades que parecen
Hechas con lavas del volcán de Antuco.
¡De su corcel el casco resonante
La jubilosa libertad imprime
Sobre el suelo triunfante,
Sobre el suelo inmortal de Chacabuco,
Y de su trono las columnas fragua
En la hoguera sublime
Que arde sobre los muros de Rancagua!

Por las cumbres agrestes
Y orillando los ríos,
Dirigiendo á las huestes
Continentales marcha
La libertad. — Sus hábitos celestes
Se tiñen de carmín en los sombríos
Y de blancos matices en la escarcha.
¡El viento la saluda
Con su gigante esquila!
¡Todos los astros de la noche ruda
Van siguiendo, con ávida pupila,
El trazo de la marcha vencedora
De aquella incorruptible capitana
Que esparce el rubio germen de la aurora
Sobre la fértil tierra americana!

¡Ensanchad vuestro pecho
Los parias, los vencidos, los llagados!
¡Es la bandera augusta del derecho
El pendón que enarbolan los cruzados!
¡Encontraréis labor, patria y reposo
En el monte, en el valle y en el río,
En todo el continente prodigioso
Que iluminan las luces del Navío!
La Cruz Austral medita,
El Tupungato sueña
Y un cóndor, el que habita
En la cumbre más alta y en la breña
Más sola, le refiere á su nidada
Lo que pasó en Maipú. — ¡Fué el estallido

De una gran nebulosa, que hecha soles,
Se esparció por el cielo ensombrecido
Por la fe sin piedad y el carcomido
Trono de los monarcas españoles!

¡Oh América sagrada,
Oh inmarcesible diosa,
En cuyo altar enciende la alborada
Los cirios de su luz de oro y de rosa!
¡Que el arte tu hermosura inmortalice,
Que se vistan de frutos tus sembrados,
Que la historia tus gestas eternice
Y se doble el vellón de tus ganados!
¡Que el cántico fabril, el himno obrero
Se junte á las canturias de tus aves
Y á la endecha que el arpa del pampero
Murmura en los obeques de las naves
Donde se hacina el tropical tesoro
De tus naranjos y tus vides de oro!

¡Es todo vida en tu fecundo seno,
Desde la roja flor de tus sombríos
Hasta el cañaveral, de azúcar lleno,
Que se refleja en tus azules ríos!
¡Desde el verde tapiz de tus cuchillas
Hasta los labradores caseríos
Cercados de panojas amarillas!
¡Madre que libertó la montonera,
Del Blandengue inmortal con la bandera
Arropa tu hermosura soberana!

¡Antes que otro la viera,
Él calentó sus sueños en la hoguera
Encendida en las cumbres del mañana!

Oh América sublime,
Donde enseñó al esclavo
Que la muerte nos libra y nos redime
La indómita bravura de Caonabo,
¡El que á las olas su grandeza imprime
Hizo, con el estruendo fragoroso
Y con el tul de tus profundos mares,
El murallar y el foso,
El somatén magnífico y glorioso,
La inmensa diana de tus dioses lares!

¡Duerme feliz al sol de tus amores
Y á los pies de tus hondos ventisqueros,
Ceñida por tus juncos tembladores
Y tus bosques de verdes naranjeros,
Embrazando la piel de tu rodela
Con plumas de churrinches adornada,
Mientras en torno de tus cumbres vuela
De tus glorias la ardiente clarinada!
Duerme feliz en tu ciclópeo nido,
Donde la musa del aduar salvaje,
La musa de los héroes que esculpido
Vieron al sol del Inca en su tatuaje,
Entona en la llanura y la montaña
El himno varonil del mes de Mayo,

¡El que á los leones bélicos de España
Obligó á refugiarse en la espadaña
Que cubre las vertientes del Moncayo!

XV

Volvamos á tu historia, madre mía,
España, al alejarse, nos cedía
Al rey de Portugal y comenzaba
Nuevamente la homérica agonía
De nuestra estirpe generosa y brava.

¡Santa epopeya, en vano
Bulles en mí! — ¡No quieren las visiones
Dejarse aprisionar! — ¡Tiembla en mi mano
Con angustia el pincel! — De mi guitarra
No hacen, no, revivir las vibraciones
A la gran multitud, ruda y bizarra,
Que sacude á los vientos su melena
Y bebe el rojo vino de la gloria
Cuando el clarín de los blandengues suena
Llamando delirante á la victoria!

¡El pañuelo anudado
En torno de la frente;
Con el poncho, en girones, levantado
Sobre la espalda hercúlea; en la potente
Diestra el lazo que silba y que sofoca;

La áspera nazarena
Hundida en el hijar del parejero
Y llevando en la boca
La aguda daga de filoso acero,
Entraba el montonero,
De ojos sombríos y de tez morena,
A galope en el bárbaro entrevero!

¡Chocan con los contrarios escuadrones
Los jinetes nativos, y enarcada
La inculta crin, relinchan los bridones
En cuyo cuello se enterró la espada!
¡Agitan, crujidoras y altaneras,
Sobre obuses, centauros y corceles,
Su cendal de colores las banderas
Cuyas astas son troncos de laureles!
¡En la llanada, que retumba y cruje
Bajo el tropel marcial, la roja pica,
Con las tremendas furias de su empuje,
Sobre el potro al jinete crucifica!
¡Explota el bronce y su candente gasa
De humo plomizo con estruendo rueda!
¡El cañón del fusil es una brasa
Y el viento una cegante polvareda!
¡Es un río purpúreo la llanura,
Se destemplan los parches fatigados,
Y extiende, al fin, la noche su negrura
Sobre un montón de cuerpos destrozados!

¡Aún hoy los cenicientos carmorales,
Sus rémiges cerrando en los esteros,
Con asombro recuerdan los afanes
De nuestros impasibles guerrilleros!
¡Aún oyen, dialogando entre las hojas
Del viejo ombú, los mirlos cantadores
El áspero tascar de las coscojas
Y el crujir de los ponchos flotadores!
¡Aún si habla, en los cercados del molino,
La margarita agreste con el tuco,
Bendicen el coraje campesino
De ojotas y facón, vincha y trabuco!
¡Con las piernas al aire y con la inculta
Barba crecida hasta el hercúleo pecho,
La multitud ardiente é inconsulta
Tañe los roncos yambos del derecho!
¡Nacida entre el jaral y la maleza,
Amamantada por el viento puro,
Vidente en su selvática rudeza,
La multitud bravía y payadora
¿Sabéis lo es? ¡Es la vendimiadora
De los ígneos parrales del futuro!
¡Su lanza es el arado de la aurora!

XVI

El águila caudal, el elegido
Que tuvo vislumbranzas de profeta,
Ya no evoca los días que han corrido
En la augusta quietud de la Meseta.

Mira á lo porvenir. — El Hervidero,
Donde sus sueños de grandeza y gloria
Urde la tricolor del montonero,
Va á grabar otra página en su historia.
¡Otra página triste, pero llena
De noble abnegación! ¡Hoja laureada
En la que el ruido del obús resuena
Y fulgura la insignia ensangrentada!
¡Mil ochocientos diez y seis! ¡Principia
La epopeya de nuevo y nuevamente
Va á colocar el sol de la justicia
Un lampo de su luz en nuestra frente!
¡Después de España, Portugal! — ¡Gallardo
Nuestro coraje sujetó á dos leones,
Y hoy se aguzan las garras de un leopardo
Del ombú fronterizo en los raigones! —
¡Mejor para nosotros! — ¡Lucharemos
Convirtiendo en osarios las cañadas,
Y nuestro libre hogar alfombraremos
Con trozos de banderas conquistadas!

Escuchad, descendientes del alano
Que unisteis vuestras sangres visigodas
Al jugo con que abreva el mahometano
Su sed de lides y su sed de bodas,
Si ansiosos de la lumbre que se cimbra
En la flor de mis ceibos de escarlata,
Pensáis dorar los cármenes de Coímbra
Con un rayo del sol de nuestro Plata,

¡Renunciad á la empresa tentadora,
Porque os juro, en la cruz de vuestro acero,
Que jamás el fulgor de nuestra aurora
Ha de lucir sobre lo azul del Duero!

¡Y principió una noche más obscura
Que las alas del cuervo! — ¡En las cuchillas
Las yerbas amarillas,
Como quemadas por la luz del rayo,
Ven pasar al corcel con el bridaje
Suelto sobre la crin! — ¡Ya no murmura
El soplo de la brisa en el ramaje
Los victoriosos cánticos de Mayo!...
¡El crimen y el pillaje
Reinan en la llanura!...
¡Como un rebaño hambriento de leones,
Ruge sobre las cumbres de la sierra
El río de las pórtugas legiones!...
¡Hay cuerpos insepultos en la tierra
Que con los ojos fijos en el cielo,
Donde vaga una luz pálida y fría,
Oprimen el cuchillo que el pañuelo
A la mano sujeta todavía!...
¡El incendio doquier, — el rancherío
Víctima inerme del botín cosaco,
Y sobre el monte, el pajonal y el río
Los fantasmas de Bruto y de Espartaco!

¡Tremenda heroicidad! ¡Dantesco drama!
¡Hay sangre sobre el trébol, listas rojas

Sobre el montés capullo de la rama
Y sangre del maizal en las panojas!
¡Hay dientes que rechinan,
Hay brazos que atenazan,
Y hay cuerpos que se inclinan
Para ahogar á las bocas que amenazan!
¡Hay pechos rotos que al quebrarse crujen,
Mientras que las gargantas, sostenidas
Por esos pechos, delirantes rugen
Como las leonas por el plomo heridas!
¡Y sobre los que matan sin derecho,
Y sobre los que dan á la bandera
De nuestro sol los zumos de su pecho,
Flota á veces la imagen hechicera,
La imagen con relumbre de alboradas
Que entrevió la sublime montonera
Del Éxodo en las noches estrelladas!

Sobre el terruño, lúgubre y sangriento,
Reinan el buitre de negruzcas tocas
Y el zorro que rastrea su alimento
Entre las hendiduras de las rocas.
En las eras no hay oros ni verdores,
No hay salves de calandria en los sombríos,
Y es un tropel de yambos vengadores
La tormentosa orquesta de los ríos.
—¡Sangre por sangre, injuria por injuria!—
Dijimos á la esfinge de la suerte:
¡El potro que montaba nuestra furia
Parecía el caballo de la muerte!

¡La lanza se cansó! ¡Día tras día
Respondimos al hierro con el hierro!
¡Matando, en las llanuras, se moría!
¡Se moría, matando, en cada cerro!
¿Excelsitud?... ¿derrumbe?... ¿qué importaba?...
¡Los que triunfaron, cuando el sol subía,
Eran vencidos, cuando el sol bajaba!

Fué en Agosto. — Su endecha el gargantillo
Rima en el ubajá y alza en la tuna;
El martín pescador es como un brillo
Metálico y flotante en la laguna.
Fué en Agosto. — Los tercios invasores,
En son de desafío y descubierta,
Extienden de su insignia los colores
Sobre los esterales de India Muerta.
¡Y cruje su pendón, soñando hazañas,
Sobre el fortín, sobre la enorme roca
Cuyos muros, cercados de espadañas,
Defienden el edén de Yandinoca!

¡A la invasión airada contestamos
Con la contra-invasión recia y bravía!
¡Con Andresito y con Verdún luchamos
De cara al rojo luminar del día!
¡En las proximidades de Santa Ana
Y en Carumbé, burlado por la suerte,
Cantó nuestro clarín, con espartana
Estoicidad, los himnos de la muerte!
¡Inútil fué nuestro glorioso empeño!

¡Vagó cuatro años el jaguar herido
Sin un cubil en que entregarse al sueño!
¡Cuatro años, por los montes perseguido
Y aguzando su garra en la corteza
Del ombú secular, melló sus dientes
Y gastó su fiereza
Disputando á las onzas impacientes
La idílica hermosura
Del Edén prometido á su bravura!

¡India Muerta! ¡Otra cruz sobre la cumbre
De nuestro heroico ayer! ¡El sol la dora
Con los rayos más puros de su lumbre,
Con los tintes más bellos de la aurora!
¡Y allí, pensando en la contienda ruda
Donde quedó en girones mi bandera,
Aún nuestra luz con emoción saluda
Al coraje sin suerte de Rivera!
¡Tuvimos breves horas de alborozo
Y contados los triunfos! ¡Nuestra vida
Fué un tañido á degüello y un sollozo!
¡Por el hierro y el plomo perseguida
Del Arapey en la tremenda rota,
La tricolor, de furia enrojecida,
Como una nube de granate flota!
¡Del Catalán en la viril jornada,
Junto al arroyo, que espantado corre,
La tricolor lloró, rota y manchada
De sangre, sobre el pecho de Latorre!

¡El águila bizarra,
El águila zahereña,
El águila de homérico graznido,
Cerca de un lustro apurpuró su garra,
Cerca de un lustro se batió en su breña,
Cerca de un lustro defendió su nido!

¡Náufrago de la suerte, nuestro rudo
Corazón ni se rinde ni se humilla!
¡Hero, lo azul, le manda su saludo
Desde los verdes sauces de la orilla!
¡Cuando cesen el ábrego y la lluvia,
Cuando amanse sus odios el destino,
Hero, la luz, la sembradora rubia,
Premiará el ardimiento campesino!
¡En la enconosa y desigual contienda,
En el terrible y lúgubre torneo,
Renovamos heroicos la leyenda
Del desafío de Hércules y Anteo!

¡Cada vez que el pendón, que nos cubría,
Rozaba el suelo del Edén nativo,
El pendón, desplegándose, se erguía
Más viril, más crujiente y más altivo!
¡Salud, bandera de los tres colores!
¡Salud, baleado pabellón glorioso,
Que con la santa hiel de tus dolores
Endulzaste los frutos y las flores
Del jardín de Andresito y Monterroso!

¡Oh patria, los obscuros, los ignaros,
Los que tu honra con su honra confundieron
Y en las riberas de tus ríos claros
Por nuestra augusta libertad murieron!
¡Los que luchan, vivando á tus pendones,
Por apagar con rabia enloquecida,
Antes de que retumben los cañones,
La mecha crepitante y encendida!
¡Los que, con el fusil roto en pedazos
Y viendo que la suerte los traiciona,
Defienden á mordiscos y á ponchazos
Tus cumbres de geométrica corona!
¡Cumplieron su deber! ¡El patriotismo
Siempre recordará, madre adorada,
El valor, la firmeza, el estoicismo
De aquellos sembradores de alborada!...

¡No es delito sufrir de la derrota
El desaire procaz! ¡En la pelea
Hizo tu airón, que desgarrado flota,
Como bueno su olímpica tarea!
¡Nadie cuenta los muertos! ¡Si contara
El invasor los claros de sus filas,
Del rojizo palenque separara
Con espantado asombro las pupilas!
¡Muchas veces, oh madre, tus heridos,
De amarillenta palidez cubiertos,
Esgrimen con sus brazos doloridos
El facón ó el trabuco de tus muertos!

¡Y vuelven otra vez á la batalla,
Donde la tricolor estremecida,
Entre sones de parche y de metralla,
Relumbra de cadáveres circuida!

¡Todos hicieron su deber, señora!
¡Todos por ti, lidiaron con bravura!
¡El niño en cuyos ojos de la aurora
La sonrosada claridad fulgura!
¡El joven fuerte, que soñando amores
Piensa en el rancho que el ombú sombrea,
Y hasta el viejo, sin savia y sin verdores,
Que con tranquila impavidez sablea!
¡Todos hicieron su deber! ¡Tu historia
Sobre todos sus mirtos desparrama,
Y fué, en la lid, la estrella de tu gloria
De todos ellos la hechizante dama!
¡El cuis y el aperiá los conocían;
Con los corvos, pendientes de su puño,
El libro de tus gestas escribían;
Y su sangre, que ufanos te ofrecían,
Oxigenaba el suelo del terruño!

XVII

¡Mil ochocientos diez y siete! — ¡Empieza
De Catalán con el contrario enredo!
¡Se cansa de sufrir nuestra fiereza!
¡Del futuro el negror infunde miedo!

¡En Aguapey sucumbe nuestro brío
Traicionado otra vez por sus visiones,
Y bajo el rojo palio del estío
Chagas entra triunfante en las Misiones!
¡En San Pablo y los Mártires saquea!
¡En Concepción y Yapeyú acuchilla!
¡Por donde el ogro pasa, balancea
El incendio su clámide amarilla!
¡De Liropeya en el jardín se escucha
El galope del bárbaro Alarico,
Y aunque otra vez volvemos á la lucha,
Nos vencen otra vez en Queguay Chico!
¡Tuvimos un instante de esperanza
En Chapicuy; pero la suerte fiera,
Despuntando el rejón de nuestra lanza,
Volvió á orlar de ciprés nuestra bandera!
¡Mil ochocientos veinte! — ¡Se aproxima
El encuentro final! — ¡Alas y espacio
Para pedirle al sol, desde la cima,
Sus voladoras flechas de topacio!

¡No pudo ser! — ¡Las rémiges cansadas
En vano quieren remontar el vuelo! —
¡En vano pretendimos á lanzadas
Hendir las hojas del portón del cielo!
¡Tacuarembó, tus orlas de juncales
Nos vieron batallar desesperados,
Y aún ruedan de tus aguas los cristales
Sobre un montón de huesos descarnados!
¡Aún tus olas, que ardientes y bravías

Imponen á los juncos su cimbreo,
Cantan, al espaciarse en las umbrías,
Los versículos torvos de Isaías
Y los yambos viriles de Tirteo!

¡A veces el arcángel de la gloria
Premiaba nuestro aliento temerario!
¡Rimó nuestro clarín á la victoria
Una salve inmortal en el Rosario!
Pero ¡ironía del destino fiero!
¡Sangrienta burla de la suerte ingrata!
¡Mientras se hunde en la noche el montonero,
Sus visiones enfloran sobre el Plata!
¡El pacto del Pilar es la triunfante
Consagración del águila bravía!
¡Fueron los tintes de su enseña errante
Vanguardias de la luz del nuevo día!
¡Democrática, libre, soñadora
Y con un gorro frigio en la cabeza,
La aurora que nacía era la aurora
De verdad, de trabajo, de grandeza,
De cultura y virtud, que en las tranquilas
Y azules noches del vivac campero,
Vieron del Inflexible las pupilas
Levantarse con rumbo al Hervidero!

El tiempo se cumplió. — Llena de gracia,
De excelsitud, de majestad homérica,
Su vuelo iba á plegar la Democracia
En los fecundos cármenes de América.

¡La erigieron aquí morada y solio,
Con la virtud de su potente brazo,
Wáshington en su excelso Capitolio,
Bolívar en su altar del Chimborazo!

La idea del progreso
Es el sol de la gloria;
Del futuro engendradas por el beso
Surgen las grandes patrias de la historia!
El movimiento es ley de lo nacido
Y es la renovación fuente de vida:
¡Lo vetusto navega hacia el olvido
Como la barca por el mar vencida!
Ya no adora el espíritu de hinojos
A los pies de las púrpuras feudales;
¡Una nueva visión brilla en los ojos
De los héroes de alientos inmortales!
¡De lo antiguo quedó bajo las ruinas
Sepultado un cadáver, la autocracia,
Y sobre un mundo extiende sus divinas
Luces de amanecer la Democracia!
¡Libertad! ¡Igualdad! — ¡es el llamado,
El toque de reunión, el campanco
Que cruza el continente atormentado
Por el ansia febril de Prometeo!
¡El colono, fundiendo sus cadenas,
Forjará la ciudad hospitalaria,
Artista, libre, proba, igualitaria,
Con que soñó el espíritu de Atenas!

¡Grecia, que sobre un lecho de rosales
Y bajo un verde toldo de laureles,
Mecida por los cánticos nupciales
De la flauta de Pan, con los cinceles
De Fidias labra y pule la escultura
En que sobre los siglos centellea
La irresistible luz de la hermosura
Clásica de su Venus Citerea,
Forja también, con la potente mano
Que triunfó en los palmares de Platea,
Al hombre de mañana, al ciudadano!

¡Los anónimos, madre, en cuya espada
Reluce el lamparazo de febrero,
Son la avanzada heroica, la avanzada
Invencible del tiempo venidero!
¡La Democracia, madre, es la instintiva
Fuerza que mueve á la legión del llano!
¡La soledad, huraña y pensativa,
Forjaba, en cada choza, un ciudadano!
El campo sin murallas ni señores,
La planicie autonómica y salúbrica,
Puso en tus indomables sableadores
Un instinto y un culto: ¡la República!

La Psiquis misteriosa, la conciencia
Del porvenir, habló con el Caudillo
De los astros del sur á la fulgencia,
De nuestras lunas bajo el blanco brillo.

Y dijo el porvenir: —¡En las ciudades,
Abiertas á la luz, serán las leyes
El nido de las castas libertades
Y el eternal proceso de los reyes!
¡Sin odios, sin envidias, sin rencores,
Vivirán para el bien los ciudadanos!
¡Por cada oruga nacerán tres flores!
¡Sembraremos de espigas los pantanos!
¡Los himnos del taller y de la escuela
Vagarán en el aire confundidos!
¡Junto á las cunas, el amor en vela
Arrullará á los ángeles dormidos!
¡El hombre, descansando en su derecho
Y firme en su razón, será dichoso!
¡Tendrá la ley un muro en cada pecho
Y cada alma en el sol tendrá un esposo!
¡Lo venidero es luz! ¡Dará el mañana
Rémiges al reptil y al gusarapo!
¡En el hogar de la familia humana
No enflorarán el cáncer y el harapo!
¡La miseria y el crimen, convertidos
En holgura y salud, irán sin pena
A deponer sus odios maldecidos
En los altares de la dicha ajena!
¡Escucha, Soñador! ¡Hay en tu lanza
Chispas del sol del mundo venidero!
¡No mienten las visiones de esperanza
Que ves flotar con rumbo al Hervidero! —

XVIII

Mira el ave caudal, desde su breña,
Con angustia los campos bendecidos
Que alfombró con fragmentos de cureña
Y con morriones por el sable hendidos.
¡Desolada visión! — ¡El paisanaje,
Vivando á las sangrientas tricolores,
Se inmola con intrépido coraje,
Y aumentan de aquel cuadro los horrores
El estampido del obús salvaje,
La metralla segando los laureles,
Los pífanos, los roncos atambores
Y la fogosidad de los corceles!

El triunfante pendón del lusitano,
Como el tordo en las uvas de la viña,
Canta sus embriagueces sobre el llano
Donde reinan las aves de rapiña.
¡Dios no está con la patria! — La extranjera
Voluntad tiraniza á la victoria;
¡Lo más que puede hacer la montonera
Es morir entre cánticos de gloria!
Amenazando al cielo con el puño,
Perdida para siempre la esperanza,
El Caudillo se aleja del terruño
Que delineó con su pujante lanza.
¡Ya nunca más su potro de pelea
Herirá con sus cascos la llanura

En que el molle sus ramas balancea
Y en que el trébol esparce su verdura!
¡Ya nunca más su tienda de campaña,
Que alumbran los fanales del boyero,
Arrullará, con su canción extraña,
La brisa al descender del Vicheadero!

¡En sus palenques la entrerriana vega
Escribe el fin del prometeano drama!
¡La barbarie de la última refriega
Pintó de rojo la argentina grama!
¡Se desgarran con fiera bizarría
El águila caudal y el aguilucho,
Oyéndose diez veces cada día
El salmo del clarín y del cartucho!
¡En las Guachas primero, en la Bajada
Del Paraná después, y con más ira
En el Sauce de Luna, la encrespada
Nube de fuego y de salitre gira!
¡Pero es en vano que, — llamando á voces
A la victoria infiel, — ruda y severa
Sus barras, que son garfios y son hoces,
Haga lucir al sol nuestra bandera!
¡El aguilucho vence á la Indomable
Junto al Mocoretá, se rompe el sable
Del Inflexible en Ábalos, y herida
En el hercúleo corazón, la homérica
Se refugia, cansada y dolorida,
En los bosques más híspidos de América!

¡Allí su vuelo ardiente se desploma!
¡Allí labrà su nido solitario,
Y que perfuma el resinoso aroma
De un tronco cinco veces centenario!
¡Allí de las orquídeas los festones
Endulzan su quietud, y allí el olvido
Baja á su corazón con las canciones
Que el ave entona en el umbral del nido!
¡Allí murió al nacer la primavera,
En la pascua feliz de los guindales,
Cuando el bagual relincha en la pradera
Y nuestro sol adorna su cimera
Con copetes de rojos cardenales!

Al entrar el Caudillo en la agonía,
Bajaba el sol las cuestas del espacio
Y el numen del crepúsculo tejía
Sus sutiles encajes de topacio.
Componían las aves trinadores
La oración vesperal, y en su salterio
El dios de las corrientes saltadoras
Preludiaba los himnos del misterio.
Abría el lechuzón, dando un silbido,
Sus rémiges de raso en la tapera,
Y se mecía el molle sacudido
Por el soplo del aura pasajera.
Subía, desde el fondo de los prados,
El toque de reunión de las esquilas,
Y el trasmonto, de brillos esfumados,
Cerraba lentamente sus pupilas.

¿En qué pensaba el legendario viejo?
¿En qué pensaba el moribundo atleta?
¡Soñaba con el río, en cuyo espejo
Se dibuja la histórica Meseta!

¡Ante sus ojos, cuya luz se apaga,
Desfilan los centauros sableadores,
Los que con los chispazos de su daga
Hacían centellear las tricolores!
¡Flotan ante él con indecible hechizo,
Le orean con su soplo cancionero,
El guaipí del charrúa y el pajizo
Poncho que envuelve al crujidor apero!
¡Se agrupan los centauros escuadrones
En las campiñas que el estío esmalta,
Donde huyen los ariscos charabones,
Donde el guazubirá retoza y salta!
¡Bendicen con la voz de sus clarines
Al macachín tripétalo y bulboso,
Al orejano de revueltas crines
Y al yaribá de quitasol airoso!
Todo el terruño asiste á la agonía
Del águila caudal, cuyas miradas
Azula la visión que se cernía
Del éxodo en las noches estrelladas
Sobre el vivac campero, y que de hinojos
Dice al cerrar el Águila sus ojos:
—¡Las Piedras! ¡Chapicuy! ¡Santa María!—

Las venideras proles,
Águila enamorada de los soles
De nuestra redención, — cuando el olvido
Intente aprisionar tu sepultura
Con sus ramas sin cánticos de nido,
Sin óleos de capullo y sin frescura, —
¡Con el hacha inmortal de nuestra historia
Hará pedazos la maleza obscura
Asida al obelisco de tu gloria!

¡Con sus gargantas de oro
Nuestras trompetas le dirán tu puro
Ensueño al porvenir! — ¡De tus hazañas
Con el relato ardiente, del futuro
El viento cimbrará trigos y cañas!
¡Las nubes de salitre,
Que esparcieron rugiendo tus cañones,
Aún flotan sobre el nido donde el buitre
Se refugia en los agrios murallones
De las sierras minuanas! — ¡Tus pendones
De tricolor cendal, son las cortinas
Que las madres colocan sobre el lecho
Blanco de la niñez! — ¡En las divinas
Noches de nuestro estío, tus proezas
Aún relata el ombú de las colinas
Al cambará que fortalece el pecho! —
Sembrador de virtudes y grandezas,
Apóstol de los dogmas del derecho,
A quien rinden tributo y homenaje
El concolor y el yacaré, la garra

Y el diente montaraz, lo que el frondaje
De los montes gobierna, ¡el nombre tuyo
Vibrará para siempre en la guitarra
Del pago del churrinche y del cocuyo,
Del camoatí y el redomón salvaje!

No brillaba en tu rostro la hermosura
Del Apolo de Fidias. — ¡El torneo
Puso en tí la belleza, fuerte y pura,
De Hércules, de Gustasp, de Prometeo!
¡La gloria fué tu amante, tu querida,
Tu adoradora fiel, y tu estatura
Envidiaba la sierra más erguida,
La cumbre que se pierde de la altura
En el bosque de astros! ¡Fué tu lanza
Un pedazo de sol, el diamantino
Acero con que rompe la esperanza
El cordel anudado á sus ligeras
Rémiges de inmortal por el destino!
¡Fueron brazos ciclópeos tus banderas,
Un herrero esos brazos esgrimía,
Y ese herrero invisible, con sus fieras
Ondulaciones, fabricaba el día,
La lumbre de las horas venideras! —

XIX

Ya no recorren, madre, la llanada
Los jinetes de homérica apostura,
La carabina en el arzón colgada
Y el cuchillo sujeto á la cintura
Por el vistoso tirador. — Ya el cálido,
El errabundo soplo del pampero
No choca suspirante, bajo el pálido
Brillo de la linterna del boyero,
Con la carpa marcial donde dormía,
Después de cada lid, el montonero
Sus visiones de gloria y bizarría.

La patria es otra, gracias al augusto
Tesón de lo que fué. — ¡Que la serena
Luz zodiacal del faro de lo justo
La guíe siempre, que la espiga llena
Se columpie en sus valles y que un beso
Ponga en el bronce de su tez morena
Cada mañana el numen del Progreso!

Para llegar, oh madre y reina mía,
Al trono en que brillaba la corona
De tu soberanía,
¡Cuánto luchó tu brazo de amazona!
¡Oh magna gesta! ¡En valles y pendientes
Truena el obús, relinchan los bridones,
Crujen las banderolas impacientes,

Laten con ansiedad los corazones,
Y marcando la ruta inexplorada,
Brillan sobre la noche encapotada
Del Héroe las famosas Instrucciones!

¡En el hervor genésico, el problema
Continental es un obscuro arcano!
¡Corren tras la visión de una diadema
De cuño ilustre O'Higgins y Belgrano!
¡Artigas no! ¡Bajo tus albas de oro,
Sus tricolores cantan un sonoro
Credo republicano!

Gritando á sus jaguares doloridos
El grito de Dantón, — ¡Audacia! ¡audacia! —
Les enseña, á lo lejos, los floridos
Jardines de Canaán: ¡la Democracia!
El aire de las cumbres altaneras
Sacude las banderas,
El orejano piafa y se encabrita
Al toque del clarín, y se ejercita
El sable sol á sol. — ¡Ronca y huraña
El Águila preside el entrevero
En el valle, la hondura y la montaña!
¡Sus ojos son astillas de lucero,
Sus plumas lira que á lo augusto invoca,
Sus garras hoces de cortante acero
Y un canto al sol el grito de su boca!

¡Era un jaguar con alas! Extendían,
Su feudo las guerreras tricolores
Desde el Cuareim al Paraná, — y rendían
Homenaje al Blandengue los bravíos
Caciques, los soberbios dictadores
De Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos!
¡La montañesa Córdoba, santuario
Del doctoral latín, rindió tributo
De gratitud, también, al temerario
Y noble empeño del jaguar hirsuto!
¡El viejo Job de Hugo, el gran burgrave
De barba blanca y continente grave,
No tuvo, no, la majestad gloriosa
Del águila caudal que, con el vuelo
De sus alas de olímpica radiosa,
Las fronteras trazó del patrio suelo!
¡El Eslagistri de Hugo, el visionario
Que insulta al despotismo, lo provoca,
Y para ser más libre, solitario
Se asila en su torreón de áspera roca,
No tuvo la altivez y la bravura
Que tuvo el ave cuyas garras fieras
Alfombraron la cumbre y la llanura
Con girones de pórtugas banderas!

¡El aleluya de oro
De tus soles nacientes
Lució brillante en su clarín sonoro
Y bronceó las altaneras frentes
De su horda varonil! — ¡Sus montoneros,

Cuyas cargas son hórridos torrentes,
Haz de rayos, fragor de ventisqueros
Y nube apocalíptica, semejan
El cono de un volcán, la tronadora
Abertura de un cráter, y reflejan
En la miés libre y la ciudad esclava
El resplandor de aurora
De su fecunda lava!

¡Con su coraje ardiente,
Con su holocausto homérico y horrífico,
Prepara la horda de morena frente
El porvenir magnífico!
¡La Democracia augusta,
El gobierno del pueblo, el tribunado
De la razón! ¡la vengadora y justa
Apoteosis del gran crucificado,
Del paladín de la virtud sin gloria,
Del eterno vencido, de la oveja
Que de los matorrales de la historia
En las espinas sus vellones deja!

¡La amaneciente llama
No anuncia ni proclama
El triunfo de la turba innoble y fría,
Demagoga y brutal, servil de oficio
Y demandando un dictador, que envía
Con gozo carnicero
A Sócrates las hieles del suplicio
Y á Jesús las angustias del madero!

¡Eso es la plebe! ¡la avalancha fiera,
La sin freno y sin ley, la hidiosa esclava
De la envidia infecunda, la grosera
Meretriz cuyo imperio condenaba
Con justicia Platón y que indignaba
Al severo Aristóteles! — ¡El trono
Que el porvenir construye, con el hierro
De la horda campesina,
Sobre el campo que tiene por abono
Sangre de concolores;
Ese trono que cerca la divina
Aurora con los rubios resplandores
De su naciente luz, no lo destina
El futuro á la infame prostituta
Que de Arístides goza en el destierro
Y de Foción prepara la cicuta!
¡La pantera en su gruta
Debe quedar! — ¡El aura de la cumbre
Tiene miedo á su hedor! — ¡La que el futuro
Proclame rey, será la muchedumbre
En su concepto levantado y puro!
¡La que por la virtud ennoblecida
Y la propia labor dignificada,
Asciende hasta los picos de la vida
Por la luz de la ciencia conducida
Y por lo augusto de la ley guardada!

¡Imperará la turba; pero aquella
Que pide rumbo al brillo de la estrella

Del austero deber! — ¡La que el divino
Sol de la libertad clavó en la frente
De un monte tempestuoso, el Aventino! —
¡Envidias, escuchad! — ¡No es el imperio
De lo futuro el aclamar rugiente
De la canalla que vivó á Tiberio!
¡La reina del mañana es la valiente
Compañera de Bruto! — ¡La que espira
En la cruz de Espartaco! — ¡La que reza
En el Gethsemaní! — ¡La que en la pira
Republicana funde y elabora,
Del medio evo en las noches, la grandeza
De Hamberes y de Nápoles! — ¡La santa
Multitud de los tiempos vencedora,
Que el himno de los libres rima y canta
Con Botzaris y Wáshington! — ¡El brusco
Adalid cuyas manos bendecidas
Tienden sobre las patrias oprimidas
Un jirón de la enseña de Kosciusco!

El pueblo es el obrero
Probo y emprendedor; el que en el llano
Siembra el rubio maizal; el guitarrero
De la enramada rústica; el que ufano
Entona las canciones del barquero
En los ríos que van hacia el Océano.
Por él la vid verdea en los feraces
Declives de la patria; ante él se humilla
La testuz de las reses montaraces;
Él poda los naranjos y engabilla

Del brónceo trigo los revueltos haces.
¡El pueblo es lo que barre la metralla
En los bordes del Rhin! ¡Es lo que reta
A los reyes de Europa! ¡La canalla
Es la hez sin dignidad, la corrompida
Hez que insulta y aplaude y alborota
Danzando en derredor de la carreta
Que enrojece la sangre enaltecida
De Vergniaud, de Saint-Just y de Carlota!
El pueblo es lo que muere batallando
En Maipú y en Junín; no el torpe bando
Con brillos de pantera en la pupila
Y envidiosos rencores en el seno,
¡No el que á Sucre y á Córdoba fusila!
¡No el que destierra á O'Higgins y á Moreno!

XX

Para llegar, oh madre y reina mía,
Al trono en que brillaba la corona
De tu soberanía,
¡Cuánto luchó tu brazo de amazona!
¡Tu fértil suelo y su bizarra gente
Arden cual pira crepitante y fiera,
Ruge el trabuco y el cañón ardiente
Anubla impío la celeste esfera,
Se cimbran del clarín los roncos sones,
Y saludan los gauchos escuadrones
Con bélico alarido á tu bandera!

De la invasión al conocer la injuria,
— ¡Venganza! — grita el ave en los sombríos
Bosques de ñandubay; con odio y furia
— ¡Venganza, sí! — responden de tus ríos
Las corrientes azules, y los ecos
— ¡Venganza! — les contestan sollozando
En el burucuyá de verdes flecos.
Sus rojizas mortajas desgarrando
Los que por ti cayeron, madre mía,
En San José y Las Piedras, con voz fuerte
Dicen también, cuando la noche fría
Sale del pajonal, — ¡venganza y muerte! —
¡Y el carro de la guerra
Galopa haciendo estremecer la tierra;
Pero el injusto fallo del destino
Se burla de tu santa bizarría
Y cubre de crespones tu camino!

¿Te acuerdas, dí, nidal de mis amores?
Tendía la radiante primavera
Su velario de luz sobre las flores
Silvestres de la zarza misionera.
Principiaba Setiembre. — Fenecía
Mil ochocientos diez y seis. — Los bravos
En cuyas banderolas se mecía
El viento que columpia tus guayabos,
Se tendieron en línea de batalla
Sobre la margen pródiga en verdores
Del Ibiracoy. — La luz naciente
Sonrosaba las cumbres. — La espesura

Añosa y montaraz, grave y tranquila
Que rodea el arroyo transparente,
Salvando á tu legión de la metralla,
A tus jaguares la victoria augura
Del soplo matinal con la rondalla.
Entonces los contrarios fusileros
Fingen retroceder. — Con su mochila
El campo alfombran. — Pían los horneros
Ya la salve triunfal de tu ventura,
Y abandonan audaces tus camperos
El monte protector. — El adversario
Torna á la lid, retumban sus cañones,
Es la campiña un cráter y un osario,
Los jinetes sablean, los pendones
Se chocan en el aire, enardecidos
Relinchan los corceles, y en el duro
Entrevero mortal quedan vencidos
Los heroicos soldados del futuro.
¡Día de horror! ¡El numen de la historia
De tus jaguares, por el plomo heridos,
Eternamente velará la gloria!
¡Bendito el nombre sea
De la legión sagrada!
¡Benditos cuantos caen en la pelea
Por vengar á la patria profanada!

Lo mismo en Carumbé. — Sus llamas de oro
Lanzaba el sol de Octubre en nuestro cielo,
Y en los palmares se escuchaba el coro
De los silbidos del zorzal en celo.

Cerca de las nacientes tumultuarias
Del curvoso Cuarcim, cuyas riberas
Abrigan con sus copas centenarias
Los árboles que esconden sus maderas
Bajo una floración de pasionarias;
Cerca de las nacientes cantadoras
Del río, — en cuyos bosques sin senderos
Realizan sus empresas destructoras
El aguará, los osos hormigueros,
El puma y el cuatí, — se abroquelaron
Un millar de tus rudos montoneros,
Un millar de los héroes que tallaron
De tu historia el joyel con sus aceros.
¡Allí también el pórtugo aguerrido
Buscó á tus defensores, como fiera
La coral busca al águila en su nido!
¡El invasor marchaba precedido
Del triunfo por doquier! ¡La montonera
Abre sus tiradores en guerrilla
Y por sus caballeros flanqueada,
Bajo la luz primaveral que brilla
Hirviente y roja, al invasor espera!
Al compás de los roncos atambores,
Tañendo una retante clarinada,
Avanza el portugués. — En sus pupilas
Sonríe la ambición. — Los tiradores
Se agrupan en el centro de sus filas
Y en sus flancos relucen los espejos
De sus rugientes bronces, circundados
Por las lanzas que juntan sus reflejos
Al brillo de los sables encorvados.

La lumbre meridiana
Su velario de estío,
Sus cortinas de grana,
Abre sobre la selva, sobre el río,
Y entre voces de parches y de hierros,
Se mueve el lusitano hacia los cerros
En que está tu legión. La trompa suena
Ordenando el ataque, y con bravura
Los campeones de poncho y de melena
Bajan como un torrente á la llanura.
El invasor, que observa cauteloso
De tu línea lo débil y extendido,
Aguarda el choque del jaguar rabioso
Por su fe en la victoria sostenido,
Y rotas nuestras filas, cañoneada
Con furia tu legión, acuchillados
Tus defensores, mustia y destrozada
Tu bandera marcial, quedan cubiertos
Aquellos campos, al ponerse el día,
De ayes dolientes y de heroicos muertos.
¡Quinientos de los tuyos, madre mía,
Regaron con su sangre generosa
Tu profanado altar! ¡Del enemigo, —
Cuando sus cinco estrellas encendía
La Cruz sobre la noche tenebrosa, —
Las lanzas de reflejo funerario,
Como las hoces en mitad del trigo,
Relampagueaban sobre aquel osario!

Lo mismo en Catalán. — Fué el día cuatro
Del año diez y siete. — Aún el pampero
Solloza en las barrancas del teatro
Del memorable y lúgubre entrevero.
Aún allí, madre, el alarido suena
De los que batallaron sin ventura
Por quebrar con sus lanzas tu cadena.
¡Aún el arroyo trágico murmura,
Sobre su alfombra de mullida arena,
Una salve á tus muertos cuando pura
Se alza la lumbre de la luna llena! —
Fué al despertar el sol. — Ya en los verdores
De los sombra de toro, salta y grita
Con júbilo la urraca. — Ya en las flores
De tus yerbales, la perdiz se agita.
Ya sobre los ombúes de la loma,
Mecidos por el soplo del naciente,
Nuestro cielo del sur se apolicroma.
Ya riza del arroyo la corriente
El aliento auroral. — Ya en la retama
El perfume despierta. — Ya el hornero
Principia su labor y la res brama
En los fértiles llanos del potrero.
El obús portugués con sus marciales
Estampidos la atmósfera estremece,
Y el ronco redoblar de los timbales
Desafía, entusiasma y ensordece.
El rejón del charrúa y el agudo
Rejón del guaycurú, con sobrehumana
Violencia, inician el combate rudo
Tiñéndose de sangre lusitana.

Un vivo fuego de fusil contesta
A aquel avance núnida, y ufano
El rubio sol prepara en su ballesta
Las viras de las luces del verano.
Al ver á su valiente infantería
Acuchillada en el sangriento lance,
El pórtugo con firme bizarría
De sus reservas ordenó el avance.
El jaguar y el leopardo enardecidos
Con frenética saña se embistieron,
Llenaron la extensión con sus rugidos
Y con feroces dientes se mordieron.
La heroica sangre, que en sus zarpas brilla
Y su piel mancha, abona la ribera;
Si hay flores en los yuyos de la orilla
Coágulos son de aquella sangre fiera.
El choque fué terrible. La victoria
Duda en mitad del campo de batalla.
¡El clarín de los nuestros tañe á gloria!
¡Pide un laurel del luso la metralla!
¡El flanco izquierdo de tu línea quiere
En vano resistir! ¡Roto y sableado,
Aquel enjambre de bravuras muere
Por tu sol de centellas coronado!
¡La desgracia persigue á tus legiones
Y el buitre del desastre, madre mía,
Hace nido otra vez en tus pendones!

¡Todo nos era adverso! — De la aurora
El rosado fulgor, el mediodía

Y la lúgubre noche. — La traidora
Desventura á los tuyos perseguía,
Envenenando el vino generoso
De nuestra heroicidad. — En vano, en vano
El sol charrúa, el sol esplendoroso
Que enrojece tus nubes de verano,
Doraba con su brillo los borlones
De violado matiz de tus cardales
Y el verdor de tus viejos canelones
En que juegan las brisas matinales.
En vano la silvestre enredadera,
Pródiga en nidos y en guirnaldas rojas,
Ve subir por los aires la hechicera
Túnica de sus flores y sus hojas,
Mientras con un piar lánguido y tierno
El pirincho recibe á la primera
Vanguardia de las brumas de tu invierno.
Todo fué inútil, madre. Nuestra suerte
No se dulcificó. Los que decían
Ante tus aras — ¡libertad ó muerte! —
Luchando, por ser libres, sucumbían.
—¡Guerra! — gritan los vientos de la loma.
Corren los ríos rebramando — ¡guerra! —
Y — ¡guerra! — cantan, al soltar su aroma,
Los claveles del aire de la sierra.
Desde el suelo rochense hasta el islote
De la costa fluvial, en donde encalla
La barquilla gentil del camalote,
Suena, madre, tu grito de batalla.

¡Y aún tu toque á reunión, tu ardiente alerta,
Tu credo varonil y temerario,
Llora en los esterales de India Muerta
Y ríe en las barrancas del Rosario!

Después se hizo más fría
Y más densa la sombra todavía.
Fué el veintidós de Enero. — Fué en el año
Mil ochocientos veinte — ¡Se corría
De desengaño, patria, en desengaño! —
¡Sobre el nativo suelo
Reinarán siempre la orfandad y el duelo?
¿Nunca te adornarás con la corona
De las naciones libres? ¿Con su vuelo
Nublarán siempre tu sagrado cielo
Las gigantescas alas de Belona?
Lucen nuestras banderas
Al sol de la mañana en las riberas
De tu Tacuarembó. — Tus divisiones
Que del tortuoso río los cristales
Fraccionan con su curso en dos porciones,
Repiten aún los cánticos triunfales
De Guairapuitá Chico. — En cada orilla,
Sobre tus carpas, de la luz febea
El resplandor policromado brilla
Como un fuego de avance en la pelea.
Un copioso aguacero,
Que la noche anterior hizo del río
Un pedazo de mar, al extranjero
Vino á favorecer. — Nuestra avanzada

Numerosa y viril, el más bravío
De tus tercios tal vez, fué separada
Por la corriente, que bramando corre,
De los declives en que está acampada
La homérica falange de Latorre.
Eran las ocho. — Audaz el lusitano
Sorprende á tu vanguardia y la derrota,
El bronce ruge su himno soberano,
El plomo mata y el salitre flota.
Oh madre de mi vida,
En confusión tu hueste, dividida
Tu columna inmortal, mal ordenada
La resistencia, desmayado el vuelo
De la fe varonil, rota la espada
Y roto el corazón de tu Sotelo,
¡Por el plomo barridos
Como la miés que la segur abate,
Huyen al fin tus pumas sorprendidos
Dejando sobre el campo de combate
Ochocientos cadáveres tendidos!
Se luchó con crueldad, sin esperanza,
Por lujo de mesenia bizarría,
Y de Latorre se astilló la lanza
Roja hasta el regatón, pues aunque impía
La suerte ni se mude ni se ablande,
¡Si eras grande venciendo, eras más grande
Después de tus derrotas, patria mía!

¡Oh tierra de la patria, á que ha ligado
La voluntad divina nuestra suerte,
Y en que creemos hallar menos helado
Y más tranquilo el sueño de la muerte!
¡Oh tierra de la patria, á la que unidos
Están mi corazón y mi memoria,
Por las canciones que aprendí en tus nidos
Y mis ansias quiméricas de gloria!
¡Oh suelo de la patria, los agravios
Con que la injusta adversidad te hiriera,
Deja que borre el beso que mis labios
Colocan sobre el sol de tu bandera!

XXI

El Águila bendita, —
En cuya corva garra
La tricolor se agita,
Y del pampero al borrascoso empuje,
Revolotea y cruje
Con ritmo de bordones de guitarra, —
Antes de abandonar el patrio suelo,
En que aún brilla la curva de su vuelo,
Ve que alfombran los brezos y las breñas
De los barrancos, en cuya alta frente
Su nido colocó, mustios pompones,
Penachos indios, estandartes rojos,
Clarines y cureñas,
Arreos y cañones,
Del redomón los fúnebres despojos
Y los despojos de la muerta gente!

¡Ya no puede lidiar! ¡Ya sus lanceros
Indomables quedaron extendidos,
De cara al sol, en montes y en esteros,
En llanuras y en cumbres! — ¡Los graznidos,
Con que á los suyos convocó á la lucha,
Se pierden en los campos encendidos
Por el llameante obús! — ¡Ninguno escucha
Su ardiente somatén! — ¡Los defensores
De la enseña de rayas tricolores
Con un sueño sin fin están dormidos!

Y el Águila, con honda pesadumbre
Y muda de dolor, deja la cumbre
En que alzaba sus himnos de victoria,
Y donde, siempre que rodó vencida,
Sintió sobre los labios de su herida
El beso de los labios de la gloria.
El Paraguay espera
Al Águila altanera,
Y asilado en sus bosques virginales,
Oyendo la canturia trinadora
Que alzan en sus floridos naranjales
Los pájaros del trópico á la aurora,
El Precursor, el Grande, el Indomado,
En colono indigente transformado,
Cuando su cuerpo inclina
Para hundir bien la reja del arado,
Habla de las hazañas del pasado
Con la gloriosa lealtad de Ausina!

¡Allí la muerte le encontró! ¡Allí fuimos
A buscarle sus nietos, y besando
Su huesa de rodillas, bendijimos
En Él á los jaguares de su bando!
¡La patria le debemos,
Somos libres por Él, y nadie puede
Hacer que de su gloria reneguemos,
Porque esa gloria, exenta de mancilla,
A gloria alguna en resplandores cede
Y es el sol, patria, que en tus lienzos brilla!

Fué un ensueño gigante
El ensueño del Águila bravía,
Del Águila de bronce. — Su cimbrante
Airón bajo sus pliegues pretendía
Proteger y abrigar, — confederadas
Para la libertad y la cultura, —
Del terruño las cumbres treboladas,
De Misiones la geórgica verdura,
De Corrientes los cármenes sombríos,
Del Paraguay las selvas perfumadas,
Y el jugoso tapiz de las llanadas
Jóvenes y fecundas de Entre Ríos!

Cuando pasen los tiempos y la historia
Dé á cada cual la parte que le espera,
El Águila de bronce con su gloria
Coronará de mirtos mi bandera.
Su ensueño fué un ensueño prometeano,
Un ensueño que salva del olvido

Al airón, ateniense y espartano,
Que alzó sobre la cumbre y sobre el llano
De sus épicas franjas el crujido.
Fué enseña de pujante bizarría
Y fué también enseña de progreso,
El airón que gallardo se mecía
De las batallas sobre el humo espeso.
¡Gloria al Blandengue! ¡que su fe sagrada
Nos indique, en las horas venideras,
El rumbo que conduce á la alborada,
Y que siempre su sombra venerada
Cubra, como un bastión, nuestras fronteras!

¡Gloria al Águila y gloria á la valiente
Legión sin nombre, muchedumbre obscura
Y grey sin una cruz resplandeciente
Que señale su huesa en la llanura!
¡Salve al zambo y al negro! ¡Salve al rudo
Indio de nuestros toldos! ¡Con la gloria
De aquellos que te daban por escudo
Su corazón, tejimos nuestra historia!
¡Salve, otra vez, al Héroe cuyos sueños
Aún pernoctan llorando en tu bandera!
¡No nos quiso españoles, ni porteños,
Ni lusitanos su arrogancia fiera!
¡Salve, señora, á la legión bravía,
Cien veces salve á la legión de bravos,
Que en Las Piedras vivándote vencía,
Que triunfa bendiciéndote en Guayabos
Y que muere por ti en Santa María!

¡Salve, señora, á la legión sin suerte,
A la legión de poncho y nazarenas,
Que en su heroico desprecio por la muerte,
Antepuso la muerte á las cadenas!
¡Cuánto estoicismo yace sepultado
Para siempre en las roncas clarinadas
Con que arrulló á los soles del pasado
Tu legión de pupilas aleonadas!
Cuando, después de Catalán, su broche
Abrió sobre la fronda y la laguna
La pálida diamela de la noche,
La margarita de lo azul, la luna,
Un retazo del grupo montonero,
Un escuadrón de cóndores huía
Rendidos los corceles y el acero
De la daga vibrante todavía.
Huyen al trote largo, descansada
En el arzón la pica matadora,
Con refucilos de odio en la mirada
Y con sangre en la espuela trinadora.
Los persiguen. — Se escucha el sonoroso
Compás de los jinetes lusitanos
Que buscan, sin clemencia y sin reposo,
A los que huyen por lomas y por llanos.
¡Los sableadores de curtida frente
Saben que el enemigo los rodea,
Y se preguntan, con dolor creciente,
Como entrarán de nuevo en la pelea
Sin municiones y uno contra veinte!

Comanda á los jaguares un enjuto
Capitán de canosa cabellera,
Y sobre ellos un cántico de luto
Va sollozando un trozo de bandera.
Por la lluvia y el sol descolorida,
Por el plomo y el hierro mutilada,
Es la enseña, que cruje dolorida,
La imágen de la patria desgarrada.
¡Quince tus bravos son; quince y heridos
Casi todos están; quince y parece
Que la luna, contraria á los vencidos,
Con delatoras luces resplandece!
¡Los respetó piadosa la metralla,
Y aprendieron, matando en la refriega,
Que siempre lo que triunfa en la batalla
Es el capricho de la suerte ciega!
¡Y ni un ramaje en torno! ¡ni la sombra
De un monte en la planicie y la colina!
¡Sólo el campo con yuyos por alfombra,
Y ni un tiro en la inútil carabina!
¡Velando con el ala del sombrero
La angustia de sus ojos de milano,
Los quince tigres que cunó el pampero
Trotan, oh madre, por el verde llano
En espera del último entrevero!

Escuchando el galope intermitente
Del rondín portugués, con voz sombría
Murmura el viejo de soberbia frente:
—¡Van á alcanzarnos al venir el día!—

Y vuelve, doloroso y pensativo
A su silencio trágico. — Su espada
Choca en el cuero del arnés nativo
Por la luz de la luna iluminada.
El viejo se detiene en una isleta
De quebrachos cloróticos. — La luna
Flota en los tules de la noche quieta
Como el cisne en lo azul de la laguna.
— ¡Pie á tierra! — dice el capitán y mira
Con delirio al muñón ensangrentado,
Que en su vara cimbrándose suspira
Los trenos del terruño infortunado.
Junta el viejo un montón de ramazones,
Cada vez más su rostro se ensombrece,
Hasta que al fin, con rojas brillazones,
Aquel montón de ramas resplandece.
Poco después, encima de la hoguera
De quebrachos pigmeos y besada
Por los quince jaguares, la bandera
Se transforma en purpúrea llamarada.
Y el héroe dice, sollozando amores
Sobre el airón que mutiló el acero:
— ¡Oh mi bandera de los tres colores,
No caerás en poder del extranjero!
¡Nunca atada á su carro de victoria
Te verá el invasor, bandera mía!
¡Tañe, clarín, un cántico de gloria
Y decíos adiós, que viene el día!
¡Abrazadme y montad! ¡que vuestra lanza
Se empurpure otra vez en la pelea,

Y que un sublime credo á la esperanza
Nuestro estertor de moribundos sea! —
Y al despuntar el sol, en la llanura
La cantadora lira de los vientos,
La que en los patrios árboles murmura,
¡Alzó un himno de orgullo y de ternura
Sobre quince cadáveres sangrientos!

¡Salve, señora, á la legión sin suerte,
A la legión de gacho y nazarenas,
Que en su heroico desprecio por la muerte,
Prefería la muerte á las cadenas!
¡Cuánto estoicismo yace sepultado
Para siempre en las roncas clarinadas
Con que arrulló á los soles del pasado
Tu legión de pupilas atigradas!
Era un trompa, un obscuro, un indiecito
Delgado, decidor, sobrio, ligero;
Artigas le llamó el charaboncito;
Otorgués le llamaba el terutero.
¿Dónde nació? — ¿Qué madre despiadada
Le abandonó al nacer? — Nunca lo supo,
Y al iniciarse la épica cruzada
Se unió á las filas del mesenio grupo.
Contaría doce años. — Le dijeron
— Tocarás el clarín, — y en pocos días
Los sones que los otros le tañeron
Transformó en belicosas sinfonías.
Era valiente y duro. — En el combate
Sin descanso su trompa resonaba,

Y era el son de su trompa el acicate
De los centauros de leyenda brava.
Casi desnudo, lenguaraz, curtido
Por las lluvias de otoño y por el viento,
Aquel ñandú de musical silbido
Era la adoración del regimiento.
Conversaron el niño y la metralla. —
Ésta le respetó. — Siempre salía
Ileso de los campos de batalla,
Aunque siempre su homérica rondalla
En lo más crudo de la lid tañía.

Fué en Chapicuy. — Del pórtugo maldito
Luchó obstinada la arrogancia loca,
Y un proyectil al épico indiecito,
— Puma y ardilla, — le rompió la boca. —
Olvidando la sangre que gotea
Con rapidez por su desnudo cuello,
Donde se lucha más, allí vocea
El charabón sus toques á degüello.
Estoico y firme, la mirada altiva,
Alza iracundo un cántico sonoro,
Hasta que un sable brillador derriba
La diestra con que empuña el clarín de oro.
Aquel girón de carne lacerada
Rebota sobre el césped del terruño....
Y el clarín sigue su marcial tonada
Aprisionado en el sangriento puño.
Como ganoso de vengar agravios,
El clarín tañe un rezo á la victoria:

Le hacen sonar los invisibles labios,
Los labios de fantasma de la gloria.
—¡Viva la patria! — blanco de fiereza,
El niño ruge al recibir la herida,
Hasta que de un sablazo en la cabeza
Le hacen rodar, junto al clarín, sin vida.
Cuando triunfante nuestra enseña flota
Y se desbanda el pórtugo humillado,
Celebra y apresura su derrota
El clarín del rapaz acuchillado.
¡Y el clarín resonaba, resonaba
Aún victorioso, homérico, rugiente,
Cuando ya el sol crepuscular pintaba
De púrpura y de jalde el occidente
De nuestra tierra generosa y brava!

XXII

Y ahora, ¡á lo porvenir! Ya del pasado
Las visiones magníficas se alejan,
Y el cielo del terruño iluminado
Con claridades de victoria dejan. —
¡El futuro es virtud, es abundancia!
¡Es trabajo, es verdad, es armonía!
¡Es ciencia, es redención, es tolerancia!
¡Es el mundo bogando en pleno día!
¡Es la patria en la cumbre de lo grande,
Pero la patria siempre! ¡La que austera
No sufre ni tirano que la mande
Ni bandera que humille á su bandera!

¡La patria engrandecida por el santo
Amor de todo lo que juzga bueno:
Pero la patria siempre, con su canto
Que no es el himno del hogar ajeno!
La patria en la que dice, con sus olas,
El dorado vaivén de las espigas:
—¡Me bronceó con sus cárdenas aureolas
La luz de las humeantes tercerolas
De los dragones épicos de Artigas!—

¡Perpetuad del Blandengue la memoria
Esparciendo los himnos de su gloria,
Oh fuentes que regáis los trebolares
Del valle del Edén, donde gorjea
La calandria sus líricos cantares
Bajo los oros de la luz febea!
¡Cantad las glorias de su heroico bando,
Oh vientos de la noche, que cruzando
La sierra de las Ánimas y el monte
De sus tembeteríes agitando,
Os perdéis en el lóbrego horizonte!
Balsámicas florestas
Nacidas en los valles y en las cuestas
De mi patria oriental: bosques tendidos
Junto al Cebollatí y el Río Negro,
Donde construye sus monteses nidos
La grácil tijereta y donde canta
El sáfico nocturno de su alegro
El chingolo de eglógica garganta;

¡De vuestra fuerza, virginal y pura,
Fue la imagen viril la agria bravura
De los centauros épicos, curtidos
Por la lluvia y el sol, — fronda en que anida
El arpa del sabiá, — fronda que en yedra
Al vigoroso canelón asida
Y en musgo asido á la grisácea piedra
Convertiste, clemente y desolada,
Sus despojos sin vida,
Su carne por el hierro lacerada!
Oh frondas, en que crece
El cactus punzador y en que se mece
Al aire la campánula encendida;
Oh frondas que perfuma el espinillo
Con su aliento montés, ¡qué los rumores
De la brisa estival en vuestras flores
Eternicen las gestas del Caudillo!
¡Madre, madre adorada
De vides y de trigos coronada,
Que el porvenir encuentre su escultura
En tu cumbre mayor y su epopeya
De profética fe y alta bravura
Custodie, como un muro, la hermosura
Del jardín de Anagualpo y Liropeya!

LA SIERRA DE LAS ANIMAS

(POEMA FANTÁSTICO)

LA SIERRA DE LAS ÁNIMAS

(POEMA FANTÁSTICO)

I

Vuelvo hacia ti, lo mismo que á su dama
Volvían los errantes trovadores,
Para decirte que tu amor me inflama
Como al zorzal nacido entre tus flores;
Dió á tu hermosura y brilladora fama
Mi juventud sus cánticos mejores,
Y hoy que mi numen con la edad declina
Te rezo aún mi salve vespertina.

Te quise bien. — Confieso que ilusoria
Fué la ambición, que ardía en mis cantares,
De perderme en los huertos de la gloria
Para cubrir de palmas tus altares.
Quise grabar mi nombre en tu memoria
Y que mi nombre, en cúspides y en mares,
Sonase unido al nombre de mi dama
Por las trompetas de oro de la fama.

Soberbio fuí; pero mi afán burlado
Merece tu perdón, mi culto abona
Y será siempre un beso apasionado
Puesto sobre el joyel de tu corona;
El tordo que cantó su mal rimado
Himno á las eras que tu luz sazona,
Quiso fundirse en ti y en ti quería
Perpetuar su recuerdo, madre mía.

Y cómo no cantarte si es tu cielo,
De todos los espacios, el espacio
En que es más puro y refulgente el vuelo
Del cóndor cuyas alas de topacio
Pintan de azul el límpido arroyuelo,
En donde se refleja el siempre lacio
Ramaje del sauzal y en cuyas ondas
Se bañan los churrinches de tus frondas.

Y cómo no cantarte si en tu estivo
Jardín se crían las purpúreas flores
Que cuelgan en las ramas del ceíbo,
En que ocultan sus sáficos amores
Los mainumbíes de zumbar esquivo,
De túnica de espléndidos colores,
Y en que silban los cánticos nupciales
De la siesta los rojos cardenales.

Y cómo no cantarte si encariñas
Con el oro bronceado de tus eras,
Con la miel generosa de tus viñas
Y el eterno verdor de tus riberas;

Si son mares de trébol tus campiñas,
Y son toques á gloria en tus banderas,
Marcadas con rasguños de entrevero,
Todos los aletazos del pampero.

Mi primer canto fué, madre adorada,
Un saludo á tu insignia de pelea,
Y deseo que mi última trovada
Un canto al sol de tus pendones sea;
Si grande te miró la edad pasada,
Grande ha de verte el tiempo que alborea,
Porque, esperando á las semillas, lleno
Late en vigores tu fecundo seno.

Mientras crece el fulgor, mientras te alejas
Del crudo ayer, la musa soñadora,
La que traduce las sencillas quejas
Que el espinero en tus aromos llora,
Es justo que eternice las consejas
Que dan miedo á los ranchos de totora,
Cuando el fátuo brillar de la luz mala
Por el ramaje del ombú resbala.

¡Venid, venid, quimeras del pasado,
Y cercad al cantor cuyas visiones
Cruzan por el terruño idolatrado
Como un coro de cimbros de pendones!
¡Venid y reavivad el desmayado
Revuelo de mis últimas canciones,
Para que enseñe al mundo del mañana
Los cuentos de mi tierra americana!

Yo soy el trovador que cruza errante
Las olas de las mieses amarillas,
De las palmas el bosque susurrante,
Y de los hondos ríos las orillas;
Soy el viejo juglar, cuyo vibrante
Canto se mece al sol de las cuchillas,
Y soy el que, cuando la luna asoma,
Hace noche en el rancho de la loma.

Allí, junto al hogar, con la mirada
Perdida en lo que fué, con la vihuela
Que la patria me dió, — cuando embrujada
La lechuza en los campos chilla y vuela, —
Pinto los usos de la edad pasada,
Y de nuestras virtudes centinela,
El alma del terruño santifico
Con las cosas que narro y glorifico.

Contadme, genios de la edad bravía,
Cómo en el tronco del ombú su garra
Afiló el concolor; cómo moría
La multitud, homérica y bizarra,
Por excesos de fe; cómo decía
Amorosos quereres la guitarra,
Y cómo, en los rincones de la sierra,
Viven los viejos usos de mi tierra.

Rumores de la cima que bramando
Bajáis por la selvática pendiente,
Y sus rudos zarzales agitando
Os hundís en el fondo del torrente;

Dejad que, vuestros ruidos imitando,
Rime mi lira, trágica y doliente,
La leyenda de sangre y pesadumbre
A que debe su nombre vuestra cumbre.

Arroyos de la cima, que en cascadas
Os desprendéis desde la cumbre al valle,
Abriendo á vuestras olas azuladas,
De espuma llenas, anchurosa calle,
Cededme vuestras voces acordadas
Para que en ritmos de leyenda estalle
Mi guitarra oriental, donde ha tejido
Un boyero noctámbulo su nido.

¡Raudas venid, espléndidas visiones,
Que estimulando mi ambición de gloria,
Me atormentáis con trozos de canciones
Que no puedo guardar en mi memoria;
Enredad de mi cítara en los sones
Algún himno, algún cuento, alguna historia,
Que con su dulce ó áspera armonía
Ponga un laurel sobre mi tumba fría!

II

Es la sierra de las Ánimas
Un bastión de Maldonado,
El mayor de los bastiones
Graníticos de los pagos

En que nacen y en que vuelan
El chingolo y el carancho,
Cuyos nidos se columpian
Del pitanga entre los ramos.
  Es la sierra de las Ánimas
Un fortín de Maldonado,
Y la cumbre más enhiesta
De las cumbres de los pagos
Que tapizan los verdores
Del culantrillo selvático,
Y en cuyos ríos navegan
El manguruyú y el sargo.
  Sobre la cumbre ciclopea
Crece en abundancia el pasto
Que da vigor al vacuno
Con la sangre de sus tallos,
Y en que se oculta la víbora
De cuerpo policromado,
De ponzoñosos colmillos
Y de músculos elásticos.
Dando sombra á los declives,
Tendiéndose por los flancos,
Se apiñan y se entrelazan
Los árboles centenarios,
El duraznero bendito,
Y el tembetarí con dardos,
Que con sus purpúreos pétalos,
Henchidos de ungüento arábigo,
Embalsama de las chircas
El follaje esmeraldado.

Allí, del chircal en torno,
La colonia de los tábanos
Rima su zumbido eterno
Del sol á los lamparazos;
Allí crece el canelón
Y allí los troncos, juntando
El blondaje de sus ramas
Y los nudos de sus gajos,
Construyen como la bóveda
De una ermita en que sus salmos
Dice el genio de la sierra
A las luces del ocaso.
  El órgano que acompaña
Las preces del ermitaño
Es el ramaje tupido,
Es el ramaje compacto
En que el soplo del crepúsculo
Dice adiós al sol incásico,
Cuando éste se hunde en las aguas
Del puerto de Maldonado.

  Y dicen bien su salmodia,
Del crepúsculo á los rayos,
El duraznero bendito
Y el tembetarí serrano,
Las chircas columpiadoras
Y el canelón de cien años.
Y dicen bien su plegaria,
Del crepúsculo á los rayos,

Las flores de tintes rojos,
Las flores de tintes blancos,
Y las flores cuyos cálices
Tienen el brillo del záfiro.
  Sombras que busca el matrero
En las cumbres de basalto,
Cada vez que la justicia
Quiere imponerle sus fallos;
Sombras que busca el matrero
En las cumbres de basalto,
Que brillan como berilos
Por la lluvia cincelados,
¡Al tender de vuestras clámides
El cendal triste y opaco,
Cubrid, cubrid con la férvida
Salve que entonan los ramos,
En donde de los capullos
Tiembla el perfume balsámico,
Los nidos á los que sube
El áspid de cuerpo elástico
Cuando encienden en la sierra
Su fanal los fuegos fátuos!
¡Proteged, noches nativas
Al chingolo que en el lacio
Tembetarí, donde duermen
Los capullos encarnados,
Canta, á la luz de la luna,
La adoración de los pagos
En que hierguen su corona
Las sierras de Maldonado!

Entre los espesos bosques,
De roca en roca saltando,
Bajan torrentes azules,
Que al encontrar un espacio
Hondo y limpio, como prueba
Imborrable de su paso,
Forman aquí una laguna,
Más allá un estanque claro
En que el colibrí contempla
Lo grácil de su retrato
Y en cuyas orillas crecen
Las cañas de flecos áureos.
Y hacia el sur, en las vertientes,
En el rocalloso flanco,
Busca y encuentra el minero,
Junto al pórfido volcánico,
Todas las coloraciones
Que puso en el duro mármol
La madre augusta, la madre
Que con sus cinceles mágicos
Buriló las amatistas
De las aspas de los astros
Que lucen en las diademas
Del Navío y del Centauro.
¿Quién no sabe que, hacia el este
De los hirsutos peñascos,
Fabrica el brujo del cobre
Sus óxidos y sulfatos
En el seno de las sierras
Ciclópeas de Maldonado?

A veces un tronco, hendido
Por los resplandores cárdenos
De la tempestad, simula,
Con sus dibujos fantásticos,
Cariátide á la que sirven
Las rocas de sustentáculo.
Otras veces, son los troncos
Seculares como barrios
Donde pulula una tribu
De carniceros chimangos
Cuyos ojos son carbones
Y cuyas garras son garfios.
Cuando el sol nace, las brisas,
Los arroyuelos diáfanos,
Los encendidos capullos
Y los eglógicos pájaros,
La selva rítmica y virgen
Transforman en escenario
Donde Amarilis se deja
Enamorar por Lisandro;
Pero cuando las nocturnas,
Tinieblas tienden su pardo
Capuz del bastión gigante
Sobre los riscos grisáceos,
Se diría que las sombras
De Zapicán y Menialvo
Cantan un himno charrúa,
Cantan un himno macabro
En el fondo de las sierras
Ciclópeas de Maldonado.

Del monte obscuro al valle recogido
Bajad saltando, cristalinas fuentes,
Y prestad á mis versos el sonido
Dulce de vuestras olas transparentes;
Del áspero crestón, donde han tejido
Su azul vuestras cromáticas corrientes,
Haced que llore y vibre en mi lenguaje
El alma inmensa, indómita y salvaje.

Arroyos del crestón, que susurrando
Corréis entre las breñas erizadas,
El prisma zodiacal reverberando
En vuestras vestiduras argentadas;
Roncos torrentes que formáis, saltando
Por los riscos, las cóncavas cañadas
Sobre las que los lánguidos sauzales
Se doblan en las siestas estivales;

Arroyos de la sierra, que entre flores
De carmíneo color y entre verduras
En que cantan las aves sus amores,
Bajáis desde la cumbre á las llanuras,
Prestadme los selváticos rumores
Que aprendéis al cruzar las espesuras,
Para dar alma y forma á una conseja
Que urdí con fibras de la Patria Vieja.

Perfume que á los hálitos del viento
Te meces del chircal sobre las ramas,
Aromas de los tordos el acento
Y el cimbro de los juncos embalsamas;

Que de amplitud y libertad sediento
Hasta la cumbre hirsuta te encaramas,
Y repartido en fecundantes ondas
Conquistas llanos y saturas frondas;

Perfume que al brotar del duraznero
Y del tembetarí de encajes rojos,
Abres á tus vaivenes un sendero
Del zarzal al través de los abrojos,
En que el pardo plumaje del leñero
Brilla á la lumbre que azuló mis ojos
Cuando mi cuna por la vez primera
Bañó el sol que se cimbra en mi bandera;

Perfumes que en recónditos asilos
Y en nunca perturbadas soledades,
Con la invisible red de vuestros hilos
Armáis á las monteses liviandades;
Que al soplo de los céfiros tranquilos
Y al soplo de las roncas tempestades
Esparcís, por los llanos de mi tierra,
Partículas del alma de la sierra;

¡Zahumad con vuestra errática ambrosía
Mi plebeya canción! ¡Vuestros hervores
Poned en mi agotada fantasía!
¡Dejad que me hable el alma de las flores
Y de los riscos, cuando muera el día
Y del primer lucero los fulgores
Destilen su relumbre nacarado
Sobre el confín azul de Maldonado!

III

En aquel tiempo reñían
Cada aurora una batalla
Los estandartes de púrpura
Con los airones de plata.
La mitad de nuestra tierra,
En los choques de la daga
Y el trabuco, por lo rojo
Sembró el terruño de hazañas,
Y la otra mitad del pago, —
También con furia espartana,
Con charrúas estoicismos
Y con mesenias constancias, —
Hizo lujo de bravura
Vivando á la insignia blanca.
Se moría por la enseña
Lo mismo que por la patria
Morían nuestros centauros
En las horas legendarias,
Cuando el clarín sonoroso
De los blandengues sus cánticas
Hizo escuchar en Las Piedras
A los tercios que llevaban
Coronados sus pendones
Con el laurel de Numancia.
Cruzan por el negro fondo
De aquella época esquiliana,

La orfandad sobre las cunas,
La madre deshecha en lágrimas
Y siempre en foscos crespones
La esposa, que solitaria
Con caricias del ausente
Sus recuerdos embalsama;
Los cadáveres tendidos
Boca arriba en las cañadas,
En los montes, en las cumbres,
En donde el trébol arraiga
Y en donde aguzan sus flechas
De triple filo las zarzas.
Nadie por el muerto reza
É ignoran como se llama
El que cae, no pocas veces,
Sus compañeros de armas,
Velando sólo á los muertos
Las estrellas, cuyas lámparas
Con los divinos cendales
De sus luces amortajan
A los que el puñal ha puesto
Un collar en la garganta,
Collar que tiene por cuentas
Coágulos de sangre hidalga,
¡De sangre que merecía
Fin mejor, suerte más alta!

En aquella edad de bronce,
En aquella época trágica,
Dos hogares campesinos,

Dos chozas de barro y paja
Elevan sus muros grises
De las cumbres en la falda.
Sombra al uno dá un ombú,
Y en el ombú las calandrias
Saludan al sol que nace
Con su musical rondalla.
Por el ombú las avispas
Del monte zumbando pasan,
Ebrias del zumo que hierve
En el borlón de las cardas.
Y el palacio de un hornero
Muy madrugador descansa
Del ombú, rico en verdores,
En la horquilla centenaria.
  La otra vivienda es un tétrico
Rancho en cuyas viejas tapias
No hay nidos de golondrinas
Ni toldos de verdes ramas.
En los declives graníticos
Solitario se levanta
Como aruera cuya sombra
Todo lo que cubre mata.
Y pesa sobre los ranchos,
Como un pregón de desgracia,
Un odio que toca á muerte
Siempre que despunta el alba
Y cuando el viento nocturno
Ruge en las cimas selváticas.

Vivieron diez meses antes,
En el rancho sin guirnaldas
Y sin nidos, Ramón Núñez
Y su prima Mari-Blanca.
Él idolatrando en ella
Con una pasión volcánica,
Y ella indiferente al fuego
De aquellas voraces ansias.
Él todas sus ilusiones
Puso en las pupilas pardas,
En los labios de corales
Y en la redonda garganta
De la paisanita alegre
Como el coro de guitarras
Que los quiebros y las vueltas
Del pericón acompaña.
Ella, aunque el ardiente culto
De Núñez mira con lástima,
Aún no dejó en los sedales
Del amor cautiva el alma,
Y vive al sol de la sierra
Como en las espigas áureas
Viven el tordo azulado
Y la montaraz torcaza.
Cerca del rancho en que anidan
El joven y su adorada,
El rancho de Florentino
Argomedo se destaca
Sobre el fondo de verdura
De las pendientes salváticas.

Núñez detesta á Argomedo,
Porque Núñez engalana
Con una divisa roja
El ñandubay de su lanza,
Y la que Argomedo luce
En los campos de batalla
Es azul como las fuentes
De la sierra de las Ánimas.

Mari-Blanca y Florentino
En la sierra se encontraron,
Y al mirarse se adoraron
Con ardiente frenesí;
—¡No la iguala, se decía
Del mancebo la ternura,
En belleza ni en frescura
La flor del tembetarí!—

Y agregaba delirante:
—¡Es más sonoro su acento
Que la música del viento
De la cumbre en el chircal,
Y es más dulce la armonía
De su voz arrulladora
Que la diana silbadora
Del serrano cardenal!—

Ella de alegre tornóse
Melancólica y callada,
Fija la suave mirada
En algo que no se vé;
Y del amor bajo el yugo
Va adquiriendo su belleza
La pudorosa tristeza
Del nativo caicobé.

Yo no sé como Argomedo
Y Blanca se concertaron,
Pero sé que se casaron
A despecho de Ramón;
Y éste al ver desvanecida
Para siempre su esperanza,
Abrió al odio y la venganza
Las puertas del corazón.

Las visiones engañosas
De su terneza importuna
Se desprenden una á una
Del corazón del galán,
Que burlado en sus rencores
Y burlado en su cariño,
Llora con lloros de niño
Sobre su insaciable afán.

—¡Le mataré! ¡Con su sangre
Pagará mi angustia! — el mozo
Dice y rompe en un sollozo
Siempre que juntos los ve;

Hasta que un día se aleja
Del nido, ya desquiciado,
Al trote lento y pausado
De su airoso pangaré.

Se va para siempre y deja
Las cumbres en que ha nacido,
Esperando que el olvido
Mitigará su dolor;
Pero sabe que si un día
Con su rival tropezara,
Caro su rival pagara
El derrumbe de su amor.

Poco después en las lomas
El son del clarín se escucha,
Iniciándose la lucha,
Que destruye el patrio hogar,
Y se matan nuestros héroes
Con intrepidez bravía
Primero en Carpintería
Y más tarde en el Palmar.

Es el esposo de Blanca
Un paladín de la enseña
Con cuyos colores sueña
El guayacán cimbrador,
Y el himno de los clarines,
Que en los barrancos se agita,
—¡Ven á combatir, le grita,
Por el credo de tu amor!—

Florentino, en cuya sangre
Puso su candente lava
La tierra indómita y brava
Del yatai y del ñandú,
Cuando en las cumbres la luna
Abre su blanco vestido
También se aleja del nido
Que duerme junto al ombú.

Mari-Blanca que en su esposo
Reconcentra su ventura,
Que le adora con locura,
Que le quiere con pasión,
Al ver que el sol de sus ojos
Deja sus amantes brazos,
Siente quebrarse en pedazos
Su vida y su corazón.

Pensando en él son los días
De la esposa solitaria
Una férvida plegaria,
Un lloro triste y sin fin,
Y dos veces, sin que sepa
Lo que ha sido de su amado,
Echa flor el perfumado
Cortinaje del jazmín.

Dos veces corren en busca
Del oro de las auroras
Las garzas emigradoras,
Las de diadema imperial,

Y dos veces Mari-Blanca
Ve á los vientos otoñales
Bajar de los peñascales
Y mecerse en el chircal.

María Blanca, á quien el numen
De los recuerdos no deja,
Ve nacer la flor bermeja
Y morir la roja flor:
¡En el zumbo de la brisa
Y en el canto de la fuente,
Oye el nombre del ausente
Entre suspiros de amor!

El aullido del pampero
Del ombú en las ramazones,
Le dice con roncos sones:
—Sábelo bien: ¡nunca más!—
Y la lechuza le dice,
En las breñas escondida:
—¡Con el alma de tu vida
Ya nunca te juntarás!—

IV

En las orillas de un río,
Que camina hacia la inmensa
Sepultura de los mares
Entre juncos y entre breñas,

Los azules con los rojos
Una mañana tropiezan.
La madre, la madre augusta
Que puso en la espiga llena
Toda la miel de su seno
Rico en pródigas ternezas;
La madre, la augusta madre
Cuyas virtudes celebran
Los tordos vendimiadores
Y las calandrias parleras;
La madre siempre enlutada,
Siempre de crespón cubierta,
Siempre orando de rodillas,
Lo mismo por el que rueda
Que por aquellos que vencen, —
Aunque á sí propios se venzan
En los esquilianos lances
De nuestras luchas internas, —
¡Sus ojos de diosa aparta
Del campo de la pelea!

Al tronar de los fusiles
Y al tañer de las trompetas,
Doblan sus purpúreas frentes
Los capullos de la ceiba,
Dobla el palmar sus penachos
En donde el sol centellea,
Y dobla el lánguido sauce
Sus verduras macilentas
Sobre el río, que el flamenco

Con rapidez atraviesa
Y cuyas límpidas aguas
Su murmullo en lloro truecan.
Muchos mueren victoreando
A la divisa bermeja,
Y muchos son los que dan
Todo el jugo de sus venas
A la blanca, en cuyas filas
Florentino gallardea
Con el sombrero en la nuca
Y con la lanza en la diestra.
Un pangaré con su obscuro
Choca y Florentino tiembla
Sobre el arzón, sus pupilas
Se anublan, la lanza suelta,
Y herido en mitad del pecho
Se hunde en la noche suprema,
¡Que alumbra la dulce imagen
Del declive de la sierra
En que, del ombú á la sombra,
Su Mari-Blanca le espera!

Decía bien la lechuza
Y dijo bien la siniestra
Clarinada del pampero
Al retumbar por las cuestas
Donde en el tembetarí
Prenden su tul las estrellas.
¡Ya nunca más, Mari-Blanca,

Sobre tu frente trigueña
Pondrá su beso de amores
El que amores te dijera, —
Con las manos en tu falda,
Cuando el sol muere en la sierra, —
Junto al rancho en que la copa
Del ombú se balancea! —

Pasó la tempestad. — En la llanura
Duerme saciada el ave carnicera,
Y el río azul sus cánticos murmura
Besando bonancible la ribera.

Pasó la tempestad. — De los clarines
Ha enmudecido el toque de degüello,
Y del verdoso llano en los confines
Del sol flamea el último destello.

Pasó la tempestad. — Ya no centella
Sanguinolento el brillo de la lanza,
Ni á su enemigo el vencedor degüella
En la horrible embriaguez de la venganza.

Pasó la tempestad. — De los cañones
Ya no se escucha el bárbaro alarido,
Y resuenan de nuevo las canciones
Con que al muriente sol despide el nido.

Pasó la tempestad. — Ya los puñales
No chocan sobre el campo de batalla,
Y brillan las linternas siderales
Donde brilló la luz de la metralla.

El vencedor alegre vivaquea
No muy lejos del campo de su gloria:
¡Fué grande su bravura en la pelea!
¡Merece bien un sitio en nuestra historia!

Apoyado en la lógica del hecho,
Imperará ceñudo é implacable;
¡Qué importan las razones del derecho!
¡La suprema razón es la del sable!

Y ¿las viudas?—¿los niños?—¿los ancianos?—
¿La dolorosa herencia de rencillas
Que nuevamente talará los llanos
Y dejará los surcos sin semillas?

¿Y los muertos tendidos en la loma?
¿Y las cruces clavadas en la sierra?
¡Cuando al balcón de lo estelar se asoma,
Dios maldice á los fuertes de la tierra!

¡El día en que el orgullo y la codicia
No puedan imponerse á fusiladas,
Serán, al fin, la ciencia y la justicia
Las solas potestades respetadas!

¡Ese día vendrá, que el mundo vuela
De cara hacia la luz! ¡Lo venidero
Es el buril con que lo ideal cincela
Las almas sobre el molde de lo austero!

¡Pronto ahogarán los cánticos del sable,
Del numen del derecho las canciones!
¡Hoy al vencido le llamáis culpable!
¡El porvenir, augusto y adorable,
No dará la razón á los cañones!

¡Fué una época de angustia y de anarquía!
¡El vencido era un paria, un extranjero!
¡El campo de combate era una orgía
De buitres, y el terruño del hornero
Era el botín del jefe que lucía
El color victorioso en el sombrero!

V

Era una noche plácida y serena,
La noche de la aurora en que tendido
Sobre los verdes campos de la patria
El cadáver quedó de Florentino.
La luna su reflejo melancólico
Cuelga en la sien de los monteses riscos,
Y trazan, en la cumbre de la sierra,
Los rojos astros sus eternos giros.

Flota en el aire el óleo de las flores,
Huele la brisa á zumos de tomillo,
Y al descender por los ciclópeos flancos,
Cantan las fuentes del amor los himnos.
Mari-Blanca solloza. — La tranquila
Noche acrecienta el pertinaz martirio,
La inquietud de la esposa que no tiene
Noticias del centauro que en sus rizos
Puso más besos que capullos pone
En el ceibal el resplandor estivo.
¿Que será del ausente? ¿Vendrá un día,
Libre ya de venganzas y peligros,
A reanudar, bajo la verde sombra
Del ombú cimbrador, el dulce idilio
Que es para las pupilas de la joven
Como la imagen del Edén perdido?

Está sola en el rancho, que ilumina
Muy débilmente el resplandor plomizo
De la luna encubierta por las ramas
De los chircales del bastión granítico.
De pronto Mari-Blanca se estremece,
El sudor cubre su semblante lívido,
Se dibuja el espanto en sus pupilas,
Y queda muda, con los ojos fijos,
Clavados en la puerta de la choza
Que se abre lentamente y con sigilo.
¡Horror! ¡supremo horror! — Lleno de sangre,
Con la vista sin luz, con el marchito
Rostro de intensa palidez cubierto,
Avanza hacia la joven Florentino.

¡Horror! ¡supremo horror! — Son sus pisadas
Pasos sin eco, y en sus labios lívidos
Falta el soplo vital, falta la excelsa
Rima de los compases del respiro.
El fantasma se acerca, — con su mano
Señala hacia las cumbres, — con sus fríos
Dedos toca la espalda de la joven,
Y dice con su voz, que es un prodigio,
Porque suena en el aire de la estancia
Con un son que no tienen los sonidos:
— ¿Me esperabas, mi bien? Vengo á buscarte.
Cada noche vendré. Te amo lo mismo
Que el día en que me fuí. ¡Deja que ponga
Sobre tus labios de mi amor el signo! —
¡Y besó á Mari-Blanca, que sin vida
Cayó al sentir el hielo de los rígidos
Labios del hombre, que escondió en su tumba
Las llaves de oro del Edén perdido! —

———

Desde entonces cuando arde en el espacio
La temblorosa luz de los luceros,
Que cincelan con chispas de topacio
La flor de los monteses durazneros,
Y en el tembetarí se dobla el lacio
Capullo de coral, cuyos ligeros
Perfumes por el aire difundidos
Siembran ansias de bodas en los nidos;

Cuando el cerro mayor de la bravía
Sierra de tacuarales erizada,
El fresco soplo de la noche envía
Al gramillar tendido en la llanada;
Cuando el hurón, á quien asusta el día,
Persigue al aperiá por la callada
Fronda montés, y sube á lo infinito
Del tucutucu el subterráneo grito;

Cuando del cerro en la gramínea frente
Luce con resplandores de conceja
El osario charrúa, y diligente
Huye de su cubil la comadreja;
Cuando el chingolo su canción doliente,
Su melodiosa y delicada queja,
Su libro azul de trenos nocturnales
Rima bajo el dosel de los chircales;

Dos sombras para siempre encadenadas
Y por un beso funeral unidas,
Suben por las plutónicas quebradas
Y cruzan las malezas escondidas;
La noche de las cumbres escarpadas
Juntas las ve perderse en las floridas
Ramazones salvajes, cuyos nidos
Cimbrean por el viento sacudidos.

Pasan, flotan, se pierden en las quietas
Negruras del peñón, y sus amores
Hacen nido nupcial en las secretas
Alcobas de selváticos verdores;

Se embriagan de perfume en las isletas
En que el tembetarí mece sus flores,
Y ven nacer del alba los celajes
Del peñón en las cúspides salvajes.

Los arroyos, que corren y descienden
Sobre las calvas peñas susurrando,
En sus nupciales ósculos aprenden
Las dulces notas de su ritmo blando:
Siempre juntas, espían y sorprenden
Al aguará, que con vigor saltando
Por los agudos riscos, sus destrezas
De bandolero esconde en las malezas.

Del bosque por las góticas capillas
Las sigue el lechuzón; las acompaña,
En su eterno vagar por las cuchillas,
El silvestre susurro de la caña,
Y les da por nupciales lamparillas
El cementerio indígena su extraña
Y errante luz, que fúnebres visiones
Dibuja en los graníticos bastiones.

En el peñón, al rayo de la luna,
Unidas para siempre y siempre á solas,
Bordean el cristal de la laguna.
Y abren del duraznero las corolas;
Sorprenden en su origen y en su cuna,
En su nacer á las cantantes olas,
A las olas de túnica azulada
Del Sarandí y el Zanja Colorada.

En la vida mortal, de sus amores
Tronchó la flor el numen de la guerra,
Que ha sembrado de hazañas y dolores
Las fértiles llanuras de mi tierra;
La muerte las unió á los resplandores
Lívidos del osario de la sierra,
Donde canta la brisa en los chircales,
Al mirarlas pasar, himnos nupciales.

Y juntas cruzarán la serranía
Al lánguido vaiven de las tacuaras, —
Que en los declives de la cumbre fría
Tiemblan al soplo de las noches claras, —
Hasta el día final, hasta aquel día
En que del cerro las ciclópeas aras,
Los altos y graníticos altares
Dios sepulte en el fondo de los mares.

Y juntas vagarán por las pendientes
En que se alzó el hogar de sus amores,
Oyendo los murmullos de sus fuentes
Y respirando el óleo de sus flores,
¡Hasta que Dios apague las lucientes
Linternas de los astros tembladores,
Y se abisme en las sombras el divino
Edén de Mari-Blanca y Florentino!

LA LAGUNA EMBRUJADA

(LEYENDA CRIOLLA)

LA LAGUNA EMBRUJADA

I

Voy á contaros un cuento
Que á mi musa le contó
El fértil departamento
Que el pórtugo apellidó
Colonia del Sacramento.

La Colonia se dilata,
Con sus tréboles de llano
Y sus puestas de escarlata,
Junto al jardín de Soriano
Y las espumas del Plata.

Los que nacen al calor
De su cielo encantador
Son industriosos y activos,
Como lo prueba el verdor
De sus lozanos cultivos.

Juzgo inútil agregar
Que son viriles y fieros,
Como hijos de la sin par
Tierra de los teruteros,
El viraró y el jaguar.

No es prodigio ni es rareza
Nacer rudo y nacer bravo,
Donde la naturaleza
Forja y urde la fiereza
Del churrinche y del guayabo.

Todo lo que brota aquí
Arde en lavas de volcán:
El vuelo del mainumbí,
El verdor del guayacán
Y el zumbo del camoatí.

Olvidando los azares
De las lides sanguinarias,
Los colonienses hogares
Recitan hoy los cantares
De las industrias agrarias.

De laureles circundado
Está el nativo pendón;
Las épocas han cambiado,
Y hoy los triunfos del arado
Los mejores triunfos son.

De las edades guerreras
Pasó el acorde triunfal:
Hoy se ilustran las banderas
Viendo dorarse al trigal
Y explotando las canteras.

Segura de su valor
Y sobre el tapiz bendito
De sus tréboles de olor,
En las minas de grafito
Y en el maizal cimbrador,

Donde hay tierra que sembrar,
Donde hay alguna ventaja
Mercantil que conquistar,
La Colonia es un talar
Que sin descanso trabaja.

Y de su lumbre serena
Bajo el fecundante beso,
La coloniense colmena,
De gozo y de orgullo llena,
Labra la miel del progreso.

Su embrionaria apicultura,
Sus prósperas lecherías,
Su trigo, que al sol madura,
Y sus reses, cuyas crías
Llenan la feraz llanura,

Hacen que el himno sagrado
De mi heroico pabellón,
Diga al numen del pasado:
—¡Deja dormir al cañón,
Que los triunfos del arado
Mis mejores triunfos son!—

II

El San Luis, que es un arroyo
De los muchos que en sus zonas
Encierra el departamento
Industrial de la Colonia,
Dulcemente se desliza
Por una cañada angosta,
Sobre la que balancean
Sus nidos y sus corolas
Los troncos entrelazados
De una selvática fronda.
Casi á mitad de su curso
Le detienen y le estorban
Unos murales de piedra,
Un ejército de rocas,
Cuyas moles, revestidas
De cien fantásticas formas,
Dan origen á unas grutas
En donde la fiera indómita
Y el matrero se dividen
El dominio de las sombras

Que duermen acurrucadas
Bajo sus húmedas bóvedas.
A brincos y con su espuma
Azulada y hervidora
Tejiendo en los peñascales
Una red de argénteas blondas,
Salta el arroyo el obstáculo
Que le irrita y le provoca,
Dando al rumor de sus aguas
Tonos de bélicas trompas.
No muy lejos de este salto,
En donde el arroyo entona
Primero un himno de guerra
Y después otro de gloria,
Yace una inmensa laguna
Transparente y silenciosa,
Cuyo renombre fatídico
Conocen bien los que moran
En las rústicas viviendas
A su mudo cristal próximas.
Laguna de los Ahogados
Nuestros camperos la nombran,
Porque el que cae en sus aguas
Nunca á las orillas torna,
Siendo por demás sabido
Que su cadáver no flota
De la laguna maldita
Sobre el espejo, en que bordan
Como macábricos signos
Las nocturnales antorchas. —

No reluce en sus orillas
El oro de nuestras toscas,
Ni en sus estériles bordes
El nativo junco brota,
Y como si algún veneno,
Alguna mortal ponzoña,
Tuviera la eterna muda
Esparcido por sus gotas,
Ningún pez mueve en sus aguas
Las alitas policromas.
Aunque es mucha su pureza,
Que lo azul del cielo copia,
Nunca á beber sus frescuras
Vienen las ariscas tropas
De los vacunos, que el monte
A la servidumbre roba;
Y cruzan sobre la triste, —
Altas, ligeras, medrosas, —
Las rapaces, cuyos nidos
Oscilan sobre la copa
De los ramos, que el arroyo
Vecino cubren y entoldan
Con el dosel de sus pétalos
Y el quitasol de sus hojas.
¡Tanta soledad admira!
¡Tanta pesadumbre asombra!
¿Qué le pasa á la laguna
Que lo azul del cielo copia,
Y que siendo transparente
Más que muchísimas otras,

No abreva al potro sediento,
Ni puede lograr que rompan
Su mudo cristal los peces,
Cuyas alas nadadoras, —
Cuando con sus rubios dardos
La luz zodiacal las toca, —
Como el ópalo y el nácar
Brillan y se tornasolan!

No lejos de los montes y junto á la ribera
De la laguna lúgubre, las ramas de una aruera
Custodian el cadáver de un rancho de terrón;
No hay tordos silbadores ni brisa cancionera
En las agrestes ramas, pero hay en la tapera
El nido solitario de un viejo lechuzón.

Cuando sobre los mármoles del templo de la gloria
La tricolor grababa los himnos de su historia,
Vivían en el rancho, que derrumbó la edad,
Un viejo campesino de atlética estatura
Y una mujer muy jóven, cuya mirada impura
Provoca á los combates de la sensualidad.

Marcela se llamaba la joven hechicera
Del rancho en cuyas ruinas los cimbros de la aruera
Perennemente cantan la misma tradición,
Y Saturnino Vica se apellidaba el viejo,
Nacido junto al mudo relumbre del espejo
En que miró sus tapias la choza de terrón.

La joven era hermosa como la flor trigueña
Que en los ceibales brilla y en los ceibales sueña
Rondada por los zumbos del verde colibrí;
La joven era hermosa como la flor de nieve
Que en los fragantes ramos del guayacán se mueve
Al soplo de las puestas vestidas de rubí.

Hablaban al deseo sus lánguidos hechizos,
Y eran las negras ondas de sus sedosos rizos
El arco de las viras agudas del amor;
Era un reclamo ardiente su musical lenguaje,
Y había en los menores revuelos de su traje
Algo sensual y erótico, lascivo y tentador.

El que llegaba al rancho, del rancho no salía;
En sus amantes redes Marcela le envolvía,
Y cuando de la aurora se sonrosaba el tul,
Cuando apagaba el fuego de su fanal la luna,
Un cuerpo ensangrentado flotaba en la laguna
Turbando las quietudes de su brillante azul.

Cuando el galán soñaba, por el placer rendido,
El viejo con cautelas de tigre y de bandido,
Llamado por la loba carnívora y sensual,
El tálamo de aquella bacante enrojecía
Y en el desnudo cuello del lujurioso hundía
Los aguzados filos de su traidor puñal.

Tras de la muerte, el robo.—¡Después en la laguna,
Bañada por los rayos postreros de la luna,

Los círculos concéntricos que forma al descender
El cuerpo degollado, el cuerpo enrojecido
Por la pantera erótica y el montaraz bandido
Que cazan en las selvas del crimen y el placer!

III

El arroyo murmurando
Corre por su estrecho cauce,
Y raudas tienden el vuelo
Hacia su nido las aves,
Porque ya en el horizonte
Brilla el astro de la tarde.
No hace mucho, el occidente
Era un joyel de granates,
Un cintillo de esmeraldas,
Como si nuestros ceibales
Hubiese teñido el cielo
Con el matiz de la sangre
Con que su flor empurpuran,
Ó con el precioso esmalte
Que usan para enverdecer
De sus capullos el cáliz.
Se escucha ya en la arboleda,
De donde la noche sale,
El misterioso murmullo
Que recorre los boscajes
Cuando se esfuman y apagan
Los brillos crepusculares.

Junto al cristalino arroyo
Y subiendo por sus márgenes,
Marcha un joven, que la angustia
Lleva escrita en el semblante,
Al trote de un azulejo
En cuyos ojos vivaces
Brillan dos rayos prendidos
En dos cuentas de azabache.
También el jinete luce
Los ojos negros y grandes,
Y cubre su labio un bozo
Que principia á diseñarse
Y da relieve á la grana
Del doble clavel de carne
Que salmodia, suspirando,
Las ternuras de una salve.
Muy pronto el mancebo llega
A la choza memorable
En que la lujuria vive
En estrecho maridaje
Con un puñal que asesina
Siempre traidor y cobarde.
Marcela, que del crepúsculo
Mira morir los celajes
Desde el umbral de la choza
Que infaman sus liviandades,
Se acerca al mozo, y le invita
A que en el rancho descanse,
Envolviéndole en el fuego
De sus ojos de bacante.

El mancebo, á quien perturba
De la sirena el lenguaje,
Que es más dulce que la brisa
Del alba en los membrillares,
— No puedo, dice; me llama
Mi madre, mi pobre madre,
Que se muere en su ranchito
De la Estancia de los Sauces.
Allí me dió el primer beso,
Y allí sé que, para darme
El último, — el más querido, —
Está con ansia esperándome.
Después que me haya besado
Se irá á juntar con los ángeles,
Porque fué mi viejecita
Una santa y una mártir,
Buena como las venadas,
Dulce como las torcaces,
Y siempre triste, — ¡la pobre! —
Como las viuditas que hacen
Su nido en las espesuras
De la Estancia de los Sauces. —
  Marcela, que de cariños
Poco gusta y nada sabe,
Porque tiene el corazón
Algo más duro que el jaspe,
— Envolviendo en la maleza
De sus eróticas artes
Al mancebo que suspira,
Pero al que turba y atrae

El perfume de deleite
Que Marcela en torno esparce. —
Logra detener al mozo,
Y que el mozo descabalgue,
Y que á su cubil la siga,
Y que á sus besos se ablande,
Y que responda á sus ósculos,
Y que en sus brazos se embriague
Con el ponzoñoso vino
De la lujuria enervante,
¡Y hasta logra que se olvide
De la Estancia de los Sauces!

¡Media noche! — ¡Silencio! — En la espesura
Tiembla del tuco la medrosa luz,
Y en los azules valles de la altura
Brillan los cinco lirios de la Cruz.

¡Media noche! — ¡Escuchad! — En la maraña
Se oye el rugir del fiero concolor,
Y urde su tela la monstruosa araña
Sobre el dormido cáliz de la flor.

¡Media noche! — ¿Sabéis? — En los sauzales
Hay un rancho, una anciana y un altar;
En el altar relumbran dos ciriales
A los pies de la Virgen del Pilar.

¡Media noche! — ¿Sabéis? — Junto á la anciana
Invisible la muerte espera el fin
De aquella que del sol de la mañana
Ya no verá los tintes de carmín.

¡Media noche! — ¡Mirad! — La viejecita
Se incorpora en el lecho con terror,
Y con un grito indescriptible grita:
— ¡Están matando al hijo de mi amor! —

Y clavando en la Virgen la mirada,
Donde se amustia ya la última luz,
— ¡Sálvale, dice, madre idolatrada! —
Y cae sin vida en la revuelta almohada
Que envuelve el blanco brillo de la Cruz.

El mancebo dormía
La embriaguez del amor entre los brazos
Hermosos de Marcela. — Se extinguía
Junto al lecho una luz, que no podía
Rasgar con sus temblantes lamparazos
La obscuridad nocturna, y el pampero
Entonaba su cántico salvaje
En el laúd del arroyo plañidero
Y en las sonoras liras del frondaje. —

Marcela dulcemente
Apartó de sus hombros, siempre bellos,
Del dormido la frente,
Que corona el negror de unos cabellos

Sedosos y rizados. — Con sigilo
Al mancebo miró. — Parece el mozo,
Que reposa tranquilo
De las batallas en que triunfa el gozo,
Un dios de aquellos que cantaba Esquilo
Y eternizó después, con sus cinceles,
La augusta inspiración de Praxiteles.

Es media noche ya. — Con paso quedo,
Porque el crimen va siempre acompañado
Por los fantasmas lívidos del miedo,
La meretriz, — magnífica, desnuda,
Y á la que hace el temor más seductora,
Va á buscar al bandido, que la espera
Con la daga desnuda,
Y en cuyos ojos brilla el acerado
Brillo que arde en los ojos de la fiera
Cuando se siente próxima al venado.

Y dice al matador la tentadora:
— El cinto tiene de monedas lleno. —
Dos años de trabajo. — Le apenaba
La idea de morir en nido ajeno,
Y con el rancho en que nació soñaba.
Ven pronto. ¡Está dormido! — Y la pantera
Con ansiosa codicia, palpitaba
Joven, desnuda, ardiente y hechicera.

Al entrar en la estancia silenciosa,
Marcela tropezó con la mesita

En que muere la luz. — La temblorosa
Llama un instante su lengüeta agita
Y se extingue después. — Salta del lecho
El mozo sorprendido y aterrado,
Que librar logra su desnudo pecho
Del golpe del puñal nunca burlado.
En la siniestra lobreguez se escucha
Un sigiloso andar; alguno rueda,
Con el espectro de la muerte lucha
Y el rancho en sombras silencioso queda.

Poco después, al temblador reflejo
De nuestra Cruz Austral, cruza la fronda
Que bordea el arroyo, el azulejo.
La noche cada vez se hace más honda.
Al perderse el caballo en la espesura
Que cubre del arroyo la barranca,
Por los cendales de la noche obscura
Pasa el misterio de una sombra blanca.
Suena después, un rudo juramento
En el umbral del rancho, y Saturnino,
Besando con pasión el macilento,
El pálido, el inmóvil, el divino
Semblante de Marcela, asesinada
Por su golpe feroz, al firmamento
Dirige amenazante la mirada.
Luego, cuando la luna
Esparce al fin su rayo blanquecino
Por la fronda montés, en la laguna
El pérfido asesino

Se hunde con la que fué luz de sus ojos,
Perdida la razón, gritando fiero,
Sin soltar de la muerta los despojos
Y entre las sacudidas del pampero,
Que columpia con ímpetu salvaje
Las hojas verdes y los broches rojos
Prendidos de la fronda en el ramaje. —

¡Media noche! ¡Silencio! En la espesura
Tiembla del tuco la medrosa luz,
Y en los azules valles de la altura
Brillan los cinco clavos de la Cruz.

Las almas de Marcela y Saturnino
De la laguna hechizan el cristal;
Todo huye aún del pálido asesino
Y la hetaira de cuerpo escultural.

No importa que el cristal refleje el suave
Azul de nuestro cielo encantador;
Ni buscará su limpidez el ave,
Ni en sus orillas se abrirá la flor.

El tigre y su cachorra, la frescura
Azulada y brillante del cristal,
Han convertido en lúgubre espesura
Donde espía á sus presas el chacal.

El pez, que en todos los oleajes nada
Y que nada del lago en la quietud,
Se asfixia en la laguna envenenada,
Que es un profundo y lóbrego ataúd.

Y cuentan las guitarras nacionales
Que al morir la jaguara y el jaguar,
La muerta, á quien velaba en los sauzales
La temblorosa luz de dos ciriales,
¡Sonreía á la Virgen del Pilar!

A MI HIJA

Á MI HIJA

I

Voy á legarte un canto, cumpliendo la promesa
Jurada ante tu alegre cunita de princesa.
Voy á legarte un canto, que escribiré de hinojos
Mirando la divina grandeza de tus ojos.
Voy á legarte un canto, — amor de mis amores, —
Que formaré con astros, con nubes y con flores,
Para que el canto inciense, como increada esencia,
Las horas de tu virgen y suave adolescencia.

Antes que tú vinieses, mi corazón sabía
Que ibas á ser hermosa,—rosal de mi poesía;—
Que ibas á ser tan bella como tu madre santa,
Que azula cuanto mira y que mirando canta
Un himno de colores y un himno de aureolas
Que en vuestros ojos pardos tenéis vosotras solas.

Permite que te tome del maternal regazo:
¡Tiene hambre de tu cuerpo la cuna de mi brazo!

Mi numen, al mirarte, parece un gargantillo
Que rima los pareados de su trovar sencillo.
El gargantillo teje su endecha con dos notas
Iguales á tu risa, cuando en mis sueños flotas.
La melodiosa salve del gargantillo alado
Es el collar de perlas de tu reir dorado.
¡Mi fuente de venturas y mi raudal de calma,
Tu risa es como un vuelo que me refresca el alma!

II

Los cantos que compongo retratan y resumen
El íntimo concepto, la esencia de mi numen.
La vida del terruño engrandeció mi vida,
La patria ha sido siempre mi musa preferida.
Es ella la que irisa, con un rayo de luna,
Las alas del arcángel custodio de tu cuna.
La patria fué mi diosa, mi pitonisa tierna,
Y puso en mis cantares frescuras de cisterna.
La quise santamente, con un cariño bueno,
Como idolatro á aquella que te llevó en su seno,
Como idolatro á aquella que me llevó en el suyo,
Como idolatro el ritmo del balbuceo tuyo.
Recuérdalo, tesoro, cuando mi ausencia llores:
Mi numen es un vaso de campesinas flores
Puesto sobre las aras de la inmortal matrona
Que tiene el sol charrúa clavado en su corona.

Recuérdalo, tesoro, cuando mi vida acabe:
Cuando en el mar sin playas entre, por fin, la nave:
¡Mi numen es un numen forjado sobre el cuño
De todos los benditos amores del terruño!

III

Oh búcaro arabesco de flores tropicales
Y pomo veneciano de aromas orientales;
Plumaje de flamenco, que mi ilusión colora
Con el matiz rosado de la naciente aurora;
Calandria que preludias, en ramo de cerezo,
Un silbo que es arrullo y una canción que es rezo;
Rubí, engarzado en oro, cuyo relumbre vivo
Es la esencial substancia de nuestro sol nativo,
¡Tus dedos son de maga, tus ojos de gacela,
Y el himno de tu risa es un clavel que vuela!

Tu cutis es el cutis de seda de la rosa;
Tus párpados parecen alas de mariposa.
¡Oh suave engendradora del culto de lo bello,
Que pones en mis rimas un fúlgido destello;
Albornoz esplendente de sultana zegríe,
En el que la hechicera del donaire sonríe;
Ninfa de mis boscajes y filtro que goteas,
En el vaso de mi alma la miel de las ideas;
Garza azul del islote donde nace el sagrado
Arbol de las esencias sin fin de lo ignorado;
Iris, candor, respiro de la materia impura
Y efluvio de los cielos, ¡qué dulce es tu hermosura!

IV

El sol es el rey Midas que encanta lo que toca,
Lo mismo que los besos de tu pequeña boca.
El sol es el rey Midas, que con sus rayos trueca
En oro los trigales y el hilo de la rueca.
El sol es el rey Midas, que embruja lo que baña:
El vidrio de la torre y el hilo de la araña.
El sol es el rey Midas: bendicen sus fulgores
Las nubes y las olas, las aves y las flores.
¡Las luces de tus ojos, fulgentes y bruñidas,
Son para mis ideas lo mismo que el rey Midas!

V

Los padres, mi tesoro, amamos de manera
Que no hallarás ninguno que como yo te quiera.
Es nuestro amor la fuente, cantora y solitaria,
En que á Jesús escucha la joven de Samaria,
Porque en nosotros suena la voz de las piedades
Lo mismo que en la lira azul del Tiberiádes.

Dicen que hubo un cacique, un rey americano
Que mandaba en la cumbre y mandaba en el llano,
Que mandaba en el monte y mandaba en el río
Lo mismo que en mis rimas el pensamiento mío.

Aquel rudo cacique, aquel rey altanero,
Aquel duque charrúa con coraza de cuero,
En estático culto adoraba el hechizo
De una niña pequeña de semblante cobrizo.

Era un padre amantísimo el rey americano
Que mandaba en la cumbre, que mandaba en el llano
Y tenía por trono doce pieles de puma
Que aumentaban lo fiero de su fiereza suma.
Era un padre tiernísimo, amor de mis amores,
Aquel rey de las selvas coronadas de flores;
El señor de las frondas donde el hornero amasa
Con un poco de barro los muros de su casa.

Para ver si podían domeñar su coraje,
Los cristianos robaron á la niña salvaje;
Los cristianos robaron á la garza del nido,
Y aquel rey quedó triste como un perro perdido;
Los cristianos robaron el panal de sus mieles,
Y el señor lloró mucho en el trono de pieles.

Al hundirse las luces de una tarde de invierno,
Aquel rey tan altivo y aquel padre tan tierno
Llamó á la empalizada del fuerte castellano
Con el hacha de piedra que llevaba en la mano.
Cuando llegar al indio de las bravuras vieron,
— ¿Qué quieres? — con asombro las guardias le dijeron,
Y respondió el cacique con una voz que sueña:
— ¡Vengo, tigres traidores, á ver á mi pequeña!
Por mirarla un instante mi libertad inmolo.

¡Me dejásteis, bandidos, terriblemente solo! —
Y dándoles el hacha que tenía en la mano,
Saltó la empalizada del fuerte castellano.

Jazmín de mis balcones, perfume de mis vides,
Bandera que levanto con júbilo en las lides
Por las glorias del verso, ¡cuando mi turno llegue
Y sobre mí se extienda la noche funeraria,
Que el llanto de tus ojos mi sepultura riegue
Y que mi sueño arome la flor de tu plegaria!

VI

Escucha, pebetero de mirras orientales:
Las almas de las cosas son almas inmortales,
El alma de tus ojos y el alma de mi idea
Han sido y serán siempre mientras el mundo sea.

A las últimas luces de una tarde sombría
El autor de este libro los campos recorría.
Los vientos otoñales, ásperos y sañudos,
Iban dejando todos los árboles desnudos.
Un mirlo sus endechas decía en el boscaje.
¡Aquel mirlo era el alma divina del paisaje!
¿Lloraba, mi tesoro, sobre las hojas muertas?
¿Sobre los esqueletos de las ramas desiertas?
Yo sé que al extinguirse la estación de las rosas,
Bendice arrodillándose el alma de las cosas
A todo lo que siente que llegan los olvidos:
¡A las cunas vacías y á las ramas sin nidos!

La esencia de lo ignoto, mi bien, es el arquero;
Las almas son sus dardos y el mundo su tablero.
Por una ley, bien mío, sublime y misteriosa,
Las flechas y el arquero son una misma cosa.
¡El alma de tus ojos y el alma de la idea
Que en los feroces ojos del halcón centellea,
Se funden, como el alma de la flor campesina,
En el seno del seno de la esencia divina!

VII

¿Sabes á lo que obliga esa fusión sagrada
Del vermeto y la perla, del sol y tu mirada?
Como formamos parte de la esencia del todo,
Es preciso ser buenos, buenos de cualquier modo.
La mácula que enloda la individual conciencia
Reduce lo prístino de la infinita esencia.
Cuando un afán impuro en nuestro pecho anida,
Se turba y disminuye lo hermoso de la vida.
La vida es una suave benignidad de aurora
Sobre lo que tropieza y sobre lo que llora.
La vida es esperanza, sacrificio, armonía,
Y en los cerebros algo del resplandor del día.
La vida es esperanza, misericordia, anhelo
De transformar la tierra en un rincón de cielo.
Es preciso ser buenos con el afán gallardo
Del corzo que pedía gracia para el leopardo.
La moral de Epicuro es la larva en la fruta;
¡La virtud es la esencia de la esencia absoluta!

En la cumbre de un monte existía un castillo,
Propiedad de un famoso señor de horca y cuchillo.
El señor del castillo era un mal caballero,
Con el alma más dura que su casco de acero.
Cada vez que enfrenaba su caballo de guerra,
El terror recorría las chozas de su tierra.
La daga de aquel monstruo de dorados blasones
Fué muy docta en el arte de rasgar corazones.
Sus lebreles, dos fieras que turbaban el sueño,
Eran menos feroces que su trágico dueño.
La gloria sin virtudes es un astro sin brillo
Y una noche la muerte penetró en el castillo,
Apagando sus besos la fiebre matadora
Del que ganó á lanzadas aquella torre mora.

El alma de aquel puma subió por el espacio,
Abriendo con sus rémiges las nubes de topacio;
Pero al mirar el rostro del sol de lo intangible
El alma lanzó un grito de angustia indescriptible.
¡El resplandor sagrado de lo imperecedero
Destroza sus pupilas como un buril de acero,
Y el alma reconoce que el brillo que las quema
Es la cólera augusta de la Bondad Suprema!

El corazón me dice que serás buena y pura
Lo mismo que la fuente que en el juncal murmura.
La esperanza es la antorcha; la virtud, el sendero;
Y el destino, lo increado en lo imperecedero.
El corazón me dice que serás pura y buena,
Como es buena y es pura la silvestre azucena.

Las piedades habitan el jardín de lo hermoso:
¡Sé arrullo de paloma para lo doloroso!
Un día Mefistófeles se mostró compasivo;
Le vieron, aquel día, turbado y pensativo.
Las cítaras rebeldes cantaban su grandeza.
Hizo un gesto de duda, inclinó la cabeza
Y oyeron que decía: —¡Ser grande es muy hermoso!
¡Yo hubiera preferido ser misericordioso!—

Es la virtud, bien mío, la princesita árabe
Del arbusto que dice y el pájaro que sabe.
¡Construye tus panales, susurradora abeja
En el jazmín nativo de mi oxidada reja!
¡Teje destellos, ópalo! ¡Sé arrullo, mi paloma!
¡Sube, fulgor rosado, que en mi occidente asoma!
¡Sé buena, sé adorada, y brille tu ternura,
Oh mirlo que en lo verde del viraró aleteas,
Como un girón de gloria sobre mi sepultura!
¡Bendito seas, astro! ¡Alma, bendita seas!

FIN

ÍNDICE

Pags.

Dedicatoria y Prefacio 5
Á mi esposa 7
Rumores camperos 25
El Águila 91
La sierra de las Ánimas 197
La laguna embrujada 231
Á mi hija 251

PQ 8519 R7F6

Roxlo, Carlos
Flores de ceibo

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 03 16 07 009 4